

RECURSOS LINGÜÍSTICOS, EN EL ESPAÑOL DE CHILE, DE EXPRESION DE LA AFECTIVIDAD

“Lo que la estilística de la expresividad estudia [...] son los *procedimientos*, los *signos* por medio de los cuales produce la lengua la emoción”. Bally, *El lenguaje y la vida*, p. 96.

INTRODUCCION

Es un hecho sobradamente conocido, como para insistir demasiado en él, que “no hay vocablo, ni frase, ni momento de la comunicación oral en que, junto al sentido lógico, no se advierta la presencia de elementos afectivos” (Navarro Tomás, *M. E.*, p. 9)¹. Y lo es también el que toda lengua ofrece a la persona que la habla, múltiples posibilidades de expresar aquella afectividad mediante ciertos recursos que le son inherentes. Así, recursos lingüísticos y fenómenos afectivos terminan por hacerse solidarios, de tal modo que aquéllos llegan a servir como reveladores de éstos a cualquiera que intente descubrir en el habla de un individuo —escritor o no— el mundo sentimental y emotivo que aflora en sus palabras.

¹ TOMÁS NAVARRO TOMÁS, *Manual de entonación española*, 2ª ed., New York, Hispanic Institute, 1948. ERDMANN, por su parte, “señala que junto al *significado* (*Bedeutung*) de las palabras hay siempre un *significado accesorio* (*Nebenbedeutung*). Ambos son formas de connotación. La primera es la referencia indirecta a las ideas con que la palabra está ligada como signo

[connotación conceptual]; la segunda es también connotación indirecta, pero al sentimiento o emoción con que la palabra está ligada como expresión [connotación emocional]”, en W. M. URBAN, *Lenguaje y realidad*. La filosofía del lenguaje y los principios del simbolismo. México—B. Aires, Fondo de Cultura Económica, 1952, p. 113.

A esta distinción puede agregarse

En conformidad con ello, nos hemos propuesto en el presente trabajo mostrar sincrónicamente algunos de estos recursos —resultaría ingenuo pretender siquiera indicarlos todos— en el seno de la lengua española tal como la habla familiarmente la 'clase media' (empleados y profesionales) y la 'clase popular' (obreros urbanos y campesinos) de Chile (en la provincia de Santiago, sobre todo), pues es en el ambiente familiar y vulgar donde la lengua cumple mejor su función expresiva, esto es, en nuestro caso: al servicio de la vida afectiva². Por esto, las citas literarias con que ilustramos algunos usos, han sido tomadas, en su mayor parte, de la literatura "criollista", que es la que en el presente refleja mejor el *lenguaje oral* de los ámbitos señalados. Sólo cuando un recurso es muy general hemos acudido a otras fuentes, refrendadas siempre por nuestra propia experiencia. En los casos en que el sexo o edad del hablante imponen una restricción a la validez general de nuestras afirmaciones, hemos dejado constancia expresa de ello.

Dado el rápido desarrollo, en los últimos tiempos, de los estudios dialectológicos relativos al mundo hispánico, ya casi se hace innecesario declarar aquí que los recursos lingüísticos de expresión de la afectividad —no sólo la afectividad misma— investigados en el español de nuestro país, son poco más o menos los mismos que se descubren en el análisis del español oficial o dialectal de España o del de cualquier país hispanoamericano. Es lo que ponen de manifiesto

la de EUGENIO COSERIU, *Sobre el futuro romance*, separata de la RBF, Vol. 3, Tomo 1, 1957, p. 12, entre el *significado subjetivo* (manifestación de una actitud del sujeto hablante) y el *significado objetivo* ("estado de cosas" que se significa)".

² Nos referimos, por cierto, al "conjunto de los fenómenos afectivos" (fenómenos de la sensibilidad), como opuestos a los fenómenos intelectuales, y que E. BOIRAC agrupa en dos clases de hechos: "por una parte, estados más o menos pasivos: sentimientos o emociones; por otra parte, tendencias activas en las cuales esos estados tienen su razón de ser: inclinaciones y pasiones" (*Cours de Philosophie*, París, Alcán, 1904, libro 1º, Cap. IX, p.

131). Concepto que es también el de Bally, según se advierte cuando dice que: "La stylistique étudie [...] les faits d'expression du langage organisé au point de vue de leur contenu affectif, c'est-à-dire l'expression des faits de la sensibilité par le langage et l'action des faits de langage sur la sensibilité". (*Traité de stylistique française*, I, 2ª ed., París, Klincksieck, s/a, § 19). Cp. VICENTE GARCÍA DE DIEGO, *Lecciones de lingüística española*, Madrid, Gredos, 1951, pp. 9-11, y sobre todo, GONZALO SOBEJANO, *El epíteto en la lírica española*, Madrid, Gredos, 1956, pp. 157-161, donde se discute la oposición 'intelectual': 'afectivo', en relación con las funciones del lenguaje.

a cada momento obras de conjunto tan importantes como las de Cuervo³, Malmberg⁴, M. L. Wagner⁵, Kany⁶, P. Henríquez Ureña⁷, A. Rosenblat⁸, M. E. Zappacosta⁹, los estudios monográficos de la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana¹⁰, las "Hablas" publicadas por el C. S. I. C., los trabajos de A. Alonso, Beinhauer¹¹ y tantos otros, que dan testimonio de tales procedimientos, incluso en otras lenguas¹². Pero ese "poco más o menos" implica que hay entre las diversas modalidades de este mismo español algunos matices diferenciales en el empleo de tales o cuales recursos y en el grado de frecuencia con que se los usa, y esto —más el hecho de que las expresiones son muchas veces distintas— es precisamente lo que, a nuestro juicio, justifica el título y la índole del presente estudio.

Para una apreciación más justa del mismo, conviene no olvidar

³ RUFINO JOSÉ CUERVO, *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano . . .*, 7ª ed., Bogotá, El Gráfico, 1939, y *El castellano en América*, B. Aires, El Ateneo, 1947.

⁴ BERTIL MALMBERG, *L'espagnol dans le nouveau monde*. Lund, Gleerup, tirage à part des "Studia Linguistica", I, 1947; II, 1948.

⁵ MAX LEOPOLD WAGNER, *Lingua e dialetti dell'America Spagnola*, Firenze, "Le Lingue Estere", 1949.

⁶ CHARLES E. KANY, *American-Spanish Syntax*, 2ª ed., Chicago, The University of Chicago Press, 1951.

⁷ PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Observaciones sobre el español de América*. I, RFE, VIII (1921); II, RFE, XVII (1930); III, RFE, XVIII (1931).

⁸ ANGEL ROSENBLAT, *La lengua y la cultura de Hispanoamérica*. Paris-Toulouse, Libr. des Editions Espagnoles, 1951.

⁹ MARÍA E. ZAPPACOSTA DE WILLMOTT, *Problemas del hispanoamericano*, Mendoza, "Anales del Instituto de Lingüística de Cuyo", IV, 1950, pp. 127-139.

¹⁰ *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*, B. Aires, Instituto de Filología, 1930-1949, 7 tomos (cit. BDH).

¹¹ WERNER BEINHAUER, *Spanische Umgangssprache*, Berlin u. Bonn, Ferd.

Dümmler, 1930. Hay 2ª ed., de 1958; *Über "Piropos"*, Sep. de "Volkstum u. Kultur der Romanen", VII, 2/3, pp. 111-163. Hamburgo, 1934; hay adaptación española del autor: *El Piropo*, en "Ensayos y Estudios", II, 3/4, pp. 94-121 y II, 5/6, pp. 147-174, Berlín C2, Publicación del Instituto Iberoamericano; *Das Tier in der spanischen Bildsprache*, Hamburg, Ibero-Amerikanisches Forschungsinstitut, T. 20, 1949; *Spanischer Sprachhumor*, Bonn u. Köln, 1932.

¹² Dentro del campo románico, por ejemplo: JOÃO DE SILVA CORREIA, *O eufemismo e o disfemismo na língua e na literatura portuguesa*, en "Arquivo da Universidade de Lisboa", XII, 1927, pp. 445-789; LEO SPITZER, *Italienische Umgangssprache*, Bonn, 1922; HENRI BAUCHE, *Le langage populaire*, Paris, Payot, 1951; V. LUCIANI, *Augmentatives, diminutives and pejoratives in Italian*, en "Revista Itálica", XX, Nº 1, 1943, etc.

Las coincidencias a que hemos aludido más arriba, advertidas a través de las obras señaladas, nos liberarán de la obligación de citarlas en cada punto, pues, como estos puntos son muchos, se recargaría inútilmente nuestra exposición.

que, si encontrar —como hablante— el intermediario lingüístico preciso para la exteriorización de cada estado de alma, con todos sus matices, ya es de una enorme (a veces, angustiosa) dificultad, no lo es menos —como auditor— el proceso contrario. Por esto, el que toma conciencia de los hechos, sabe positivamente que tanto el que se manifiesta como el que analiza el resultado de esta manifestación, a causa de las limitaciones impuestas por la lengua, se mueven muchas veces en un plano de insuperables aproximaciones. Y aproximaciones serán también, muchas veces, en este sentido, las afirmaciones nuestras.

A fin de mostrar ordenadamente los recursos expresivos más evidentes, los distribuiremos en cuatro categorías, considerando en cada caso su rasgo predominante: recursos *fonéticos*, *morfológicos*, *sintácticos* y *léxicos*. Decimos “su rasgo predominante”, porque a menudo se descubre más de uno en la manifestación de un mismo afecto —y viceversa—; por ello, no debe verse en esta clasificación más que un intento de separar lo que en la realidad lingüística y psicológica se da íntimamente unido, para observar con mayor claridad lo preponderante en cada situación.

1. RECURSOS FONÉTICOS

Son fonéticos, por ejemplo: 1) la sustitución de un significante por otro afín, 2) la entonación, 3) todos los “procedimientos rítmicos” en la terminología de Bally, y 4) la interpretación semántica de un “continuum” sonoro alingüístico.

I. SUSTITUCIÓN DE UN SIGNIFICANTE POR OTRO AFÍN.

En el primer caso podemos distinguir tres aspectos diferentes: (a) el significante sustituyente y el sustituido están emparentados por uno o más sonidos diferenciados: Josefa / *Chepa*; (b) el significante sustituyente está relacionado con el sustituido por uno o más sonidos idénticos, y sólo existe como sustituto suyo: diablo / *diantre*; (c) el significante sustituyente está unido con el sustituido también por uno o más sonidos idénticos, pero existe ya con otra u otras connotaciones conceptuales en la lengua, de donde se ha tomado por un proceso de asociación fonética: concripto / *congrio*.

Que en los tres aspectos señalados el recurso es fonético, se advierte si se tiene en cuenta que la expresividad es revelada por la realización fónica del nuevo significante —o específicamente por alguno de sus componentes— y no por el significado “objetivo” que éste posee, pues en todos los casos tal significado es el mismo del sustituido, una vez hecha la sustitución. La evocación del valor semántico, que, como en el aspecto (c), puede tener ya en la lengua el significante sustituyente, desempeña en este caso un papel muy secundario.

a) En relación con el primer aspecto, se encuentran buenos ejemplos si se comparan las formas “standard” de los nombres de persona con sus formas familiares, apreciativas, que, “como los disminu-

tivos [...], circulan más entre mujeres que entre hombres, más entre niños y ancianos que entre jóvenes, más entre gente humilde que entre personas de la clase superior" (Boyd-Bowman, p. 364)¹³. La correspondencia fonética más frecuente —no la única— se establece entre una serie de diferentes sonidos de la primera y uno palatal de la segunda, siendo [tʃ] el más característico y, por lo mismo, el que más a menudo actúa como índice de la afectividad que los hipocorísticos tienen. Ya Lenz¹⁴, al referirse al español de Chile, anota (p. 219) que "hay una de las consonantes que de suyo es cariñosa y diminutiva, la *ch* [...], sobre todo en formas abreviadas de nombres propios". Así, en las mismas circunstancias, en una misma situación, *Ghofa*, pongamos por caso, es mucho más afectivo que *Sofía*; *Chula*, que *Julia*; *Choche*, que *Jorge*; y con otras palatales, *Nico*, que *Nicolás*; *Goyo*, que *Gregorio*, etc., al punto que la palatalización es entre nosotros —y en general en Hispanoamérica—, en estos casos, mucho más común que en el español peninsular¹⁵, y comparable, quizás, con el vasco¹⁶. Interesa destacar también que la correspondencia fonética indicada ocurre en el habla familiar y vulgar incluso fuera del campo de los antropónimos: la madre o el padre, impulsados por el cariño, le dirán a su hijito, por ejemplo, *pácheme el chombero* (páseme el sombrero), *chénteche aquí, mi peyito* (síentese aquí, mi perrito), imi-

¹³ PETER BOYD-BOWMAN, *Cómo obra la fonética infantil en la formación de los hipocorísticos*, NRFH, IX, 4 (1955), pp. 337-366, de consulta indispensable para informarse acerca de lo que ocurre al respecto en el mundo hispánico en general. Echamos de menos solamente un tratamiento especial de los nombres compuestos del tipo *María Eugenia > Maquena* (muchos de los cuales, el mismo autor cita sin analizar en su lista inicial), que hemos consignado como casos de 'composición con abreviación' en nuestra *Introducción al estudio del español de Chile*, Anexo N° 1 de BIFUCh., Santiago, 1953, § 132. A las formas simples nos referimos en los §§ 92-99, 109 y 110, donde, de paso, se encontrarán algunas interpretaciones diferentes de las del citado autor para algunos de los fenómenos señalados por él.

¹⁴ RODOLFO LENZ, *La oración y sus partes*, 3ª. ed., Madrid, 1935. En BDH, VI (1940), p. 150, dice también que "la *ç*... es un fonema muy grato para los chilenos".

¹⁵ Cp. JOSEF STRATMANN, *Die hypokoristischen Formen der neuspanischen Vornamen* [Dissertation], Köln, 1935, y BOYD-BOWMAN, *op. cit.*, p. 350.

¹⁶ Véase W. J. ENTWISTLE, *The Spanish Language*, Londres, 1951, p. 18, y sobre todo LEO SPITZER, *Los diminutivos vascos con -ch-*, en "Revue Internationale des Etudes Basques", 25 (1934), pp. 353-359. Según BOYD-BOWMAN, *op. cit.*, p. 350, "la palatalización parece ser un recurso típico del lenguaje afectivo, no sólo en el araucano y el vascuence, sino también en otros idiomas". Cita como ejemplo el ruso.

tando con esto el llamado lenguaje infantil¹⁷ y cargando, por lo mismo, de emotividad, su propia manera de hablar.

Pero la palatalización no siempre es signo de afectividad positiva (aunque sí lo es en la mayoría de los casos): la expresión *cómo no*, por ejemplo, con que se suele señalar reprobación u oposición a algo (¡Cómo no que voy a ir! = no voy a ir), tiene también sus correspondientes palatalizadas en ¡*cómo ñoco...!* y ¡*cómo ñique...!* (de uso coloquial frecuente), con las que se expresa de un modo más enfático la indicada reprobación.

b) Los casos contemplados en el aspecto (b), puede decirse que surgen preferentemente cuando los sentimientos de pudor, temor o respeto inducen al que habla a desfigurar el significante de la expresión que no quiere o, socialmente hablando, no puede o no debe pronunciar. El resultado es una nueva forma totalmente imprevisible, que no guarda con la original más similitud que la que le dan algunos sonidos idénticos. Es lo que ocurre sobre todo en el ámbito de las exclamaciones e interjecciones —muy propias del lenguaje oral familiar y vulgar¹⁸—, como ¡*diantre!* (diablo), ¡*demontre!* (demonio). En cambio, no recordamos haber oído ni leído sustituciones afines, de Dios, como las peninsulares: *diez o rediez* u otras semejantes¹⁹, o de María, como *voto a mares*. Otros ejemplos, del habla vulgar casi todos, son: ¡*me condenitre!* (me condenara); ¡*(por la) miéchica!*: “—¡Por la miéchica, no aguanta tampoco!” (Guzmán, S. E., p. 171), y ¡*(por la) miércale!* (por la mierda); ¡*por la (re)chuata!* y ¡*por la entrechuata!* (por la chucha)²⁰; ¡*churra!* y ¡*chumbamela!* (chucha); ¡*las güifas!* (‘las huevas’, los testículos), o la serie con que se procura evitar a veces el término *cárajo*, aun cuando no tenga entre nos-

¹⁷ Es sabido que el tal lenguaje contiene mucho de la creación de los propios padres como producto de un proceso sentimental de adaptación al comportamiento lingüístico de sus hijos: “Pour nous mettre au niveau linguistique de notre partenaire [un ‘minus habens’, linguistiquement parlant: un animal, un bébé...] nous sommes parfois portés à déformer notre propre langue”, SERGE KARCEVSKI, *Introduction à l'étude de l'interjection*, en “Cahiers F. de Saussure”, N° 1 (Genève, 1941), p. 71.

¹⁸ “Si le style populaire est caractérisé par l'emploi des classes et sousclasses

logiques les plus basses, les interjections doivent aussi y être fréquentes. Or, on sait que celles-ci reviennent plus souvent dans le langage du peuple et des enfants que dans le style littéraire et solennel”. VIGGO BRÖNDAL, *Les parties du discours*, Copenhague, Munksgaard, 1948, p. 161.

¹⁹ OTTO JESPERSEN, *Humanidad, nación, individuo, desde el punto de vista lingüístico*, Buenos Aires, Revista de Occidente, 1947, p. 226, cita también ejemplos del inglés, alemán y francés.

²⁰ Véase nota N° 113.

otros el valor sexual que posee en España: ¡*caramba!* (el más general), ¡*caráfita!*, ¡*caráspita!*²¹, ¡*cáspita!* (culto), ¡*caracho!* (rural), ¡*caray!*: “—Lo he muerto, Angel. Cayó como una flecha al suelo. Mañana lo buscaremos... Pero, ¡cáspita con el frío!” (Díaz Garcés, *L. Ch.*, p. 178), “¡Caracho, quién pudiera quedarse dormido pa siempre cuando sueña cosas tan relindas!” (Durand, *A.*, p. 273)²², o bien, aquéllas como ¡*(por la) pucha!*, ¡*pucha(s) (Diego)!*, ¡*chas Diego!*, ¡*chas digo!*, ¡*chitas (Diego)!*, ¡*puchacái!*, ¡*pufa!*, variaciones todas de ‘puta’: “—¡Nu’era na el güeñe, por la pucha!” (Latorre, *M.*, p. 308), “—¡Pucha que si’han demorao en pillar el zorro!” (Latorre, *O. P.*, p. 61), “—¡Chas digo, ho!... —murmuraba un hombretón gordo...” (Santiván, *T. B.*, p. 253), “—¡Ah! chitas que te hicieron bien los porotos, hó” (Durand, *A.*, p. 270). Es igualmente usual reemplazar el término ‘maricón’ —y aún *marica*, a pesar de ser menos expresivo—, diciéndose, por ejemplo, *maricueca*, *maricantunga*, *marimari*, y humorísticamente, por otra parte, es frecuente emplear ¡*clarimbamelo!* como sustituto de ¡*claro!*, ¡*claro está!*, con que afirmamos las más de las veces.

c) Las mismas razones señaladas para el aspecto anterior son válidas asimismo para los casos en que, en vez de crear una forma sobre la base de la que se quiere sustituir, se usa una que ya existe en la lengua y que espontáneamente viene a la boca en virtud de una simple asociación fonética. El sustituyente, entonces, cuando no se lo emplea como mera interjección, adquiere en estos casos un nuevo significado; justamente, el significado del elemento sustituido. Así sucede con otras variantes de algunas de las exclamaciones e interjecciones anotadas más arriba, tales como ¡*me (re)consolara!* y ¡*me reconciliara!* (me [re]condenara)²³: “¡Me consolara qu’es cierto!” (Roma-

²¹ Para este ejemplo y otros similares en catalán, véase F. DE B. MOLL, *Sobre xetra y altres eufemismos catalans*, en ZRPh., 49 (1929), p. 286.

²² Muchas otras variaciones eufemísticas, usadas en diversas regiones de España y América, aparecen citadas en la nota N° 183 de las *Notas de morfología dialectal* de A. ROSENBLAT, en A. ESPINOSA, *Estudios sobre el español de Nuevo México*, BDH, II, 1946. Cp. tb., P. HENRÍQUEZ UREÑA, *El español de Santo Domingo*, BDH, V, 1940, p. 179.

²³ KANY, *op. cit.*, p. 418, registra sólo para Chile el uso de *me condenara* y sus variaciones eufemísticas: *me con-*

denitre, *me consolara*, *mecón*, *meconcito*, y, al revés de la opinión general, (Cp. R. OROZ, *El elemento afectivo en el lenguaje chileno*, AFFE II, 1 (1937-38), p. 41), que es también la nuestra, cree que “it seems more likely that the longer forms are later embellishments of *mecón*”. Lamentablemente no dice cuál es el significado de ‘mecón’ que se habría querido embellecer. ¿Habrá pensado tal vez en un aumentativo de *meca* (excremento)? Pero si bien ello es morfológica y semánticamente posible, tal aumentativo no se usa. Por otra parte, *mecón*, sin embellecimiento alguno, es tanto o más frecuente que

nángel, *P. Ch.*, p. 61); ¡miércoles!) o el grito jubiloso de ¡Viva Chile, mi (h)ermosa Patria! (Viva Chile, mierda) con que el pueblo manifiesta sus sentimientos nacionalistas; ¡caracoles! y ¡cara de ajo! (carajo); ¡(por la) chupalla! (por la chucha; la 'chupalla' es un sombrero tosco, de paja, con alas anchas); ¡(por la) recoleta! y ¡por la reverenda! (variaciones ambas de ¡(por la) recresta! < re, aumentativo, intensivo + *cresta*, uno de los n. vulg. del órgano sexual femenino); ¡por la máquina! (por la madre), pues es imposible oír la palabra 'madre' en una exclamación sin asociarla a una de las más hirientes ofensas nuestras. El mismo fenómeno se advierte en el hecho de llamar *trastorno* al 'traste', al trasero²⁴, *voluble* al 'boludo' (< 'bola', testículo), al tonto; *güen* (buen) *mozo*, *güenas* (buenas) *peras*, *güena persona*, al 'güevón' ('huevón', aument. de 'hueva', testículo) al tonto, al estúpido, en que la antífrasis eufemística es evidente; *simbólico* ('sin bolas'), *marinero*, *mariposa* al 'maricón', y *sintética* ('sin tetas') a la mujer de pecho plano²⁵.

Otras sustituciones son, en cambio, reveladoras de una clara intención humorística, y el efecto se debe muchas veces a lo inesperado del trueque. En algunas circunstancias, el término que se evoca es un nombre de persona; así, en el plano de lo familiar se oír que algo resultó *Maluenda* (malo), o *Julián* ('julero' < fulero), o que alguien anda *Poblete* (pobre) o *Riquelme* (rico); que es: *Porfirio* (porfiado), *Lesana* ('leso', tonto), *Paganini*^{25a} ('paga siempre'), *Zapiola* ('sapo', mirón), *Mateo* (hace trabajar mucho el 'mate', la cabeza; estudia demasiado), *Alberto* (no es 'advertido', es torpe), *Getulio* ('jetón', tonto); que está *Cayetano* (callado), y entre jugadores: *Ladislao* (< lado y lado = bacará, punto y banca): "—¿Qué les parece un "ladislao"? —interroga el vejete a los demás jugadores" (Marín, *M. P.*, p. 342). *Manuela* (< mano) o *Manuela Palma*, por masturbación, y *estar Matilde*, por 'estar mate' (virgen, dicho de una mujer) pertenecen sólo al habla vulgar, y son más bien eufemísticos, como la *Filomena* (< filo), por la daga, procedente del coa, lenguaje de los delincuentes chilenos.

A veces, en cambio, son los nombres propios los sustituidos, con-

las otras formas, y hasta aparece en una muy difundida canción chilena, sin que a nadie, cuando la oye o la canta, se le ocurra hacer tal asociación: "Echame el novillo por la medialuna, junto a la bandera lí'hago la atajá y si me le pasa la yegua Fortuna ¡mecón que la atajo con la Colorá!".

²⁴ Cp. M. L. WAGNER, *Über den ver-*

blünten Ausdruck im Spanischen, en *ZRPh.*, 49, (1929), pp. 1-26.

²⁵ Cp. DELMIRA MAÇAS, *A formação da gíria estudantil*. Separata de "Revista de Portugal", N.º 83, p. 104.

^{25a} Cp. GIOVANNI MEO, *Un morfema italiano con funzione stilistica nello spagnolo rioplatense*, en "Lingua nostra", Vol. XIX, fasc. 2 (1958), p. 63.

forme al mismo mecanismo asociativo. En una revista humorística se lee, por ejemplo, "El estudiante *Sale Manco*" (— de Salamanca), Willy Pérez de *Arsénico* (— de Arce), Pancho *Bencina* (— Encina), utilizando así un recurso tan corriente que pocos escapan a la tentación de aprovecharlo. Igual cosa sucede cuando se dice *Guata Mala* por 'Guatemala', *gual'e manteca* (guata [= panza] de —) por 'guatemalteco' y *gual'e vino* por el apellido Guastavino.

En otros casos, la voz atraída es un topónimo: *tomar el tren para Cabrero* (estación de ferrocarriles del sur de Chile), por ejemplo, es 'cabriarse' (< cabro), aburrirse; *estar en Calleuque* (hay un pueblo de este nombre) es estar 'callado'; *irse pa(r)a Tomé* (Departamento de la provincia de Concepción): ir a 'tomar', a beber, y, por último, del individuo que por desaseo 'se rasca' mucho, se dice que es de *Carrascal* (un barrio popular de Santiago).

Circunstancias hay también en que hasta los numerales sufren la sustitución. Así, casi infaliblemente en el juego casero de la lotería, en lugar de 'el uno', 'el dos', 'el tres', se grita el *único*, el *duque*, el *triste*, respectivamente, o en lugar de 'sesenta' y 'setenta': *se sienta* y *se tienta*, y los jugadores de dados anuncian *par de tiuques* (Milvago chimango, chimango, Vieillot), *par de trenes* (Romanángel, *P. Ch.*, p. 65), o *par de cuadros*, cada vez que salen en pareja el 'dos', el 'tres' o el 'cuatro'. En momentos expresivos vulgares se oye también el *caga torcido*, por el 'catorce'.

Por último, cualquier término puede ser reemplazado por otro de acuerdo con la señalada similitud fonética. La juventud liceana, y aún la universitaria —sobre todo la masculina—, gusta de expresiones como (*estoy*) *mahometano* (< maomeno < más o menos; posible por lo habitual de la pérdida de *s* en posición final de signo), *voy al tirante* (< 'al tiro', al instante), *estamos de acordeón* (< de acuerdo), *peor es nalga* (peor es 'nada'), *espera un ratón* (< un rato), *me pegaste a la maleta* (< 'a la mala', a traición), *pásame el teniente* (< el tenedor), *resultó por cazuela* (por casualidad), o exclama ¡*aloja!* en vez de ¡*aló!*, o ¡*la pura verdura!* en lugar de 'la pura verdad', o pregunta con aviesa intención *¿y est' hediondez?* (¿y éste de [d]ónde es?), o con amorosa picardía *¿corazón?* por '¿qué horas son?'²⁶. En el año 1928 ó 1929 se hizo muy popular una canción en que se llamaba *ladrillo* al 'ladrón': "Ladrillo está en la cárcel y el barrio

²⁶ Estudio muy completo al respecto es el ya citado de M. L. Wagner (véase nuestra nota 24). Una explica-

ción sicologista de éste y otros fenómenos semejantes puede leerse en OTTO JESPERSEN, *op. cit.*, p. 190.

lo extraña...". 'Reirse, vivir, comer, etc. a *costillas* (a costas) de uno' es expresión ya estereotipada de Hispanoamérica.

II. LA ENTONACIÓN.

En cuanto a la entonación, se sabe que "las inflexiones del tono, combinadas con las modificaciones del acento y de la cantidad, son capaces de reflejar todos los matices del sentimiento dentro de la infinita gama emocional" (Navarro Tomás, *M. E.*, p. 20).

Esto es lo que, a su manera, expresan nuestros escritores cuando, después de dejar hablar a sus personajes, dicen que lo hicieron "con tono jovial y risueño" (Lillo, *E. P.*, p. 148), o "alegre y malicioso" (*ibid.*, p. 155), o "con tono de doloroso reproche" (*ibid.*, 149), o "sombrio y resuelto" (*ibid.*), o "compungido y lacrimoso" (*ibid.*, p. 151), o "indiferente" (*ibid.*, p. 156), o "irritado" (Ibáñez, *V.*, p. 561), o bien, "en tono zumbón" (Díaz Garcés, *L. Ch.*, p. 179), o "con sorna" (Santiván, *T. B.*, p. 253), o en forma "desdeñosa" (Flora Yáñez, *I.*, p. 373). Particularmente interesante es el siguiente ejemplo en que el mismo personaje —Banderas, en este caso— tiene conciencia de lo que expresa con su tono; irritado por lo que don Ortiz le ha dicho:

"—¡Mentira! —protestó Banderas *con violencia*, encarándose a su interlocutor. Pero luego recordó, sin duda, lo que exponía con su aspereza y *endulzó el tono de la voz*"^{26a};

—No diga eso, mejor será, on Ortiz. Yo sé bien que on Zapata cobra el diez..." (Santiván, *T. B.*, p. 252).

De este modo, el tono de la voz actúa como recurso eufemístico.

* * *

Por otra parte, hay casos en que los escritores utilizan los signos interrogativos en frases con las cuales ya no "se solicita un informe con el deseo de obtener respuesta"²⁷, sino que se expresan diversos estados de alma. Cuando se leen, la curva melódica es la de una pregunta directa²⁸, y va acompañada generalmente del alargamiento de la sílaba tónica de las palabras que indicaremos en cursiva:

^{26a} El subrayado es nuestro.

²⁷ Cp. LIDIA CONTRERAS, *Oraciones interrogativas con 'sí'*. BIFUCh., IX (1956-57), p. 67.

²⁸ Según NAVARRO TOMÁS, *op. cit.*, p.

223, "la expresión de estados afectivos —alegría, tristeza, entusiasmo, abatimiento, etc.— utiliza [...] como principal recurso fónico la entonación circunfleja".

SORPRESA:

En un cabaret, una corista, después de sentarse a la mesa con algunos amigos, ordena al mozo:

“—Media Pomery . . . [Pomery es la marca de un licor fino].

—¿Media? —interrogaba Figueras. ¡Qué ocurrencia, siendo de confianza no se debe tomar a medias . . . Toribio, tráigale una Pomery entera, y se la apunta a la cuenta!

—¿Cómo? —saltaba la mujeruca, presintiendo la chungu” (Maluenda, *M. C.*, p. 204).

DECISIÓN:

Después que a un ladrón muy habiloso, llamado Caco, le dijeron repetidas veces que había otro más habiloso que él, llamado Quico, exclamó en tono de pregunta:

“—¿Saben que voy a salir yendo a verme con el tal Quico?” (Montenegro, *T. V.*, p. 154).

INDIGNACIÓN:

Cuando Miguel, que no podía soportar los gritos de un chuncho (especie de lechuzca) oyó por centésima vez que “desde la copa de un árbol salían los mismos gritos metálicos y cortantes de ese avechuchino cómodo”, le dijo a su amigo:

“—¿Has visto animal más porfiado? ¿Lo sientes allá lejos? ¡Pues allá lo voy a matar!” (Díaz Garcés, *L. Ch.*, p. 178).

Con razón, pues, “en el desacuerdo frecuente entre la significación literal de las palabras y el sentido de la entonación, se pone más confianza en lo que el tono da a entender que en lo que las palabras manifiestan” (Navarro, Tomás, *M. E.*, p. 216).

* * *

Otras veces, una misma voz posee distintos contenidos afectivos en situaciones diferentes, con el apoyo de una determinada entonación, la que, como en todos los casos en que nos referimos a ella, es claramente “comprendida” por el oyente por tratarse de una entonación “normativa”, socializada: *diablo(s)*, por ejemplo, en competencia, en algunas circunstancias, con *demonio(s)*, mostrará sorpresa desagradable en *¡Ah, diablo! ¿Cómo se rompió?*; enojo, ira en *¿Hasta cuándo diablo te voy a soportar?*, o bien, *¿Qué diablos quieres que le haga?*; fatal resignación en *¡Qué diablo! La vida es así: “Se sufre, se sufre . . .*

Y así pasa un año / y otro año . . . ¡Qué diablo! La vida es así . . ." (Pezoa Véliz, *P.*, p. 142); desesperación en *¡Cómo diablo arreglar la situación!*, o dolor, simplemente, cuando un golpe nos hace exclamar *¡Diablo, me pegué!*²⁹, etc.

Contenidos afectivos diferentes, es cierto; pero todos de signo negativo, en que un sentimiento de desagrado, disgusto o descontento, se presenta como común denominador. A primera vista parece esto muy justificable por las usuales "connotaciones conceptuales" de *diablo* o *demonio*; pero lo curioso es que algo semejante ocurre con expresiones antagónicas, dictadas por el sentimiento religioso del hablante, y en que *Dios*, *Señor* y *Virgen* son los términos más empleados^{29a}. De la entonación y de la situación dependerán también, pues, sus "connotaciones emocionales", como las que se indican a continuación:

SORPRESA DESAGRADABLE:

"... el compañero tesorero, un hombre de gran confianza que teníamos, ha desaparecido con todos los fondos.

—¡Pero, *por Dios!* —pronunció mi madre, con tono de lamento" (Guzmán, *S. E.*, p. 220).

"—¡Nos robaron la ropa, señora, nos robaron la ropa!

¡Por Diosito, Señor! ¿les robaron la ropa? . . ." (*ibid.*, p. 183).

DESAGRADO, manifestado en un reproche:

"—¡Madre, por Dios, si alguien la viera en eso! ¿qué cree usted que diría? . . ." (*ibid.*, p. 280).

IRA:

"—¡Desgraciados! . . .

—¡Por Dios, estos salvajes! . . ." (*ibid.*, p. 338).

DESESPERACIÓN:

"—¡Por Dios! —exclamó, desesperada, mi madre. —¡Por Dios! ¡Y tanto que le hemos pedido a Elena que rompa con todo eso! ¡Por Dios, Señor, por Dios, qué chiquilla! . . ." (*ibid.*, p. 304).

"—¡Este chiquillo, *Dios mío*, me va a hacer salir canas verdes! — gritó, desesperada" (*ibid.*, p. 110).

²⁹ Para algunos usos de la interjección, la hipérbole y el eufemismo en el español de Chile, véase también OROZ, *op. cit.*

^{29a} Cp. GEORG WEISE, *Das religiöse und kirchliche Element in der moder-*

nen spanischen Umgangssprache, en "Romanistisches Jahrbuch", VI, 1953-54, p. 270. Para otros trabajos semejantes, consúltese la Bibliografía del mismo autor.

DOLOR:

"Como desde el fondo de un sueño, me tocaban los oídos, a momentos, los dolorosos quejidos de mi madre. —¡Por Dios, por Dios, ay, ay, ay, Dios mío!..." (*ibid.*, p. 119).

"El marido... repuesto con el remedio que le dio la esposa, había de estar de nuevo pateando los trastos y a la mujer, que clamaba a todos los santos por su salvación:

—¡Señorcito, por Dios, *Virgen Santísima*, no seái salvaje, Requito lindo! ¡Por Dios, Señorcito...! ¡No seái malo, Requito..." (*ibid.*, p. 170).

MIEDO:

"Volvió a besarla. La boca del muchacho se arrastraba por todo el rostro de ella. Buscaba el cuello. Y el seno.

—¡No, Abel, por Dios, no vaya a venir alguien!" (*ibid.*, p. 149).

"—*Virgen del Carmen* —dijo Mariquita— creo que mi mamita nos va a pillar, don Juan" (Montenegro, *T. V.*, p. 239).

ANGUSTIA:

"—... hay que encontrarse con los dirigentes de los panaderos...

—¡No salgan, por favor, no salgan, por Dios! —rogaba mi madre" (Guzmán, *S. E.*, p. 329).

"Se abrazaba al cadáver mi pobre mamá. Y su cuerpo entero se retorcia, estremeciéndose en un súbito desconcierto nervioso. —¡Dios mío, m'hijita querida!" (*ibid.*, p. 250).

ALEGRÍA:

"El rostro de Juana se iluminó de emoción, emoción profunda y tierna de madre:

—¡Qué gusto, Dios mío!" (Lazo, *E. A.*, p. 181).

Pero no se puede negar, con todo, que —aunque los sentimientos manifestados sean los mismos— por sus naturales connotaciones religiosas, estas expresiones traducen una actitud del hablante —de preferencia una mujer— diferente a la que se advierte cuando el núcleo de la exclamación es 'diablo' o 'demonio'; pues, mientras en este caso más bien se siente su "protesta", a través de las menciones devotas se oye casi siempre su "lamentación".

Ahora bien, si la entonación es tan importante en formas lingüísticas que de algún modo evocan un contenido semántico, el tono es decisivo en las *interjecciones*, cuya existencia como tales está totalmente condicionada por sus características fónicas, ya que carecen de connotaciones conceptuales³⁰.

“Siendo tan diversos los afectos humanos —ha escrito la RAE³¹, §175—, son naturalmente varias las interjecciones, si bien no en tanto número como aquéllos; por lo cual una misma puede servir para mostrar alegría, tristeza, espanto, admiración, burla, enojo, etc.; diferenciándose el sentido de cada interjección por el tono con que se pronuncia y el gesto y ademanes con que se acompaña”. Nosotros, en lugar de pensar que una misma interjección manifiesta más de una modalidad afectiva, creemos que, en tales casos, se trata sólo de un soporte fónico común a distintas interjecciones, tantas como contenidos afectivos diversos se encuentren ligados a este soporte; en el que la mayoría de las veces, por otra parte, una diferencia de tono actúa como rasgo distintivo^{31a}. Ocurre con esto, en el plano de la expresión, lo que con una serie homonímica en el plano de la comunicación.

Limitaremos nuestras observaciones solamente a las *interjecciones expresivas inmotivadas* —a las motivadas nos hemos referido ya antes—, dejando de lado, por la índole de este trabajo, todo otro tipo³². De aquéllas, los soportes fónicos más usados son, de mayor a menor riqueza expresiva: *ah, oh, bah, beh, hum, ay, oy, eh, ahá, jajajá, jijijí, ayayay, psh, uf, eja, epa, épale, chs, puf, aj, hola*.

Ah [a:]

a) Con tono generalmente agudo:

ALEGRÍA:

“—¡Ah, m'hija tendrá un niño!” (Guzmán, *S. E.*, p. 133).

SORPRESA:

1) Con mezcla de alegría: “—¡Ah, éste no puede ser otro que mi don Jesús María, que Dios guarde! —dice muy ufano apenas tiene al

³⁰ Cp. KARCEVSKI, *Intr.*, y URBAN, *op. cit.*, p. 132.

³¹ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Gramática de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1931.

^{31a} En realidad, la alegría, la tristeza, el espanto, etc., en cuanto sentimientos específicos, son revelados fun-

damentalmente por los entornos, aunque con la ayuda de una entonación determinada. El tono, en todos los soportes, muestra de preferencia el valor positivo o negativo de la interjección.

³² Véase FERNANDO LÁZARO CARRETER,

visitante al alcance de sus dedos. —Tantos años sin verle por estos lados.” (Montenegro, *T. V.*, p. 9).

2) Con mezcla de disgusto: “—¡Le traen una guagua para que la “santigüe”!— entró diciendo mi mamá a mi abuelita. —¿Ah? [exclamó la abuela]” (Guzmán, *S. E.*, p. 281).

PERPLEJIDAD:

“[La madre] —¿Dónde estabas? ...

[El hijo] —¡Aaaah! ...

—¡Este viene “volado”! ... —rió la voz del tío Bernabé, adentro. Un coro de carcajadas acompañó sus frescas palabras. Creí recién despertar de un lejano sueño” (*ibid.*, p. 312).

BROMA, CHANZA:

“—¡Ah! chitas que te hicieron bien los porotos, hó.” (Durand, *A.*, p. 270).

IRONÍA:

“[Zorobabel, molesto] —¿Qué te pasa?

[Otro muchacho] —¡No me pasa na! —gritó, insolente.

[Zorobabel] —¡Ah, no te pasa na! ... ¡Toma, entonces! ... [golpeándolo]” (Guzmán, *S. E.*, p. 35).

b) Con tono generalmente grave:

CONTRARIEDAD:

En estos casos, [a:] se pronuncia casi siempre con ataque glotal.

Un obrero pregunta por el dueño de casa.

“[La hija] —Se lo llevaron al hospital ...

[El obrero] —La señora, entonces ...

[La hija] —¡No, señor, no está tampoco, se fue con él!

[El obrero] —¡Ah, diablos!” (*ibid.*, pp. 201-2).

IRA:

[a:] con ataque glotal.

“Una oleada de sangre coloreó el pálido rostro del muchacho, un relámpago brotó de sus ojos y con voz trémula por el dolor y por la cólera profirió: —¡Ah, perra, ya sé quién es el que te ha puesto así ...!” (Lillo, *E. P.*, p. 149).

Se usa también para espantar a los animales con ira o con enojo:
 “¡Ah, gato, sal de ahí!”.

DESEPERACIÓN:

“Un deseo irresistible de llamar, de gritar, le anudaba la garganta. ¡Ah, todos muertos, todos, todos...!” (Atías, *L. T.*, p. 555).

PENA:

“¡Ah, con qué nostalgia recuerdo hoy el hálito de embrujo que trajeron a mi infancia la mancha negra y la mancha amarilla de esas puertas gemelas!” (Flora Yáñez, *I*, p. 374).

INDIFERENCIA:

“Una voz preguntó desde arriba:

—Rosa, ¿quién está ahí?

—Es Valentín, madre.

Un ¡ah! indiferente pasó a través del techo y todo quedó en silencio.” (Lillo, *E. P.*, p. 156).

DESPRECIO:

“—¡Ah —pensaba— los cochinos!... Me abandonan; me creen pobre... Día llegará...” (Santiván, *T. V.*, p. 258).

ASOMBRO:

“Me dio un pocón de recelo, pa qué lo voy a negar. Cuando entonces, del medio de unas matas de alcaparra, salió el Carbunclo...³³

—¡Aaah!... [exclamó un niño que escuchaba]” (Bascuñán, *S. P.*, p. 398).

DESEO:

“¡Ah, cómo desearía sentir siquiera el azote y la palabra del viento sobre mi fiebre de roca!” (Serrano, *L. B.*, p. 538).

Predominan, como se ve, las connotaciones emocionales negativas.

c) Con tono generalmente medio:

RECUERDO REPENTINO:

“—Pero ¿qué fué del compadre rico?

—Ah, se me olvidaba; como la mujer del compadre...” (Montenegro, *T. V.*, p. 109).

³³ “...el Carbunclo es un animalejo que tiene el cuerpo de oro, pero que es muy difícil de pillar, porque en

cuanto siente algo, se esconde adentro de la concha”. (*ibid.*). Se lo imagina bivalvo.

“... trataba de encontrar un nombre.

—Walter Davis —acudió Julián, facilitándole el hipotético recuerdo. —¡Ah! Sí... ¡Claro! El señor Walter” (Prieto, *E. S.*, p. 78).

COMPRESIÓN:

Enrique no sabía lo que era un prostíbulo, pero cuando su amigo se lo explicó, él evocó una escena que le hizo comprender todo: “Yo recordé: “Tulio, Antonieta”. Me quedé pensativo. Luego, hablé apenas:

—¡Ah!” (Guzmán, *S. E.*, p. 73).

RECONOCIMIENTO:

“—¿Quién es?...

—¡Nosotros, nosotros! ¡Buscamos al compañero Quilodrán!

—¡Ah! ¡Pero mi papá no está!” (*ibid.*, p. 201).

Oh [o:]

Aparece en numerosas interjecciones, todas las cuales pueden agruparse en dos clases: (a) las *expresivas*, que pueden emplearse solas, y (b) las *apelativas*, que no pueden emplearse de este modo. Las primeras son cultas (por lo mismo abundan en Prieto, *E. S.*, obra de ambiente “burgués”) y normalmente se presentan en posición inicial absoluta, pudiendo hacerlo también en otras posiciones; las segundas son vulgares (por lo mismo abundan en Guzmán, *S. E.*, obra de ambiente popular) y sólo ocurren en posición final:

“—¿Saben?... ¿Saben?...

—¡No, oooh!... ¿Qué?...” (Guzmán, *S. E.*, p. 146)³⁴.

Consecuentemente con lo que dijimos al comienzo, sólo nos referiremos a las del primer grupo.

a) Con tono generalmente agudo:

SORPRESA:

“—¡Oh! ¡Lo encontraste!”

EUFORIA OBSEQUIOSA:

“—Diga, no más, señor. Acaso desee un traje... —ofreció el vejete con obsequiosidad de metálica hondura.

³⁴ Contra la divulgada opinión de que este segundo soporte (escrito con mucho más frecuencia *ho*) procede

de “hombre”, se pronuncia *KANY*, *op. cit.*, p. 419, sin dar las pruebas del caso.

—Precisamente . . . —respondió él . . .

—¡Oh! . . . ¡Pero sí, oh, si tengo un traje a su medida! . . .” (Guzmán, *M. R.*, p. 500).

b) Con tono grave:

LÁSTIMA:

“—Era un hombre tímido, ¿lo recuerdas?

—¡Oh, sí!, dijo ella —me parece aún oírlo reír en ese tono menudo y corto de niño triste y apocado” (Chela Reyes, *L. D.*, p. 422).

SÚPLICA:

“—¿Qué haces ahí sentada, alma? —exclamó.

El extendió sus manos implorantes:

—¡Oh!, viajero, dime, si sabes, ¿dónde debo ir, dónde podré encontrar ese punto central y luminoso del que todo procede y que queda fuera de mí mismo?” (Serrano, *L. B.*, pp. 543-4).

ANHELO:

“¡Oh, si pudiéramos avanzar un poco más! Yo sé que estamos sobre el derrotero” (Bahamonde, *E. S.*, p. 520).

RECUERDO REPENTINO:

“Aproveché aquel momento para tocar mi asunto [el que habla temía un castigo del capitán por haberse embarcado sin pagar].

—¡Oh! . . . —me dijo [el capitán] sonriendo —No se preocupe. Eso corre de mi cuenta” (Muñoz, *B. F.*, p. 352).

ASOMBRO:

“¡Oooh! ¿¡Le pegó!?”

DESAGRADO, DISGUSTO:

“—¡Señora! —volví a decirle a Elena— ¡usted se impresiona demasiado! No siga adelante.

—¡Oh! —dijo, refunfuñando, Ricardo— no le haga caso; sigue no más . . .” (Díaz Garcés, *L. CH.*, p. 178).

Bah, [ba], [bah]

a) Con tono agudo:

DESAGRADO FINGIDO, manifestado en un amistoso reproche:

“—Adelante, doctor . . . —le invitó mi madre.

—¡Bah, lo que faltaba era que no me dejaras entrar, niña! —rió a carcajadas el médico” (Guzmán, *S. E.*, p. 101).

SORPRESA:

Un muchacho, a la vista de Antonieta, a quien ya no esperaba, exclama:

“—¡Bah! ¿tú? . . . Palabra, no creí que ibas a venir . . .” (Guzmán *S. E.*, p. 58).

BURLA:

“Al fin, la rucia se levanta de su piso, llameándole la cara. “¡Bah, eñorita! —le dice Longo— cómo es que no se contentó con dejar caer el apelativo; pues vea la lindura que va dejando olvidá en el asiento” (Montenegro, *T. V.*, p. 39).

b) Con tono grave:

DESDÉN:

“—¡Pastoriza! Dice la señora que cantes no más, si quieres.

—¡Bah! ¿Nada más se le ofrecía?” (Prieto, *E. S.*, p. 28).

INDIFERENCIA:

“Lueguito no más comenzaron unas carreras en el cuarto del lado.

—¡Bah, son los ratones que vienen al olor de la carne! —dijo el arrierito” (Montenegro, *T. V.*, p. 76).

Quizás sea a este sentimiento al que alude Guzmán, *S. E.*, p. 497, cuando dice que: “Es fácil para los tímidos, los arribistas y los hombres solitarios decir: “Bah” . . . Es la interjección con que la vida les permite respirar mejor”.

MENOSPRECIO:

Unos muchachos juegan a lanzarse del tranvía en movimiento.

“—¡Bah [dice uno], pero la gracia es tirarse p’atrás!” (Guzmán, *S. E.*, p. 76).

DESAGRADO, manifestado en una réplica:

“—¿Y usted cree en eso, Don Rocha? —alguien le pregunta.

—¡Baah, que no! ¿Que no le han oído contar a los costinos lo que han visto los marineros desde Tongoy?” (Bascañán, *S. P.*, p. 397).

Traduce su molestia porque no creen en sus palabras.

Puede manifestarse también en una autorreprobación:

Un "huacho" buscaba algo con que jugar a la chueca:

"—Bah —dijo hablando fuerte— ¡cómo no se me había ocurrido!, voy a cortarle la cabeza al muerto, a falta de otra cosa mejor, y con eso sí que podré jugar a la chueca hasta que me dé puntada" (Montenegro, *T. V.*, p. 145).

Beh [beh]

Con las mismas connotaciones que el anterior. Con tono grave y *e* cerrada es más propio del habla vulgar.

Hum [h^m]

Se articula con la boca cerrada, siendo el efecto acústico el de una [m]. A veces se oye además una aspiración producida por el aire que sale por la nariz. Karcevski, quien se refiere con alguna amplitud a este soporte, al final de su *Introduction*, define las interjecciones correspondientes como "exclamations à phonème zéro, ou que seul le ton les différencie" y propone representarlas por una *h* nasalizada [h^m]. De las modalidades que él señala: interrogación [¿h^m?], confirmación [h^m h^m], reconocimiento (satisfacción por un descubrimiento) [¡h^m] ³⁵, duda [h^m . . .] y negativa [h^m], sólo para esta última no encontramos ejemplos en nuestra experiencia ni en las obras analizadas. En cambio podemos agregar tres más:

ASENTIMIENTO:

"—Tío Ventura, ¿había muchos brujos en su tiempo? . . .

—¡Hum! no faltaban por ahí . . ." (Montenegro, *T. V.*, p. 25).

Este *hum* es una respuesta afirmativa del tío Ventura.

CONTRARIEDAD, DISGUSTO:

"Yo le hubiera molido a golpes ahí mismo; pero este vigilante que se acercó desconfiado . . . ¡Hum! Gracias a él se me escapaba" (Sánchez, *M.*, pp. 569-70).

DESDÉN:

"—¿Y eso? —pregunté [al ver colgada un hacha descomunal].

—¡Hem! ¡Cosas del Hombre! [contestó el boleterero, refiriéndose al administrador de la mina]" (Barrios, *S. R.*, p. 195).

³⁵ Representado ¡*mm!* en Montenegro, *T. V.*, p. 52: Después de probar unos buñuelos, "—¡Mm! hizo no más

el viejo con la boca llena. Y se zampó media docena más".

El intento de Karcevski (*ibid.*) de realizar con estas interjecciones un sistema de oposiciones tonales, podría ser fructífero también con otras.

Ay [a_i].

a) Con tono agudo:

PENA, AFLICCIÓN:

A una pregunta de su madre, "Rosa, con tono compungido y lacrimoso, respondió:

—¡Ay, madre! El huerto está hecho pedazos. ¡Las coles, las lechugas, los rábanos, todo lo han arrancado y pisoteado!" (Lillo, *E. P.*, pp. 151-2).

DOLOR FÍSICO REPENTINO:

"El pequeño calentó el fierro y cuando estaba bien coloradito, se lo cargó al más grande.

—¡Ay, tonto pícaro, que me llegó al hueso! (Montenegro, *T. V.*, p. 210).

b) Con tono grave:

GOZO, ALEGRÍA:

"—¡Ay, hermana! ¡Qué lindas son estas estampas!" (Díaz Garcés, *L. Ch.*, p. 175).

LAMENTACIÓN:

"—Ay, hijitos, en esta miseria de cuarenta años que llevo sin columbrar ni un rayito de luz, raros son los colores que no se me han confundido del todo" (Montenegro, *T. V.*, p. 17).

COMPASIÓN:

"—Ay, amigo, ahora no tengo más remedio que comérmelo, porque ya no veo de hambre con todos los meses que llevo sin probar más que mosquitas" (*ibid.*, p. 114).

DESEO:

"¡Ay, si los pájaros pudieran prestarnos unas cuantas de sus plumas...!" (Serrano, *L. B.*, p. 538).

Reiterado, puede expresar el DOLOR FÍSICO que se repite, repre-

sentando los quejidos de un enfermo:

“¡Ay, ay! ¡cuándo se me quitará esto, Dios mío!”

Oy [oi]

a) Con tono agudo:

ALEGRÍA:

“—¡Oy qué bueno! ¿Viniste?”

b) Con tono grave:

TRISTEZA:

—No resultó la cosa.

—¡Oy, qué lástima!

Eh [e:].

a) Con tono agudo:

SORPRESA, mezclada con incredulidad:

“—¡Nos han robado, hijo! —continuó ella, con voz trémula.

—¿Eh? . . . ¡Habla claro, mujer, habla claro!” (Guzmán, S. E., p. 180).

SORNA, MALICIA:

“—¡Oiga, mire, compañero, yo con los frailes, ni a misa! ¡Ni a misa con los frailes, carajo!

—¿Y una monjita? . . . ¡Eh, eh! . . . ¿Y una monjita? —le insinuaba el vendedor, con su picardía legañosa . . .” (*ibid.*, p. 42).

IRONÍA, con mezcla de ira:

Después de haberle confesado Enrique a su madre que no había ido a la escuela, sigue el diálogo:

“—¿Y cómo negabas, condenado?

—¡No sé! —le grité, ensobrecido . . .

—¡No sabes, ¿eh? ¡Toma, entonces, toma! . . . [azotándolo]” (*ibid.*, p. 65).

IMPORTANCIA:

“Ella aparece de pronto . . . Un collar que yo no conocía le colgaba sobre el pecho (“Una buena suma, ¡eh!”). Nada le dije” (Sánchez, M., p. 569).

El que habla repara —y hace reparar a los demás— en que el collar no es ordinario, pues “se ve” que ha costado una buena suma.

b) Con tono grave:

MOLESTIA, DISGUSTO, CONTRARIEDAD:

“—¡Eh, porra —dijo el más diablo—, no me importa que me salgan añas hasta por no sé dónde, yo tengo que matar esta hambruna!” (Montenegro, *T. V.*, p. 132).

Ah, ah [ahá]³⁶.

Se pronuncia con tono grave [a] — agudo [há].

Funciona sobre todo como signo de **COMPRESIÓN APROBATORIA:**

La madre pregunta a su hijo dónde ha estado:

“[Hijo] —Me fui al río! —dije.

[Madre] —¡Ah, ah! ¿Y a qué fuiste?

[Hijo] —A jugar con otros cabros...” (Guzmán, *S. E.*, p. 65).

La madre se da por enterada de lo que le dice su hijo, y cree (o finge creer) en su información.

SARCASMO:

“¡Ahá! Con que tú eras el diablito, ¿no?”

Ja, ja, ja [hahá], [hahahá].

Representa la risa franca, que expresa:

ALEGRÍA:

“Mi padre rió. —¡Ja, ja, ja!... ¡Este hombre se pasa de soldado!...” (Guzmán, *S. E.*, p. 234).

BURLA, SARCASMO:

Pronunciado casi siempre [há:haha].

“—¡Tienen un héroe los del tercero, por la chita!... ¡Un héroe putó!... ¡Ja, ja, ja!... —gritaba, en son de burla, uno del sexto” (*ibid.*, p. 147).

³⁶ No debe pensarse, por su incorrecta representación gráfica, que este

soporte es el resultado de una repetición de ah [a:].

PAROXISMO:

“Realmente, el hombre debía estar loco.

—¡Yo tenía que matarlo! ¡Ja, ja, ja! ¡Yo, yo! . . .” (*ibid.*, p. 265).

Ji, ji, ji [çiçi], [çiçiçi].

Representa la risa contenida, que expresa ALEGRÍA o BURLA, según la situación:

“—¡Cállate! —le grité.

—¡Ji, ji, ji! . . . —rió, estúpidamente” (*ibid.*, p. 252).

Ayayay [ajajáj]³⁷.

Con tono agudo:

DOLOR:

“¡Ayayay, mamacita, no me pegue más, ayayay!”

Único soporte que admite la forma apreciativa: *ayayaicito*.

TERROR:

“—¡Ayayayy! . . . Soc . . . —alcanza a gemir la desventurada muca-ma al ver delante de ella la cara de bestia en celo que se le viene encima” (Guerrero, *G. L.*, p. 493).

Psh [ps], [pf].

DESPRECIO:

“¡Psh! todos los hombres eran iguales” (Prieto, *E. S.*, p. 94).

DESDÉN:

—¿Quiere ejarme tranquilo, mire, don? . . . ¿No ve que toa má-quina, mientras se acostumbra, anda mal?

—¡Psh! —exclamó el otro—, ésta parece que tiene mañas viejas y está resabiá . . .” (Santiván, *T. B.*, p. 253).

Uf [uf].

Con tono agudo, generalmente.

³⁷ No debe confundirse este soporte con *ay, ay*, resultado de una repetición de *ay* [aj], que hemos visto más arriba (p 226).

Piénsese en que [aj] posee un mayor número de connotaciones emocionales que [ajajáj], entre las cuales está la alegría, que este último nunca expresa.

SOFOCACIÓN:

“El Rey estaba ya en cama, arropado con dos docenas de frazadas y sudando arroyos de agua.

—Uf —decía el Rey—, que me ahogo, doctor. ¿Todavía dilatará mucho el remedio?” (Montenegro, *T. V.*, p. 137).

DESAGRADO:

“¡Uf! Aquel monólogo era intolerable...” (Prieto, *E. S.*, p. 225).

Eja [éxa], [éha].

Pertenece al habla vulgar y campesina, y manifiesta el desagrado, disgusto o enojo que siente una persona por un acto contra el cual protesta:

—¡Eja, ñor, fíjese onde pone l'aplanaora!”, reclama uno a quien han pisado; o bien:

—“¡Eja, amigo, pare el carro!”, si alguien ha intentado propasarse con él.

Epa, épale [épa], [épale]; [éppa], [éppale].

Las formas con geminación comienzan con ataque glotal.

Son los equivalentes familiares del anterior.

“¡Epa! Afírmese que me bota.”

Chs [tʃ].

Es vulgar. Expresa:

DESPRECIO, DESDÉN:

“—¿Cuánto pagan aquí?

Y cuando el hacendado se lo dijo, Farías desdeñosamente replicó:

—¡Chs! Por esa plata yo no le trabajo a naide. Pa eso mejor estoy sentao en mi casa” (Durand, *A.*, p. 264).

Puf [puf].

a) Con tono agudo:

ASCO, REPUGNANCIA:

“¡Puf! ¡Qué hediondez!”

“¡Puf! ¡Qué desagradable!”

SENTIMIENTO DE INMENSIDAD:

“—¿Te falta mucho para terminar?”

—¡Puf! ¡Una enormidad!”

b) Con tono grave:

DESPRECIO CON DESILUSIÓN:

“—Toma lo que te prometí.

—¡Puf! ¿Eso es todo?”

Aj [ax].

ASCO, REPUGNANCIA:

Se refiere especialmente a sensaciones gustativas, o interpretadas como tales, capaces de provocar arcadas.

“¡Aj! ¡Qué amargo!”.

Hola [óla].

SOCIABILIDAD:

Forma habitual de saludo de encuentro, que se contesta generalmente de la misma manera:

“—¡Hola!

—¡Hola!”.

Se usa en competencia con *¡Qué hubo!* [kjúbo], *¡Qué tal!* El alargamiento de la vocal acentuada y su tono agudo, revelan un mayor grado de afectividad.

Con respecto a la capacidad expresiva de estos soportes, puede concluirse que los más capaces en este sentido (*ah, oh, bah, beh, hum, ay, oy, eh, ahá, jajajá, jijiji*), manifiestan tanto contenidos emocionales positivos como negativos; el resto, sólo negativos. La única excepción es *hola*, que muestra un contenido emocional positivo.

* * *

Así como en el plano de la comunicación, forma y contenido no son congruentes, como la tradición nos tiene acostumbrados a creer, pues una misma forma —llámese ésta significante, morfema, curva melódica, etc.— puede asociarse a diversos contenidos —llámense éstos significado, semantema, valor intencional, etc.— y, viceversa³⁸, lo mismo sucede, como se ha visto y se seguirá viendo, en el plano de la expresión: en un sistema de coordenadas, la ordenada de las connotaciones afectivas se desplaza horizontalmente, en un punto cualquiera, sobre la abscisa de las formas lingüísticas, produciéndose así, en cada cruce,

³⁸ Es siempre el rasgo inherente a la naturaleza del signo lingüístico: su dualidad asimétrica, tan claramente glosada por SERGE KARCEVSKI, *Du dua-*

lisme asymétrique du signe linguistique, “Cahiers F. de Saussure”, XIV (1956), pp. 18-24.

diferentes signos con el mismo contenido afectivo (serie homopática, heterofónica), y, por otra parte, la abscisa de las formas lingüísticas se desplaza verticalmente, en un punto cualquiera, sobre la ordenada de las connotaciones afectivas, produciéndose de este modo, en cada cruce, un signo con diversos contenidos afectivos (serie heteropática, homofónica). El resultado será en todo momento, pues, un signo dual cuyas partes se mantienen unidas en equilibrio inestable.

III. PROCEDIMIENTOS RÍTMICOS.

Pero fuera de este "juego variado de melodías fijadas por el uso y que expresan sentimientos determinados", existente en todos los idiomas, hay otros recursos expresivos de valor fonético: los "procedimientos rítmicos"³⁹.

1. Las onomatopeyas.

Confieren a la narración de un hecho gran vivacidad y plasticidad, al mismo tiempo que traducen, junto con una natural "propensión a 'pintar' con ayuda de los sonidos"⁴⁰, una exaltación del estado de ánimo del narrador: "Y de repente, ¡chis, chas!, le dió un par de bofetadas que lo hizo ver burros verdes"; "... aunque estaba como a media cuadra del león... le disparó los dos tiros. ¡Cataplún! allá le quedó hecha astilla una pata al león" (Montenegro, *T. V.*, p. 66); "Y a cada rebencazo, le volvía a preguntar: —¿Era pavo o era gallo? Ras. Vamos a ver, ¿era pavo o era gallo? Ras, ras, ras" (*ibid.*, pp. 147-8); "Los disparos atronaban el espacio: ¡Pum, pum!..." (Guzmán, *S. E.*, p. 338);

³⁹ CHARLES BALLY, *El lenguaje y la vida*, B. Aires, Losada, S. A., 1941, pp. 137 y 138. Particularmente importante al respecto es toda "La phonétique impressive" del *Traité de phonétique* de MAURICE GRAMMONT, Paris, Libr. Delegrave, 1956, pp. 377-424. Sobre "le rôle des procédés musicaux du langage" ha escrito Bally tanto en su *Traité* (véase nuestra nota 2), como en su *Linguistique générale et linguistique française*, 2ª ed., Berne, A. Francke, S. A., 1944 (1ª ed., París, 1932). Más tarde ha vuelto sobre el tema en el sugestivo ensayo *Intonation et syntaxe*, en "Cahiers F. de Saussure", 1 (Genève, 1941), pp. 33-42. A esta última relación se refieren también, entre otros: WAL-

TER VON WARTBURG, *Problemas y métodos de la lingüística*, Madrid, RFE, 1951, pp. 149-173, y en la lengua española, fuera de NAVARRO TOMÁS, *op. cit.*, y *Manual de pronunciación española*, 6ª ed., Madrid, CSIC, 1953, §§ 189-192; SAMUEL GILI Y GAYA, *Curso superior de sintaxis española*, 2ª ed., Barcelona, Spes, S. A., 1948, § 253; GARCÍA DE DIEGO, *op. cit.*, pp. 24-27, y SALVADOR FERNÁNDEZ, *Gramática española*. Los sonidos, el nombre y el pronombre, Madrid, Rev. de Occidente, 1950, §§ 44-50.

⁴⁰ KARL BÜHLER, *La onomatopeya y la función representativa del lenguaje*, en "Psicología del Lenguaje", B. Aires, Paidós, 1952, pp. 74-87.

"¡Pafff!... ¡Pafff!... Chascaba el agua a los golpes de los garfios" (*ibid.*, p. 257).

Fuera de estas onomatopeyas —y muchísimas otras que se podrían citar⁴¹ que "evocan ante todo una imagen acústica", están también aquellas que evocan preferentemente "una imagen cinética": los "verbos interjectivos" de Karcevski, *Intr.* (p. 66): "Me acerqué a él, y sin decirle una palabra ¡pim, pam!" (= le di dos bofetadas); "Corrió hasta la acequia y hip, al otro lado" (= saltó...).

Los contrastes de timbre, agudo / grave, (*chis, chas; pim, pam; pif, paf*, etc.) contribuyen muchas veces a hacer más expresiva la onomatopeya⁴²; pero, al racionalizarse como signos lingüísticos, pierden, como es natural, gran parte de su tonalidad afectiva⁴³.

2. Acento de insistencia⁴⁴.

Constituye un signo del interés del que habla, pues es este interés el que lo lleva a destacar, mediante una acentuación enfática, un

⁴¹ Véase RABANALES, *Intr.* (op. cit.), § 80.

⁴² Ejemplos similares en alemán, inglés y francés pueden verse en W. HENZEN, *Deutsche Wortbildung*, Halle/Saale, 1947, p. 264, todos los cuales ponen de manifiesto la persistencia del contraste vocálico i/a, tema especialmente estudiado en el español por J. MORAWSKI, *Les formules apophoniques de la langue espagnole*, RFE, XVI (1929), pp. 337-365. Véase también LEO SPITZER, *Stilstudien*, München, T. I, (1928), Cap. 9.

⁴⁰ Cp. VICENTE GARCÍA DE DIEGO. *Lingüística general y española*, Madrid, CSIC, 1951, pp. 488-495. También S. ULLMANN, *Précis de sémantique française*, Berne, A Francke, S. A., 1952, pp. 111-115, para quien "l'expressivité phonique est sujette à trois types de variation qui dépendent, soit du contexte, soit du tempérament du locuteur, soit enfin de l'évolution de la langue".

⁴⁴ Así traduce Amado Alonso el "accent d'insistance" de BALLY, *L. y V.*, y LGLF, § 202. Igual denominación emplea GILI Y GAYA, *Elementos de foné-*

tica general, Madrid, Gredos, 1950, p. 29, coincidiendo con MAURICE GRAMMONT, *Traité pratique de prononciation française*, Paris, Libr. Delagrave, 1946, quien explica su nombre de esta manera: "l'accent rythmique ne comporte pas d'allongement consonantique; au contraire, l'accent supplémentaire trouve là sa caractéristique la plus singulière: on insiste sur les consonnes et on les prolonge. C'est une des principales raisons pour lesquelles cet accent est nommé ici accent d'insistance" (pp. 140-1). Cp. tb., su *Traité de phonétique*, pp. 118-119.

Podría denominárselo también 'acento expresivo', en oposición al 'acento estructural' ('fixed stress' en ingl.), que permite clasificar las palabras en agudas, graves, etc. ETHEL WALLIS y WILLIAM E. BULL, *Spanish adjective position: Phonetic stress and emphasis*. Reprinted from "Hispania", Vol. XXXIII, Nº 3, August, 1950, p. 223, oponen, 'Innate stress' (acento estructural) a 'Stress' (a. expresivo), simplemente. A. HOPPE, *Inhalte und Ausdrucksformen der deutschen Sprache*, Frankfurt, M. Diesterweg, 1955, p. 14.

elemento (sílabo o palabra) del contexto, reforzando así, sicológicamente, la idea que desea expresar: "La obra estuvo *fantástica*"; "*El era un buen muchacho*" (y no otro); "*El era un buen muchacho*" (ya no lo es); "*El era un buen muchacho*" (no era malo, no cabe duda de que era bueno); "*El era un buen muchacho*" (y no otra cosa; un buen profesional, por ejemplo). Este recurso, de destacar una palabra mediante el acento de insistencia, es más habitual en lenguas de sintaxis rígida, como el francés, el inglés o el alemán, donde con menos facilidad se puede obtener el mismo resultado, variando en la oración la ordenación de las palabras ⁴⁵.

3. Cantidad silábica.

El alargamiento de una sílaba en una palabra revela muchas veces la sorpresa, angustia, impaciencia, alegría, etc., del hablante, según el tipo de entonación concomitante que emplee y la situación en que ello ocurra.

La sílaba puede resultar larga ya por el alargamiento de la vocal, ya por el de una consonante, ya por el de ambos sonidos a la vez.

El primer caso —el más notorio sin duda— es casi el único que muestran nuestros escritores en sus obras, mediante la repetición gráfica de la vocal alargada, repetición en que se va aumentando el número de vocales en relación directa al alargamiento que se quiere expresar. A los ejemplos señalados más arriba (p. 216), a propósito de la entonación, aunque sin representación del alargamiento vocálico, pueden agregarse otros en que esto se realiza:

“—¿Y usted cree en eso, Don Rocha? —alguien le pregunta.

—¡*Baah*, que no! . . .” (Bascuñán, *S. P.*, p. 397).

“—Me dió su pocón de recelo, pa qué lo voy a negar. Cuando entonces, del medio de unas matas de alcaparra, salió el Carbunclo . . .

prefiere el nombre de 'dynamischer Akzent' para este último, y HANS OSTER, *Die Hervorhebung im Spanischen* [Dissertation], Zürich, Fluntern, 1951, p. 83, el de 'syntaktischer Akzent'. Más adecuado nos parece llamar "acento sintáctico" ('free stress', en ingl.) al que adquieren ciertos signos en virtud de una determinada posición en la frase, como el del segundo *no* en "No he dicho que no".

⁴⁵ Cp. fr.: J. MAROUEAU, *Accent affectif et accent intellectuel*, en "Bulle-

tin de la Société Linguistique de Paris", XXV (1924), pp. 79-86; J. MAROUEAU ET A. DAUZAT, *Accent d'insistance affectif et intellectuel* en "Le français moderne", II (1934), pp. 123-126; W. VON WARTBURG, *op. cit.*, pp. 171-3. En ingl.: DWIGHT L. BOLINGER, *English prosodic stress and Spanish sentence order*. Reprinted from "Hispania", vol. XXXVII, 2, may 1954, pp. 152-156. En al.: BALLY, *LGLF*, § 79 nota; W. VON WARTBURG, *op. cit.*, p. 152 y nota 115; HOPPE, *op. cit.*, pp. 14-15.

—¡Aaah! . . .” (*ibid.*, 398).

“—¡Que se acaban las hallullas, que se acaban las hallullas, apúuuu . . . rense, apúuuu . . . rense! . . . ¡Que se acaban las hallullas, apúuuu . . . rense! . . .” (Guzmán, *S. E.*, p. 56).

La mayoría, sin embargo, muestra situaciones en que una persona —o varias— gritan desesperadamente, ya solicitando ayuda: “Y allá lejos, a popa, va aquel galope sonoro a confundirse con el último lamento desesperado de un hombre que grita: —¡Socorroooo!” (Marín, *M. P.*, p. 342); ya pidiendo clemencia: “Y habría estallado, si no logro, al fin, aullar, como un presidiario a quien flagelaran: —¡Mamá! . . . ¡Mamáaa . . . mamacitaaa! . . .” (Guzmán, *S. E.*, p. 319); ya implorando:

“—¡Por qué no me deja, mamá! . . .

—¡Con esos zapatos, no, caramba! . . .

—¡Mamáaa! . . .” (*ibid.*, p. 138); ya anunciando una catástrofe: “¡Fueegooo!, ¡Inceendioooo!; ya llamando simplemente a alguien: “Un grupo de soldados, yo entre ellos, . . . corrimos hasta el centro del valle y le gritamos con todo el vigor de nuestras gargantas: —Jooofreéee, vueeelveee. Vueeelveee, Jooofreéee” (Latorre, *T. C.*, pp. 237-8); “Grité: —¡Eh . . . Romeeero . . . Leeeeiva . . . Raaampla! ¡Vengan . . . vengan . . .!” (Bahamonde, *E. S.*, p. 513).

Como se habrá podido advertir, la vocal que se alarga generalmente es la acentuada, y es siempre ésta en una secuencia vocálica. Por otra parte, fuera de la vocal acentuada, es la final inacentuada la que más experimenta este alargamiento.

Con excepción de las situaciones en que la persona grita, el alargamiento de la vocal acentuada, en una palabra cuyo contenido semántico se refiere a algo ónticamente intensificable, expresa justamente esta intensificación. Así ‘grande’, ‘tarde’, ‘profundo’, etc., resultan aumentativos pronunciados *gra:nde*, *ta:rde*, *profu:ndo*, etc., respectivamente. Del mismo modo, si se dice, por ejemplo, “Guillermo pasó corrie:ndo por aquí”, con la [e:] se está significando que lo hizo con mucha velocidad.

Si se trata, en cambio, de propiedades cuya intensificación se aprecia como una disminución, el alargamiento vocálico —con un tono diferencial— hace de la expresión un diminutivo: *chi:co*, *ba:jo*, por ejemplo, frente a ‘chico’, ‘bajo’, etc.

Lo mismo ocurre con los propios sufijos aumentativos (-azo, -on, etc.) y diminutivos (-ito, -in, etc.), donde tal alargamiento es signo también de una intensificación de sus respectivos valores. Así,

perra:zo, v. gr., se siente como más grande que 'perrazo', y *gati:to*, como más chico que 'gatito'⁴⁶, cuando no es mera expresión de cariño.

De esta manera, frente a los procedimientos morfológicos (y sintácticos: muy grande, etc.) de intensificación, el alargamiento vocálico constituye uno más, de carácter fonético.

Pero, como decíamos al comienzo, también es posible el alargamiento consonántico, aunque los escritores analizados no lo representen gráficamente: Ocurre sobre todo con las nasales y sibilantes, las que se articulan con mayor tensión muscular que la que se emplea en ellas neutralmente^{46a}: *¡M:anuel!*, *¡S:anto Dios!*, *¡cómo te han dejado!*, fenómeno normal, éste, de lo que patológicamente es el espasmo tónico, resultante, como toda forma de tartamudez, de una "emotividad mórbida".

4. Acento musical o tono.

En íntima relación con el alargamiento vocálico señalado en el párrafo anterior, hay que considerar la función expresiva del tono, agudo o grave, con que se articula la vocal.

En términos generales se advierte que él revela el estado de ánimo, positivo o negativo, del que habla. Así, por ejemplo, un *¡llegó:!*, con tono agudo, manifiesta, según la situación, el agrado, alegría, entusiasmo, que siente el hablante por la llegada de alguien, y con tono grave, su desagrado, pena o descontento, por el mismo hecho.

Como tal reacción implica al mismo tiempo una valoración, positiva o negativa, de tal llegada (se aprueba o desaprueba), puede decirse que el tono funciona aquí también como un signo axiológico. Esto viene a explicar que mientras el tono agudo (positivo) aparece habitualmente junto al alargamiento vocálico de un término axiológicamente positivo, como *lindo*, *alegre*, *claro*, etc., el grave (negativo) acompaña al de uno negativo, como *feo*, *triste*, *oscuro*. De este modo, se elevará el tono al decir "¡Un día li:ndo, ale:gre, cla:ro!",

⁴⁶ GRAMMONT, *Traité de phonétique*, pp. 405-407, — seguido por ULLMANN, *op. cit.*, p. 106 — ve en la propia estructura fónica de *a* y *o* el poder que estas vocales tienen —en francés; pero lo mismo sería en español— para evocar la idea de "grande", como en la de *i* para evocar la de "pequeño". KARL JABERG, *Elation und Komparation*, Sep. de "Festschrift Edouard

Tièche", Berna, 1947, pp. 41-60, estudia en conjunto los recursos lingüísticos del italiano sobre todo, para expresar la noción de superlativo, recursos que son también del español.

^{46a} En el caso de las oclusivas: *¡P:osible!*, *¡Hast:a cuando te voy a so:portar!*, no hay propiamente alargamiento, pero sí mayor tensión muscular.

y se bajará en “¡Un día fe:o, tri:ste, oscu:ro!” Lo contrario resultaría extraño.

Tal recurso, como se sabe, lo emplean frecuentemente con los niños los buenos narradores de cuentos.

5. Repetición consonántica y silábica.

Tal repetición aparece a menudo en los hipocorísticos, lo que hace que ella delate cierto sentimiento de ternura: (a) *Quique* < Enrique, *Tato* < Eduardo, *Yeya* < Mireya; (b) *Lolo* < Manolo < Manuel, *Titi* < Cristina, *Luhú* < Lucrecia, y en otras creaciones infantiles: *mama*, *tata*, *pipi*, *popó* ('poto', trasero), etc.

6. Secuencia homofónica.

La secuencia, inmediata o casi inmediata, de dos o más expresiones homófonas, es un recurso humorístico bastante socorrido. Abundan los ejemplos en Romanáñez, *P. Ch.*, de donde entresacamos los siguientes:

—¿Y cuánto vale esta taza?

—A ver, tasa la taza. Tásala vos . . .” (p. 46). El seseo, propio de nuestra comunidad lingüística, explica en este caso la homofonía.

—Yo tengo miedo de hacer mi número.

—¡Estúpidos!— es lo único que contesta Viola.

—Porque Ud. Viola, *vio* la indiferencia de los pampinos” (p. 61).

“Con curiosidad visitamos el palacio de los Virreyes, aunque yo no *vi* reyes por ninguna parte” (p. 89); “Estas negras son muy apetecidas . . . Pero, fuera de esto, no sirven estas negras de Panamá, *pa na má* . . . [para nada más]” (p. 119).

La homofonía puede producirse igualmente mediante una segmentación intencionalmente diferente de una expresión conocida, como ocurre cuando en lugar de “el dulce lamentar de dos pastores”, de la famosa égloga de Garcilaso, se lee: “el dulce lamen tarde dos pastores ^{46b}.”

7. Secuencia paronímica.

Con intención humorística se recurre también a contrastar en una misma frase dos o más expresiones parónimas. Del mismo Romanáñez, *P. Ch.*, son los ejemplos que siguen: “No sé si ir al *convite con bata* o *con bota*”, (p. 46); “Pero ten seguro que si te sale mal lo de la

^{46b} ROBERTO VILCHES, *Curiosidades literarias y malabarismos de la lengua.*

Santiago, Nascimento, 1955, p. 283.

telepatía, te lo pateo . . ." (p. 65); "Si estos pájaros estuvieran en Cuba, en vez de *abonos* producirían *habanos*, sin duda alguna" (p. 80).

8. Pausa silábica.

Con ella se acentúan por igual todas las sílabas de una palabra resultantes de la segmentación, adquiriendo la expresión, así, más realce que con el acento de insistencia: "La obra estuvo fan-tás-tica"; "Aquello fue simplemente un a-se-si-na-to." En consecuencia, el silabeo es también un signo que muestra una mayor exaltación del ánimo de parte del hablante. La situación, la significación del término y la entonación decidirán como siempre si esa exaltación corresponde a un sentimiento de agrado o de desagrado.

El silabeo —seguido generalmente del alargamiento de las sílabas— es lo habitual en los gritos con que los obreros en huelga hacen públicamente sus peticiones: "Los cantos abundaban. Pero, no tardaron en reducirse a tumultos de gritos destemplados, que demandaban: —¡Traaa-baaa-jooo! . . . ¡¡Trabajo!! ¡¡¡Trabajo!!!" (Guzmán, *S. E.*, p. 334). Estas dos últimas palabras deben leerse como la primera.

9. Pausa fonética.

El que habla se detiene en el interior de la frase, creando de este modo una situación de suspenso. Tal procedimiento —de gran rendimiento expresivo— traduce, o una actitud irónica de su parte: "De modo que . . . usted lo hizo ¿ah?", o su desconsuelo: "Sus hermanas, sin embargo, tocaban ahora correctamente y descifraban a primera vista, en tanto que ella . . . Ella había abandonado los estudios al año de iniciarlos" (María L. Bombal, *E. A.*, p. 409); o bien su sorpresa, en combinación con una entonación ascendente: "Pero . . . ¿es que se vinieron a pie? . . . ¿Es que no hay carros? . . ." (Guzmán, *S. E.*, p. 235). La pausa se prepara generalmente con el 'tempo lento' de lo que la precede, y contrasta con el 'tempo presto' de lo que sigue. Tal *contraste temporal* debe considerarse también como un recurso expresivo de carácter fonético.

Como la pausa fonética, por otra parte, al aislar lo que sigue, lo destaca, constituye asimismo, como algunos de los recursos anteriores y otros que veremos más adelante, uno de tantos procedimientos estilísticos para poner de relieve una idea ⁴⁷.

⁴⁷ Una exposición de conjunto para el español, sobre este tema —que sólo tocamos tangencialmente, pues lo afec-

tivo tiene aquí un valor secundario para nuestros propósitos—, es la ya citada obra de OSTER, cuyo comentario

IV. INTERPRETACIÓN SEMÁNTICA DE UN "CONTINUUM" SONORO ALINGÜÍSTICO.

A los campesinos les gusta interpretar humorísticamente la voz de los pájaros, imaginando lo que éstos "dicen", e incluso han llegado a elaborar muy ingeniosas leyendas para justificar sus interpretaciones. Muchas de éstas —a veces también sus leyendas— se han extendido por todo el país, pasando a formar parte del acervo popular nacional.

Según ellos, pues, la diuca (Diuca diuca diuca, Molina)⁴⁸ "dice", al gritar: *tres chauchas y un diez*; el pidén (Ortygonax rytirhynchos Landbecki, Hellmayr): *¡Viva el rey! ¡Viva el rey!*; la torcaza (Columba araucana, Lesson): *¡Jesús! ¡Jesús!*; el pequén (Speotypo cunicularia cunicularia, Molina): *¿Vas p'abajo? ¿Trey (traes) tabaco? ¡ni pizca! ¡ni pizca!*; la tenca (Mimus thenca, Molina): *tirilla, tirilla; corrión, corrión*; el queltegüe (Belonopterus chilensis chilensis, Molina): *tener, tener*; el chincol (Zonotrichia capensis chilensis, Meyen): *¡Han visto a mi tío Austin?*; la loica (Pezites militaris militaris, Linnaeus): *con cuchillo (fue), con cuchillo (fue)*; el tordo (Notiopsar curaeus curaeus, Molina): *¡juraré, juraré!*; el yal (Phrygilus fruticeti, fruticeti, Kittlitz): *ovillo d'hilo*; la turca (Pteroptochos megapodius megapodius, Kittlitz): *poco cunde*, y la paloma doméstica, en su arrullo: *acurrúcate aquí*^{48a}. Con excepción de las tres últimas expresiones, todas las anteriores han sido hábilmente utilizadas por Ernesto Montenegro para escribir su conocido cuento "Los pájaros juegan a la chueca" (T. V., pp. 55-60).

El fenómeno señalado, semejante a la onomatopeya en su motivación fónica, difiere, sin embargo, de ella en que ya no se trata de la imitación directa —siempre subjetiva y aproximada— de un sonido o ruido asémico por otros sonidos o ruidos asémicos, sino de una interpretación lingüística —semántica— de lo que, con sentido del humor, y no en serio, se "oye decir" a los pájaros en su grito.

crítico abarca no menos de un tercio del trabajo de LUIS JAIME CISNEROS, *Formas de relieve en español moderno*, Lima, "Huascarán", 1957. El resto lo dedica el autor, salvo unas pocas páginas, a la obra de MARIE-LOUISE MÜLLER-HAUSER, *La mise en relief d'une idée en français moderne*, Genève-Zürich. Droz, 1943, que comenta ilustrando sus afirmaciones con ejemplos españoles equivalentes. En la "Bibliografía" de

Cisneros pueden encontrarse otros títulos relacionados con el mismo tema.

⁴⁸ Para éste y los demás nombres científicos de los pájaros citados, véase J. D. GOODALL, A. W. JOHNSON y R. A. PHILIPPI B., *Las aves de Chile*. Su conocimiento y sus costumbres, Buenos Aires, Platt, I, 1946; II, 1951.

^{48a} Cp. ALFONSO REYES, *La experiencia literaria*, B. Aires, Losada, S. A., 1942, p. 206.

2. RECURSOS MORFOLOGICOS

I. DERIVACIÓN.

1. Mediante afijos.

a) *-Sufijos apreciativos.*

Entre los diversos fenómenos de derivación, veamos primero el caso del "diminutivo", como ejemplo típico de derivación mediante sufijos. De los múltiples valores lingüísticos que posee, sabemos que el afectivo no sólo es cronológicamente el primero⁴⁹, sino el que claramente predomina en el mundo hispánico, aunque con desigual distribución geográfica de sufijos⁵⁰.

Chile ha decidido su preferencia por *-ito* y *-cito* (Cp. Lenz, *Ora-ción*, p. 211) y ha eliminado totalmente el empleo de *-ico* (con alguna rara excepción, como *Perico* < *Pedro*, donde, más que de una es-

⁴⁹ Véase A. ALONSO, *Noción, emoción, acción y fantasía en los diminutivos*, en *Estudios lingüísticos. Temas españoles*, Madrid, Gredos, 1951, pp. 195-229.

⁵⁰ Véase *Ibid.*, p. 223. T. NAVARRO TOMÁS, *El español de Puerto Rico*, Contribución a la geografía lingüística hispanoamericana. Río Piedras, Univ. de Puerto Rico, 1948, anota que *-illo* es el sufijo más usual en este país, contra la opinión de A. ALONSO, que estima que es *-ito*. Al sufijo *-inho* en portugués, se refieren DELMIRA MAÇÁS, O

sufijo -inho junto a adjetivos na linguagem familiar portuguesa, BIFUCh. VIII (1954-55), pp. 219-232, y HOLGER STEN, *Les particularités de la langue portugaise*, TCLC, II (1944), pp. 72-74.

En oposiciones del tipo Oscar / *Osquitar*; azúcar / *azuquitar*; Carlos / *Carlitos*, hay que hablar de "infijo" y no de sufijo, pues el formante está introducido en la raíz. Cf. J. MAROUZEAU, *Lexique de la terminologie linguistique*, 2ª ed., Paris, P. Geuthner, 1943, s. v., 'infixe'.

estructura con sufijo, se trata de una forma "petrificada"). La extraordinaria facilidad con que prodigamos el uso del "diminutivo que no disminuye", en el lenguaje de Benot⁵¹, o "apreciativos", en el de Lenz (*ibid.*, p. 209), llamó ya la atención a Bello⁵²: "En Chile —ha escrito—, como en algunos otros países de América, se abusa de los diminutivos. Se llama *señorita*, no sólo a toda señora soltera, de cualquier tamaño y edad, sino a toda señora casada o viuda; y casi nunca se las nombra sino con los diminutivos *Pepita*, *Conchita*, por más ancianas y corpulentas que sean" (p. 56, nota). Pero con su nota, Bello pretende, más que dejar constancia de los hechos, abogar en contra suya: "Esta práctica —agrega— debiera desterrarse, no sólo porque tiene algo de chocante y ridículo, sino porque confunde diferencias esenciales en el trato social. En el abuso de las terminaciones diminutivas hay algo de empalagoso" (*ibid.*)⁵³. Bueno, sabemos que hoy es muy otra la opinión que se tiene al respecto por lo que la Estilística ha logrado averiguar sobre sus múltiples funciones en el ámbito del habla, realizando sobre todo sus valores activos de afecto y cortesía. Por otra parte, "la profusión de estas formas [las apreciativas] denuncia un especial carácter cultural, una forma socialmente plasmada de comportamiento en las relaciones coloquiales, que consiste en la reiterada manifestación del tono amistoso en el hablante y su petición de reciprocidad" (A. Alonso, *op. cit.*, p. 216). Sin embargo, volviendo a Bello, de su declaración no podemos inferir que él ignorara la función estilística que la mayoría de las veces desempeñan los apreciativos

⁵¹ EDUARDO BENOT, *Arquitectura de las lenguas*, II, pp. 404 ss., y *Arte de hablar. Gramática filosófica de la lengua castellana*, B. Aires, Anaconda, 1941, p. 68: "Inclúyese indebidamente entre los diminutivos vocablos tales como *ciegüecita*, *huerfanita*..., que no envuelven la idea de pequeñez o exigüidad, sino de afecto, agrado, compasión, etc.". Cp. tb. BOYD-BOWMAN, *op. cit.*, p. 346: "Desde el punto de vista semántico, los hipocorísticos desempeñan el mismo papel que los diminutivos. Más que indicaciones de tamaño, lo son de la intimidad cariñosa (a veces despectiva) que siente el hablante en el momento de hablar".

⁵² ANDRÉS BELLO, *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de*

los americanos, 16ª ed., anotada por R. J. Cuervo, París, R. Roger y F. Chernoviz, 1913.

⁵³ En términos análogos se expresa a propósito de un poema de Nicasio Alvarez de Cienfuegos, donde "tantos diminutivos en *ito*, [...] dan al estilo una blandura afectada y empalagosa", BELLO, *Temas de crítica literaria*, tomo IX de sus "Obras Completas", Caracas, Ministerio de Educación, 1956, p. 203. Sin embargo, esto no quiere decir de ningún modo que Bello los rechazara de plano; por el contrario, con frecuencia abogaba también por su empleo "con oportunidad". Véase al respecto, MIGUEL L. AMUNÁTEGUI REYES, *Una lección sobre diminutivos*, en AUCH., CXIV, 1904, pp. 696-698.

vos, pues dice textualmente que a ellos "agregamos, junto con la idea de pequeñez, y a veces sin ella, las ideas de cariño y compasión, más propias de los en *-ito* como en *hijito*, *abuelito*, *viejecito*; o la de desprecio y burla, más acomodada a los en *-ejo*, *-ete*, *-(z)uelo*, como *librejo*, *vejete*, *actorzuelo*" (*op. cit.*, p. 55).

El modo que en Chile tenemos de utilizar tales morfemas, es, poco más o menos, el mismo del de los demás países de habla hispana: *-ito*, *-cito*, se prestan por igual para servir de sufijo en una estructura tanto en función sustantiva y adjetiva como adverbial; formas como *pajarito*, *perrito*, *cochecito*; *blanquito*, *azulito*; *atrasito*, *arribita*, *reciencito*, *hasta lueguito*, son de todos los días ⁵⁴: "—¡Señora *Laurita*, por *favorcito*, convideme con un *poquitito* de bicarbonato!" (Guzmán, *S. E.*, p. 169). Tampoco faltan interjecciones como *¡por Diosito!*: "—¡Por *Diosito* que ya no aguanto más!" (Santiván, *T. B.*, p. 254); "—*Ayayaicito*, no me pegue más!" (v. p. 229). En cuanto a sus variados contenidos afectivos, queremos destacar el irónico, por parecernos la ironía una característica acentuada de nuestra manera de ser: "—Te jodieron, no más, Guillermo, hombre! —le dijo el doctor Rivas a mi padre. *¡Suavecito* el culatazo que te dio ese carajo! —ironizó en seguida" (Guzmán, *S. E.*, p. 342). Del mismo modo, si un muchacho nos cuenta que tuvo una 'rosca' (riña) y, refiriéndose al contrario, nos dice: *¡Viera usted el puñetito que le pegué!*, hay que entender que fue un puñetazo, y, si por andar luciendo un terno nuevo le observamos: *¡Chita el ternito que te gastái, o!*, nos contestará con falsa humildad: *¡Qué mah pa uno qu'eh pobrecito!* Por esto, no es de extrañar que una vez que un 'carabinero' (policía) detuvo a un 'rotito' ⁵⁵ porque llevaba arrastrando un largo trozo de riel, éste exclamara: *¡Pucha, la colita que me pusieron!* Pero la antífrasis resulta todavía

⁵⁴ A. CAPDEVILA, *Despeñaderos del habla*, B. Aires, Losada, S. A., 1952, p. 62, considera igualmente válida para la Argentina las siguientes "peculiaridades mexicanas" (!) señaladas en *Breves consideraciones sobre el español que se habla en México*, de F. CASTILLO NÁJERA: "Como peculiaridades... consignaremos el abuso del diminutivo que se extiende hasta los adverbios: Que tanto es *tantito*, en *cuantito* oscurzca; *ahorita* voy; está *lejitos*: vives *cerquita*". Y aclara: "*Bastantito* significa más que bastante y éste más que suficiente; idea que se completa en

ocasiones: *bastantito* más largo. Hacemos diminutivos de aumentativos: *mayorcito*, y usamos el doble y el triple diminutivo: *chiquitito*, *chiquititito*..." Véase también su comentario jocoso al respecto en pp. 95-96.

⁵⁵ *Roto* es el hombre de la ciudad, de la clase social inferior, correspondiente al 'pelado' mexicano, al 'longo' ecuatoriano y al 'guache' colombiano; pero opuesto al 'guasó', que es el hombre del campo, como el 'gaucho' argentino, el 'chagra' ecuatoriano, el 'llanero' venezolano, el 'güillo' salvadoreño, etc.

más intensa, si al diminutivo lo determina el adverbio 'medio', como cuando un desvergonzado se autocalifica de *medio quedadito en las güinchas* (apocado, corto de genio), usando una expresión hípica, o de *medio pasadito por la cola del pavo* (tonto); o un borracho, de *medio malito pa'l trago*; o un glotón, de *medio malito pa comer*. Otro tanto ocurre con elementos sustantivos: ¡*Medio palito que me ligó!*, hemos oído exclamar a uno que recibió un feroz garrotazo en la cabeza. Con *menudo* y *tan* se obtiene un efecto semejante: "¡Menudo sustito que me llevé!", "Tan lesito que soy, pa que me metan el dedo en la boca".

También *-ito* encubre el valor eufemístico de muchas expresiones, como cuando la madre dice que el niño ha hecho *caquita*, o que tiene que limpiarle el *potito* (poto = trasero), o cuando al hablar de un ser defectuoso, lo llamamos el *cieguito*, el *cojito* o el *tontito* (débil mental).

Con *-illo*, en cambio, nos separamos de España en dos puntos⁵⁶: 1º Su empleo entre nosotros está más circunscrito al lenguaje literario que al oral, por lo que se lo siente más bien como un elemento culto, lo que se advierte claramente si se lo contrasta con *-ito*: "El cóndor lo vio y [. . .], redondeándosele más perfectamente el *circulillo* de los ojos, en el que pareció de súbito girar una *llamita* diabólica, se lanzó en un *trotecillo* brioso y torpe, contra el perro" (Koenenkampf, *P.*, p. 280). 2º Esta misma falta de uso en el lenguaje corriente puede explicar, además, la segunda divergencia: la debilidad de su tonalidad afectiva —aunque a veces tiene un valor claramente despectivo: "¡Mira, mocosillo condenado! . . ." (Guzmán, *S. E.*, p. 188) — y la facilidad con que se presta a las especializaciones conceptuales: *casilla* (apartado postal), *chiquillo*, *palomilla* (golfo), *carilla*, *tinterillo* (individuo que sin ser abogado ejerce clandestinamente funciones de tal), poseen entre nosotros un sentido bien preciso, en que para nada interviene realmente la idea de diminutivo, pues ni siquiera vienen a la mente en tales casos los conceptos de 'casa', 'chico', 'paloma', 'cara', 'tintero', respectivamente. Ya Lenz observó que "este sufijo dio en tiempos de la conquista de Chile numerosos nombres de plantas (*olivillo*, *circuelillo*, *higuerilla*, *frutilla*, *murtilla*, *parrilla*, etc.) que en general tienen con sus parientes tanta y tan poca semejanza como en España la 'manzanilla' con el 'manzano'" (*Oración*, pp. 211-2). Por esta especialización, si las circunstancias lo permiten, casi todos estos términos admiten una nueva derivación con *-ito*: *chiquillito*, *frutillita*, etc., adquiriendo sólo entonces un matiz afectivo que antes no tenían.

⁵⁶ Cp. A. ALONSO, *op. cit.*, p. 202.

Cariñosos son también estos otros sufijos: *-ulo*, de sabor rural, que aparece en formas como *Panchulo* (< 'Pancho', Francisco); *-ungo*, en *Mañungo* (< Manuel⁵⁷, y de uso urbano, *-olo*: *Manolo* (< *Manuel*).

De los sufijos de valor despectivo, quizás sea *-ote*, *-a* el más frecuente, ligado casi siempre a la idea de tosquedad u ordinariéz, y restringido a términos en función nominal solamente: *grandote*, *grandota*, *amigote*, *amigota*, *palabrota*, *mujerota*, son buenos ejemplos: "Sus amigotes le trajeron el cuento..." (Montenegro, *T. V.*, p. 153); "Experimenté dentro de sí una sensación agrídulce [...] que podía resolverse en una carcajada, en una palabrota y hasta en un puñete" (Merino, *Ch. B.*, p. 477); "Qué mujerota de chiquilla..." (Marta Brunet, *S. S.*, p. 320).

De signo igualmente negativo es *-ete*, que, como el anterior, aparece formando parte tan sólo de términos en función nominal: *vejete*, *amarrete* ('amarrado', tacaño, mezquino), *coñete* (< coño), *carajete*: "—¡Tu madre es tu madre, carajete! ¡Tienes que obedecerle!" (Guzmán, *S. E.*, p. 110).

-ujo se oye sobre todo como peyorativo de 'viejo': *viejujo*, *viejuja*, y *-ejo*, de 'animal', empleado como insulto: "¡Animalejo, quítate de ahí!"

En cuanto a los demás despectivos de la RAE⁵⁸, o escapan al lenguaje familiar de la gente culta —mucho más al de la inculta— o se usan muy poco, o bien, en determinadas circunstancias, no se sienten como tales: *-uco* y *-ucho*, por ejemplo, despectivos en *mujeruca*, *tienduca*; *papelucho*, *cuartucho*, etc., nada tienen de tales en los hipocorísticos; por el contrario: *Teruca* (< Teresa), *Maruca* (< María), *Peyuco* (< Pedro), *Antuco* (< Antonio); *Juanucho* (< Juan), *Perucho* (< Pedro), *Carlucho* (< Carlos), muestran corrientemente una afectividad positiva. Esto prueba que el sufijo en un hipocorístico tiene un valor independiente del que puede poseer en otras estructuras.

-ichicho y *-oco*, por su parte, se oyen frecuentemente en Chile. De este modo, para 'poco', 'chico', 'todo', 'nada', 'al tiro' (al momento) tenemos, en competencia con las formas en *-itito*, pero más afectivas

⁵⁷ De los sufijos *-ango*, *-engo*, *-ingo*, *-ongo*, *-ungo* y sus formas femeninas, trata JUAN B. SELVA, *Sufijos americanos*, BICC, V (1949), pp. 192-213. Según él "casi todos dan generalmente significación despectiva". En cuanto a las formas que aparecen como usadas en Chile, o no las conoce-

mos personalmente o —salvo poquísimas excepciones, como *fritanga*— no las "sentimos" como derivadas mediante los formantes estudiados, tal vez porque en su mayoría tienen una base indígena.

⁵⁸ *Op. cit.*, § 182.

que ellas⁵⁹: *poquichicho, chiquichicho, toichicho, naichicha, al tiri-chicho*⁶⁰, más propias del habla rural que de la urbana: "Esta chiquichicha es la Centella" (Latorre, *O. P.*, p. 31), y con el sufijo *-oco*: *chicoco, vinoco, tintoco, niñoco, fiestoca*, del habla familiar, en que 'chico', 'vino', 'tinto', 'niño', 'fiesta' se expresan con cierto valor humorístico, o despectivo, según las circunstancias, como en "Voy en busca de un niñoco muy bueno para la agarra, que mentan Quico" (Montenegro, *T. V.*, p. 154).

Aunque resulta atractivo afirmar —prescindiendo de los hipocóricos— que, en términos generales, los sufijos apreciativos que tienen la vocal *i* (como *-ito, -ico, -illo*) son reveladores de un afecto positivo, y los que poseen las vocales *e, o, u* (como *-ejo, -esco, -ete, -ote, -uco, -ucho*, etc.) lo son de un afecto negativo⁶¹, lo cierto es, sin embargo, que su valor es esencialmente funcional y no formal, o, lo que es lo mismo, depende de la intención con que se los use en cada caso. Ya en la *Gramática* de la RAE (p. 26) se hace esta observación al advertirse, a propósito de los despectivos, que "no pocas veces el cariño y la confianza se valen de palabras menospreciativas, ennobleciéndolas con la pureza del afecto que las dicta". Pero es sin duda A. Alonso quien ha explicado con más claridad el valor funcional de los apreciativos, cuando, pensando en *-ito* e *-illo*, escribe: "el sufijo es afectivo, pero no dice él de por sí qué signo lleva ese efecto. La situación, las actuaciones varias de los hablantes, las relaciones coloquiales, las condiciones rítmico-melódicas y el modo de ser llevado el tema orientan en cada caso sobre la cualidad del afecto" (*op. cit.*, p. 202).

* * *

⁵⁹ Lo mismo puede asegurarse de la oposición *-ito / -icho*: *bonito / bonicho*; *clarito / claricho*: "—¿Tay seguro qu'el gringo jué p'al pueblo?— ¡Claricho ho! Lo vi salir di'albazo" (Ibáñez, *V.*, p. 564), *-itito* frente a *-ito* e *-ichicho* frente a *-icho*, deben considerarse como casos de reduplicación afectiva.

⁶⁰ KANY, *op. cit.*, p. 284, documenta sólo para Chile el uso de esta última forma. BOYD-BOWMAN, *op. cit.*, p. 350, nota, llama "diminutivo chileno" a *-icho*, y en cuanto a la [tʃ] de *-icho* e *-ichicho*, piensa como Lenz y nosotros, que es el resultado de la pala-

talización de [t] (*-ito, -itito*).

⁶¹ Cp. LENZ, *op. cit.*, pp. 218-219. Al valor afectivo de la *i* en apreciativos de las lenguas románicas se refiere ALFRED WEIDNER, *Die onomatopoetische und lautsymbolische Bedeutung des Vokals 'i' in den romanischen Sprachen*, München, 1950, y al de *i, ĩ* en rumano: D. CARACOSTEA, *Die Ausdruckswerte der rumänischen Sprache*, Jena, Gronau, 1939, y A. ROSETTI, *Sur la valeur impulsive et expressive de l'i dans la poésie roumaine*, en "Bulletin linguistique", VIII (1940), pp. 166-169.

En cuanto a los sufijos aumentativos "standard" —recursos morfológicos para la hipérbole—, *-érrimo* (paupérrimo, celebérrimo, etc.), ha quedado relegado al lenguaje literario; *-ísimo* (pobrisimo, celebrísimo, etc.), predomina en el lenguaje oral culto, y *-ón* es más propio del habla familiar, donde posee a lo menos dos matices diferentes: uno equivalente al comparativo absoluto latino, cuando se lo articula con "tempo" normal: *malón, buenón, durón, gordón* (= más o menos malo, bueno, etc.), y otro aumentativo, cuando se alarga la *o*; alargamiento que muestra, además, la sorpresa del hablante: "La fiesta estuvo bueno:na" (= muy buena; es decir, mejor de lo que yo esperaba). Lo mismo en estos otros ejemplos: "Para mí que ustedes son rotos mañosones" (Durand, A., p. 268); "No sé por qué me tinca qu'el viejo debe estar (medio) arrepentión" (Ibáñez, V., p. 558). El sufijo *-azo* [aso], en cambio, es característico del habla rural: "Y es qu'es tan bonito andar por el camino sin que naide lo gobierne a uno" (Durand, A., p. 263); "—Pase más ailante on Farías. Mire que la noche está muy heladaza y se puede cotipar" (*ibid.*, p. 270), donde se dan simultáneamente un recurso sintáctico (*tan, muy + adjetivo*) y uno morfológico (*-azo*) para expresar la idea de aumento.

b) Sufijos.

Por otra parte, el humor y el eufemismo se expresan no sólo por medio de los sufijos formales conocidos, como *-ancia -ismo*, etc.: *milítancia*⁶², *cabritancia*⁶³, *verdejancia*⁶⁴, *Escobismo*⁶⁵, etc., sino por los familiares y vulgares más inusitados. De este modo, con el sufijo *-eque*, ocurren, entre otras, las siguientes expresiones: ser *bruteque* (bruto), estar o andar *cureque* ('curado', ebrio), andar *tembleque* (tembloroso), hacer algo *de apoqueque* (de a poco) o *a la sin rumboque* (a la sin rumbo): "Y entonces me las emplumo a la sin rumboque" (Durand, A., p. 271). Con el sufijo *-(i)aca* se forman *cosiaca* (cosa) y el despectivo *guataca* (guatón). Con *-iola*, en cambio, suele expresarse

⁶² Conjunto de 'militantes' de un partido político.

⁶³ Conjunto de 'cabros' (=muchachos).

⁶⁴ Conjunto de 'verdejos'. Verdejo es el personaje representante de la clase asalariada.

⁶⁵ Sinónimo jocoso de *Ibañismo* (doctrina política del señor Carlos Ibáñez, ex Presidente de la República), por el uso que al principio sus partidarios hicieron de la "escoba", como símbolo de su deseo de "barrer" con las incorrecciones del país.

sarcásticamente la intención de no 'dar algo', de no 'pagar', etc., diciéndose: *¡dariola!*, *¡pagariola!*... , respectivamente ⁶⁶.

2. Por abreviación.

La derivación puede ser además por abreviación, muy usual en la formación de los hipocorísticos, lo que hace que estemos habituados a llamar aferéticamente *Mena* a la Filomena, *Gualda* a la Tegualda; con síncopa, *Agusta* a la Agustina y *Quinta* a la Quintina, y con apócope, *Yola* a la Yolanda, etc. ⁶⁷; pero el amaneramiento femenino abrevia también 'hacer el ridículo' en *hacer el ridi*, '¡colosal!' en *¡colo!*: "¡La fiesta estuvo colol!", y el humorismo campechano reduce 'por si acaso' a *por siaca*, '¡muchas gracias!, a *¡chas gracias!*, abreviatura esta última que no hay que confundir con la que aparece en expresiones eufemísticas como *¡chas la payasá grande!*, por ejemplo (con la que se expresa sorpresa o desagrado), en que *chas* es un resto de 'puchas' (v. supra). Eufemístico es también *¡mecón!*, apócope de *¡me condenara!* (v. nota 23).

En suma, la aféresis, la síncopa y la apócope son otros tantos recursos morfológicos de expresión de la afectividad.

II. COMPOSICIÓN.

1. Por subordinación.

Mediante un proceso de composición por subordinación, se han creado apodos como el hiperbólico *Tragatelastodas* y el irónico *Come-nunca*, para el glotón.

2. Por yuxtaposición haplológica.

Compuestos de esta índole son v. gr., hipocorísticos del tipo *Marité*, *Maite* (María Teresa), *Maquena* (María Eugenia) *Marilú* y *Malú* (María Luz), etc. Pero el gracejo criollo ha llegado incluso a inventar sociedades y siglas como *U.M.O.* (Unión de Maridos Oprimidos),

⁶⁶ KANY, *op. cit.*, p. 161, reproduciendo a A. ALONSO, cita como de uso argentino *subiriolan*, forma "distorted" de 'subirfan', "expressing a mixed feeling of incredulity, sarcasm and irony".

⁶⁷ "Die Ursache dafür ist nicht in Tonlosigkeit, sondern in Bequemlichkeit und Spieltrieb zu suchen", opina W. HENZEN, *op. cit.*, p. 267, a propósito de ejemplos semejantes en el alemán.

U.T.T. (Unión de Tomadores de Tinto) y *Sinsol* (Sindicato de Solteras). El uso de las siglas se ha extendido aún hasta los nombres de personas: *CIC.*, por ejemplo, corresponde a 'Carlos Ibáñez del Campo', ex Presidente de la República, sin que haya sido obstáculo para ello el peligro de una humorística ambigüedad con las siglas de la "Compañía Industrias Chilenas".

3. Por cruce.

Sin embargo, donde el ingenio humorístico ha encontrado su mejor veta es en la interpretación de los nombres de algunos personajes de la política nacional, y el recurso lingüístico ha sido de preferencia la composición por cruce. Tal es lo que se observa, por ejemplo, en *Grovespierre* (< 'Grove', apellido de un político + *Robespierre*), *Orejorio* (< Oreja + Gregorio; alude a don Gregorio Amunátegui, popular por sus grandes orejas) y *Gavión* (< 'Gaby', nombre familiar del ex Presidente de Chile Gabriel González Videla + 'avión', para hacer resaltar sus frecuentes viajes aéreos), creaciones de "Topaze", revista humorística de gran difusión. Por otra parte, apellidos como 'Dondini' y 'Sarmiento' se prestan para que se los reemplace por *Tontini* (cruce con 'tonto') y *Sarniento* (cruce con 'sarna'). Finalmente, *veterruga* (< veterano + arruga), con que se alude a los ancianos, corresponde al mismo tipo de formación.

4. Mediante prefijos.

La composición mediante prefijos es, en cambio, el procedimiento habitual para realzar el valor de una cosa; piénsese por ejemplo en el uso de los prefijos intensivos del habla familiar y vulgar *re-*, *requete-*, *recontra-*, *requetecontra-*⁶⁸: "—No alcanzo a ver bien la letra. Es muy rechica, comadre" (Lazo, *E. A.*, p. 181); "Los perros corrieron requetebién..." (Latorre, *H. y Z.*, p. 182); "Un pajarito me contó que el apoyo a Lucho Bossay se está poniendo recontra verde" (*Topaze*, N° 1332, 9-V-58, p. 15); o en el empleo de los del habla culta: *super-*, *archi-*, *ultra-*, etc.: *supercolosal*, *superingenuo*; *archibruto*, *architonto*; *ultravivo*, *ultraclerical*, etc.⁶⁹.

⁶⁸ El nuevo mexicano *rede-* no se usa entre nosotros, y *rete-* prácticamente tampoco. Cp A. ROSENBLAT, *op. cit.*, notas N.ºs 38 y 116 y la nota N.º 1 del tomo Iº, p. 244.

⁶⁹ Un estudio de conjunto al respec-

to para el español de Hispanoamérica es el de J. B. SELVA, *Acción de los prefijos en el crecimiento del habla*, BAAL, T. XIV (1945), N.º 50, pp. 7-26; para el de Chile: R. OROZ, *Prefijos y pseudoprefijos en el español actual de*

III. FLEXIÓN NOMINAL: EL GÉNERO.

Es igualmente morfológico el recurso de expresar desprecio dando a los nombres de una terminación, una segunda —masculina o femenina— según se necesite; de este modo, la forma creada resulta en casos especiales claramente despectiva: *intelectuala*, *liberala*, *radicala*, aplicadas a la mujer; *colego*, aplicada al hombre.

IV. FLEXIÓN VERBAL.

El empleo de ciertas desinencias verbales, concretamente las del futuro de indic., pret. imperf. de indic. y subj., y las del potencial —como medio de expresión de modestia— debe contarse también entre los recursos morfológicos que la lengua proporciona. *¿Estará el Sr. Rector?*, *¿Habrá llegado el Sr. Gerente?*, son preguntas más morigeradas que *¿Está...?* o *¿Llegó...?*, respectivamente. “Expresiones como *¿Qué deseaba usted?*; *Quería pedirle un favor*; *Me proponía hablar contigo*, se sienten como más amables que con el verbo en presente. Enunciamos modestamente nuestra pregunta o nuestro deseo en imperfecto, como algo iniciado cuya consumación o perfección hacemos depender de la voluntad de la persona a quien nos dirigimos” (Gili y Gaya, *Sintaxis*, p. 141).

Otro tanto puede decirse del pretérito imperf. de subj., si se lo compara con el presente de indicativo, con el cual puede alternar: *Quisiera pedirle un favor* resulta tan amable y modesto como *Quería pedirle un favor*, pero mucho más que *Quiero pedirle...* Lo mismo: *Si tuviera tiempo, se lo agradecería mucho*, con respecto a *Si tiene tiempo...*

Por último, a igual resultado puede llegarse con las desinencias del potencial, como queda de manifiesto si se compara *¿Podría hacerme un favor?* con *¿Puede hacerme un favor?*, o bien: *Yo me interesaría por el puesto* con *Yo me intereso...*

En los cuatro casos se trata, pues, de desinencias verbales para expresan la actitud cortés o modesta del que habla, por lo que a las formas respectivas se las llama futuro, imperfecto o potencial de cortesía o modestia.

Chile, BIFUCH., T. VII (1952-53), pp. 115-132; para el de Colombia: R. J. CUERVO, *Apuntaciones...* (véase nuestra nota 3), Cap. XI, II; para el peninsular: BEINHAEUER, *Sp. Umg.*, p. 161, y sobre todo: J. ALEMANY BOLUFER, *Tratado*

de la formación de palabras en la lengua castellana. La derivación y la composición. Estudio de los sufijos y prefijos empleados en una y otra, Madrid, V. Suárez, 1920, pp. 173-214.

3. RECURSOS SINTACTICOS

Algunos fenómenos que la antigua retórica calificaba de figuras literarias, pueden muy bien ser considerados como recursos sintácticos de expresión de lo afectivo, analizables dentro de una "Syntaxis irregularis"⁷⁰. Tales, por ejemplo, el *énfasis* y la *reticencia*.

I. PLEONASMO.

Una forma de énfasis, el *pleonasmó*, cumple una función expresiva de primer orden al mostrar, entre otras cosas, cómo el hablante refuerza emocionalmente su pensamiento; es lo que se advierte cuando dice, por ejemplo, *lo vi con mis propios ojos*, procedimiento que explica el origen de las formas hoy intelectualizadas *suba para arriba, baje para abajo*, etc.

Lo mismo puede afirmarse del uso de los pronombres personales, en casos en que la desinencia verbal los hace totalmente innecesarios para la comprensión, como ocurre especialmente con la de primera y segunda persona de singular, que sólo admiten, en la mayoría de los tiempos, *yo* y *tú*, respectivamente —sin o con determinativos—, como únicos sujetos gramaticales; *yo lo hice, tú lo hiciste*. El acento de insistencia con que generalmente se articulan estos pronombres, pone más de relieve aún al sujeto como objeto de pensamiento. Como respuesta a una pregunta del tipo *¿quién lo hizo?*, en que el que contesta debe

⁷⁰ "Diese Unterscheidung zwischen einer verstandesmässigen, reflektierenden, objektiven *Syntaxis regularis* und einer affektiv-subjektiven *Syntaxis irregularis* hat Gröber schon 1888 herausgearbeitet (Grundriss [der rom. Phil., Strassburg, 1888 ff. (Band I in 2. Aufl. 1904-6)] I, 215), und seitdem

spielt der Begriff "affektiv" in der Syntax eine grosse Rolle", E. LERCH, *Historische französische Syntax*, I. Band (Leipzig, O. R. Reisland, 1925), p. 24.

La RAE distingue en su *Gramática*, § 471, entre *syntaxis regular* y *syntaxis figurada*.

referirse, como agente, a sí mismo o a la segunda persona, no es posible, sin embargo, la omisión del pronombre; pero en tal caso sobra lógicamente el resto (lo hice, lo hiciste); si se lo enuncia, entonces pasa a actuar como reforzativo.

II. ITERACIÓN.

En otras circunstancias, el énfasis en lo conceptual se expresa por la repetición lingüística ⁷¹. En tal caso, la iteración puede ser *monemática* (no, no; sí, sí; ya, ya; claro, claro; etc.) o *sintagmática* (¡Este compadre, este compadre!), según que se repita un monema o un sintagma, y ambas: *sustantivas* (¡Manuel, Manuel!; ¡El cimarrero, el cimarrero!), *adjetivas* (grande, grande ⁷²; muy bueno, muy bueno), *verbales* (¡toma, toma!; ¡me caí, me caí!) o *adverbiales* (bien, bien; bastante bien, bastante bien), según la categoría funcional de los elementos repetidos; *continua* (como en los ejemplos señalados) o *discontinua* (Andate, no quiero verte aquí, ándate), según que los elementos repetidos se yuxtapongan o no. La continua, a su vez, puede ser *asindética* (¡Aprende, aprende!) o *sindética* ((a) con y: palo y palo; (b) con *que*: come que come, dale que dale), según que los elementos se ligen o no mediante un nexa lexical.

En términos generales puede decirse que, en cada oposición (prescindimos aquí de la clasificación en sustantiva, adjetiva, etc.), el primero de los miembros señalados representa el tipo de iteración más expresivo, por lo que la repetición más rica en connotaciones emocionales es, en consecuencia, la "monemática continua asindética", como *no, no; siga, siga*; etc. A estos factores hay que agregar todavía la cantidad de masa fónica de los elementos (su valor emocional es in-

⁷¹ Cp. BALLY, *L. y V.*, pp. 143-144, para quien éste es "un proceso eminentemente sensorial" en que la expresividad es producida por el significant: "El efecto está todo entero en los significantes, en la repetición de palabras idénticas: pues esa repetición es rítmica y por eso interesa al oído". En suma, se trataría de un recurso fonético más que sintáctico. Cp. tb. R. H. CASTAGNINO, *El análisis literario*, B. Aires, Nova, 1953, p. 172.

Sobre la repetición de elementos análogos en España y América, trata ROSENBLAT, *op. cit.*, nota 115. Véase también, BEINHAEUER, *Sp. Umg.*, p. 27, no-

ta, y p. 201, donde se señalan otras fuentes bibliográficas.

⁷² Cisneros tiene razón al decir (*op. cit.*, pp. 28-29), que "no es prudente ver en estos ejemplos un valor de superlativo"; pero sólo si nos colocamos en el punto de vista del que habla. El que escucha, en cambio, recibe una comunicación, y la repetición de la expresión, en cuanto conlleva un contenido conceptual, le produce los efectos de un superlativo (pronto, pronto = muy pronto, lo más pronto posible), por lo que su eficacia no reside sólo en sus efectos acústicos.

versamente proporcional a su masa fónica), pues es más expresiva la iteración de monosílabos que la de polisílabos ⁷³.

Para los efectos de ordenar nuestra exposición, distinguiremos sólo entre repetición asindética y sindética, teniendo siempre en cuenta que ambas expresan, de un modo general, la insistencia del sujeto en lo que dice y la persistencia del sentimiento que éste manifiesta.

1) Asindética.

Junto con la intensificación conceptual, muchos son los estados de alma que este tipo de iteración permite expresar en combinación con una curva melódica y un 'tempo' característicos para cada caso, estados anímicos que reconoce de inmediato el que escucha, en virtud de estar completamente socializados los rasgos lingüísticos que los dan a conocer.

De los múltiples contenidos emocionales que se podrían señalar —revelados muchas veces con ayuda de los entornos—, daremos sólo algunos, atestiguados en *La sangre y la esperanza*, de Nicomedes Guzmán.

ANGUSTIA:

“—¡No vayas a decir nada, no vayas a decir nada! —me rogaba Antonieta” (p. 63).

“—No le pegue más, no le pegue más, por favor! . . . —exclamaba” (p. 62).

DESAGRADO:

“—¡No vas a decir nada, Enriquecito! ¿cierto?

—¡No, no! . . . —repetí, molesto” (p. 63).

IRA:

“—¡No sabes, ¿eh? ¡toma, entonces, toma! [castigándolo] ¡Aprende, condenado, toma! . . . ¡Aprende, aprende! . . .” (p. 65).

⁷³ Si en la iteración se toma en cuenta, además, el carácter semántico o asemántico de los elementos repetidos, se advertirá que estos últimos son más expresivos que los primeros, pues el valor emocional de un elemento es inversamente proporcional a sus connotaciones conceptuales. Las interjecciones, entonces, son las que poseen mayor expresividad, y de ellas, natu-

ralmente, las “expresivas” (Véase nuestra nota 32) de menor masa fónica, como ¡ah! [a:] y ¡oh! [o:], según ya lo hemos visto; pero es el caso que éstas muy rara vez se repiten, lo que atribuimos a que no sólo carecen de connotaciones conceptuales sino que —lo que no ocurre con otras interjecciones— son incapaces también de evocarlas.

DESESPERACIÓN:

“—¡Señor, Señor! ¡Qué chiquillo condenado! —decía con los ojos mojados de rabia y confusión. —¡Señor, qué chiquillo éste, Señor!” (p. 65).

“—¡Yo ya no puedo soportar esto, no puedo ya, no puedo ya, señora! ¡He sufrido tanto, tanto!...” (p. 304).

BURLA:

“—¡El cimarrero! ¡¡El cimarrero!! ¡¡¡El cimarrero!!!.

Como perros bravos me acosaban los compañeros, gritando y saltando a mi alrededor” (p. 67).

ENTUSIASMO:

“Estaba entusiasmadísimo.

—¡Papá, papá! —le gritaba, asomando la cabeza por un vidrio roto. —¡Papá, papá...!” (p. 23).

“—¡Y si usted viera, Laura, si usted viera a la Perla Güite! Si usted la viera, Laura, qué niña trabajar mejor” (p. 78).

INTERÉS:

Frecuente en los pregones con que el comerciante anuncia su mercancía, deseoso de venderla:

“Los vendedores de dulce y fruta ofrecían sus mercancías con voces desarticuladas.

—¡A los güenos plátanos, a los güenos plátanos!...

—¡Al güen turrón, hermano, al güen turrón, hermano!...

—¡Los dulces chilenos, pa los “cabritos”, los dulces chilenos, caserita!... ¡Los alfajores, los alfajores dulces!...

—¡Los “guatones” especiales, los guatones especiales!...” (p. 41).

IMPACIENCIA:

“El tío relataba con una gracia chispeante...

—¡Siga, siga, siga, pues, compadre!

Mi padre se impacientaba” (p. 101).

COMPLACENCIA:

“—¡Este doctor, este doctor —comentaba con voz de ronca azúcar— no se le quita nunca lo “niño”!” (p. 102).

“—¡Este compadre, este compadre! —dijo mi papá” (p. 103).

RESIGNACIÓN:

“—¡No es nada, no es nada! . . . —gimió la vieja en el suelo [se había caído], tiritando, azorada. —¡No es nada! . . .” (p. 307).

El ENOJO y la RECONCILIACION contrastan en el ejemplo siguiente:

“ . . . con el rostro deshecho y lloroso, ella le gritó:

—Nunca más me preguntes por esa flor, ni la mires ni la toques.

Es venenosa, maldita. Andate, no quiero verte aquí, ándate . . .

La voz airada se volvió súplica humilde:

—Andate ahora, pero vuelve mañana, mañana . . . ¡Mañana!”
(Maité Allamand, *E. M.*, p. 319).

2) Sindética.

Es notoria la extraordinaria frecuencia de la repetición asindética frente a la escasez de la sindética, frecuencia que está favorecida por su gran flexibilidad estructural en oposición a la rigidez de esta última. Esto explica que la sínthesis dé origen a expresiones más o menos estereotipadas —en que los elementos relacionados son formas verbales en la mayoría de los casos— y, por lo mismo, quizás, pobres en connotaciones emocionales, si se las compara con las expresiones asindéticas.

a) Con ‘que’.

“Y el arriero masca que masca” (Montenegro, *T. V.*, p. 77). Esto es, a pesar de que el arriero del cuento sintió a su lado la presencia de un “ánima” *siguió mascando* flemáticamente. De este modo, la iteración, al mismo tiempo que muestra la impasibilidad o impavidez del personaje, ha contribuido a intensificar el aspecto imperfectivo del verbo; una doble función, entonces: afectiva y gramatical.

Leo Spitzer, en la segunda parte de sus “Notas”⁷⁴, además de indicar la función intensificadora de la repetición, anota que la forma verbal, en ejemplos como el nuestro, era primitivamente del modo imperativo, y el *que*, “un pronombre relativo neutro que indicaba una cantidad” (grande, enorme, indecible), pues, de acuerdo con su interpretación, un ejemplo similar, como *¡baila que baila!* “era en su origen una exclamación lanzada a un bailarín por un espectador simpatizante: “Baila lo que puedas bailar” (*op. cit.*, p. 256), en el sentido —suponemos— de: ‘baila todo el tiempo que puedas bailar’. “Pero pro-

⁷⁴ *Notas sintáctico-estilísticas a propósito del español ‘que’*, II. La repe-

tación distintiva con ‘que’, RFH. IV, 3 (1942), pp. 253-265.

bablemente —agrega más adelante (p. 258)— esta sintaxis arcaica ya no se comprende hoy, y *baila que baila* hace en el español de hoy la impresión de un imperativo 'baila' repetido + un *que*, conjunción intercalada con la significación vagamente sentida de un . . . y más . . . : *baila que baila* = *baila y más baila*. El *que* ya no es indicación de una cantidad innumerable, y no hace más que servir de soporte a los dos *baila*, sugiriendo la actividad incesante" (*ibid.*). En cuanto a lo que al español de Chile se refiere, podemos asegurar que, de toda esta compleja explicación del autor, lo único que se acomoda a nuestro actual sentimiento lingüístico es la idea de "actividad incesante" y el valor conjuntivo de *que*, fácilmente asimilable a la 'y' de expresiones análogas. El valor de imperativo de las formas verbales no pasa por nuestra mente, pues tiene en su contra el coincidir estas formas con las de indicativo y el ocurrir la iteración con formas verbales en que el imperativo es morfológicamente imposible, como en *cantaba que cantaba*, o semánticamente imposible, como en *llueve que llueve*.

b) Con 'y'.

Dentro de la escasez de las iteraciones sindéticas, los sintagmas con *y* son los más corrientes, sobre todo los formados por la repetición de un verbo: De una máquina llamada "chancho", un obrero explica: "Tira para adentro, *masca y masca*, y no hay fuerzas que le quiten la presa" (Barrios, *S. R.*, p. 193). Ejemplos similares son: *comió y comió* (Montenegro, *T. V.*, p. 181), *anduvieron y anduvieron* (*ibid.*, p. 193), *anduvo y anduvo* (*ibid.*, p. 209), *cateaba y cateaba* (Guzmán, *S. E.*, p. 145).

El verbo puede aparecer igualmente en infinitivo: "Los dos entraron al cuarto de don Juan, cada uno con su machete bien afilado, y *dar y dar*, no dejaron tira buena en el colchón" (Montenegro, *T. V.*, p. 236). También: "*¡Matar y matar . . . !*" (Coloane, *C. H.*, p. 463).

Otras veces se repite un sustantivo: "Todos los hombrecitos de la familia nacimos *años y años* después de que él perdiera la vista. . ." (Montenegro, *T. V.*, p. 8), y en tal caso, la expresión en cuestión se siente equivalente a "muchísimos años" (ver Nota 72), siendo aquella bastante más sugerente y gráfica que ésta. Lo mismo puede decirse de todas las anteriores.

También un adverbio puede aparecer reiterado: "... el sol amarillento de ese día de invierno va recortando *más y más* sus rayos oblicuos a lo largo de la pared. . ." (Montenegro, *T. V.*, p. 7).

III. ELIPSIS.

Con la reticencia, en cambio, en vez de insistir, nos contenemos, dejando trunca la frase, casi siempre por razones eufemísticas, seguros de que lo que callamos será fácilmente adivinado por nuestro interlocutor, en atención a que se trata normalmente de un sintagma fijo, de una frase hecha. Así, *hacerse* puede significar, según las situaciones, *hacerse caca*: “¡Mamá, Miguelito se hizo en los calzones!”; uso puesto de manifiesto en forma más explícita por el contexto de este otro ejemplo: “¡Carajo la gente cochina! ¡Como si no hubiera excusado! ¡Se mean y se hacen todo aquí, por la chita!... —alegaba, arrastrando con la escoba, de peldaño en peldaño, unos restos de vómitos y unos excrementos medio secos” (Guzmán, *S. E.*, p. 143), o bien *hacerse el tonto* (—*el gringo*, —*el sueco*, —*el italiano*), es decir: fingir que no se comprende algo, o no darse por aludido: “¡Hácete no más, chiquillo de moledera! ¿Creih qué no te conozco?”

Del mismo modo, cuando nos han jugado una mala partida, solemos exclamar, refiriéndonos al culpable: *¡Chitas que es bien...! ¿No?*, o simplemente: *¿Será...!?*, subentendiéndose en ambos casos: ‘tonto’, ‘imbécil’, ‘idiota’, o cualquier otro término semejante. Con el mismo elemento verbal *ser*, una madre puede amenazar a su hijo, diciéndole: “Te voy a dar la tanda pa (ra) que no seai (tonto, bruto...) no más”⁷⁵. El pudor también puede cortar una expresión injuriosa iniciada por la indignación: —¿Eh, que tal?... ¡Enfermarse ahora, por la...! Se mordió mirándome. Había reprimido una palabra gruesa por mi sola presencia” (Guzmán, *S. E.*, p. 196). Pero si la indignación es mayor, se insinúa el insulto con más claridad, según puede verse en este ejemplo, en que uno de los personajes, después de negarse a colaborar con otro en un fondeo, exclama: “—¡Ladrón!... Fondear ocho chinos por cincuenta pesos... ¡Que lo haga él sólo, el *hijo de...*” (Marín, *M. P.*, p. 338). O en este otro, donde dos rotitos, al echar de menos el cuerpo de un difunto que estaban custodiando, sostienen este diálogo:

“—¿Y el cuerpo?

—¡Qué se ha hecho el cuerpo!

—¡El que llegó vestido de Padre y con la cantimplora, ha sido, *hijuna grandísima!*” (Montenegro, *T. V.*, p. 162).

Giros son éstos en que lo que se quiere decir es ‘hijo de (una grandísima) puta’, y que corre por toda América con las variantes eu-

⁷⁵ Véase KANY, *op. cit.*, pp. 234-6.

femísticas más curiosas⁷⁶. Esto ha motivado que ya no se pueda usar 'grandísima' en ninguna circunstancia sin que se establezca aquella asociación. Asimismo basta decir que un hombre *tiene relaciones* con una mujer para comprender que se trata de 'relaciones sexuales'. Lingüísticamente hablando, la *e l i p s i s* resulta ser, pues, aquí el recurso expresivo.

El mismo fenómeno, como se sabe, es todavía más frecuente en un sintagma libre, donde la "rhème" de Buysens⁷⁷ es muchas veces el resultado: ¡[anda] *a trabajar!*, ¡[váyanse] *a la escuela!*, ¡Tú [estás] *aquí!*, ¡*Por qué* [llegas] *a esta hora?*, ¡*Como vuelva otra vez* . . . [lo mato]!, "Ella se había levantado a su vez, atónita, tiritando de indignación por tanta injusticia. "Y yo, y yo —murmuraba desorientada—, yo que durante casi un año . . ., cuando por primera vez me permito un reproche. . . ¡Ah, me voy, me voy esta misma noche!" (María E. Bombal, *E. A.*, p. 415), etc., en que la sorpresa —agradable o desagradable—, el enojo, la ira, o cualquiera forma de tensión psíquica, buscan expresarse con el menor número de palabras (la interjección monosilábica es el caso extremo); esto es, del modo más sintético posible.

IV. FUNCIÓN DEL ARTÍCULO.

Un recurso sintáctico interesante, en el sentido que nos ocupa, es también el que ofrece la variada función del artículo, como lo ha puesto tan bien de manifiesto A. Alonso en uno de sus ensayos⁷⁸. Pero este morfema se usa entre nosotros con un valor expresivo que el autor no consigna en él; aludimos a su empleo con nombres propios aplicados a la mujer preferentemente, y con apellidos referidos igualmente a ella. Cualquiera que en Chile compare los siguientes ejemplos: 'Ayer me encontré con Carmen' y 'Ayer me encontré con la Carmen', advierte que en el primero se menciona a Carmen con un tinte afectivo que revela, de parte del que habla, un sentimiento de respeto o, al

⁷⁶ Un registro bastante completo es el de KANY, *op. cit.*, pp. 429-433.

⁷⁷ ERIC BUYSSENS, *op. cit.*, § 121. El autor discute con razón el carácter elíptico —en sentido tradicional— de las expresiones averbales. Nosotros hablamos de elipsis no para decir que en los ejemplos señalados falta algo para la comprensión que sea indispensable reponer verbalmente, sino como comparación con las formas lógicamente estructuradas. Cp. A. ALON-

SO y P. HENRÍQUEZ UREÑA, *Gramática castellana*, I, B. Aires, Losada, S. A., 1940, § 25. Véase tb. EUGENIO COSERIU, *Determinación y entorno*, en "Romanistisches Jahrbuch", VII (1955-56), p. 45, nota 47, y p. 49 ("contexto verbal negativo").

⁷⁸ *Estilística y gramática del artículo en español*, en *Estudios lingüísticos*. Temas españoles, Madrid, Gredos, 1951, pp. 151-194.

menos, de poca familiaridad; en el segundo, en cambio, salta a la vista la confianza que el mismo tiene o se toma con ella. También hay quien prefiere la primera fórmula por considerarla signo de distinción en el hablar, lo que hace que en la clase media se la mire como un rasgo de afectación. Distinto es el caso en que el artículo forma sintagma con el apellido de una mujer (siempre que no sea un personaje: artista, escritora, etc.), puesto que, si decimos: "Me encontré con la González", se hace patente la manera despectiva con que la mencionamos, y desagradaría visiblemente a la aludida si se enterara. Aunque en muchísimo menor grado, y como índice de familiaridad, también se lo encuentra empleado con nombres y apellidos de varón, sobre todo en nuestra clase popular⁷⁹: "Oiga, compadre [. . .] ¿por qué no deja al Enrique que me acompañe a la barraca? . . ." (Guzmán, *S. E.*, p. 49), "—¡Fíjate . . . los 'comisionados' andaban buscando al Armandó!" (*ibid.*, p. 114); pero con sus formas apreciativas y los hipocorísticos, su uso es muy frecuente en todas las clases sociales: el *Manuelito*, el *Juanito*; el *Pancho* (Francisco): "—¡Mamacita —se quejó— el Pancho me tiraba las mechas!" (*ibid.*, p. 78).

V. FUNCIÓN DEL PRONOMBRE.

Sentimientos negativos expresan los pronombres personales y demostrativos en situaciones como las que consigna Bello en una nota de su *Gramática* (p. 74): "las personas que se merecen alguna consideración y respeto, no deben designarse en la conversación con los desnudos representativos *él, éste, ése, aquél*, sobre todo cuando se habla con sus deudos o allegados. *¿Cómo está él?* es una pregunta incivil, dirigida a la familia de la persona de cuya salud queremos informarnos. Decir *él* en lugar de *usted (sic)* es casi un insulto. *¿Quién es éste?* indicaría que la persona así designada presentaba una apariencia poco digna de respeto⁸⁰. *Ese* envolvería positivamente desprecio⁸¹. Es pre-

⁷⁹ Al contrario de lo que afirma FRIDA WEBER, *Fórmulas de tratamiento en la lengua de Buenos Aires*, RFH, III, 2 (1941), p. 136, nota 2. KANY, *op. cit.*, pp. 22-23, alude a lo general de este fenómeno en el ámbito de la lengua española familiar y rústica, mencionando algunos usos y valores expresivos que no ocurren entre nosotros. Cp. *ib.* RAE, *op. cit.*, § 78 y BELLO, *op. cit.*, §§ 867 y 868 y nota*

de este último párrafo.

⁸⁰ "¡Está hecho un condenado éste! —vociferaba mi padre" (Guzmán, *S. E.*, p. 77). Decir delante de una mujer (pariente o amiga): "Esta no estuvo ayer en la fiesta", provocaría una violenta reacción de su parte, por lo que suele responder, irritada: *¿Quién es ésta?*, *¿alguna cabeza de chanchó?*, o bien *¿No tengo nombre por acaso?*

⁸¹ Cp. esp.: "Petra.— [la criada].

ciso en tales casos vestir, por decirlo así, el pronombre. *¿Quién es este caballero?, ¿Dónde conoció usted a ese sujeto?*” Claro es que ‘sujeto’ resulta aquí, hoy día, igualmente despectivo.

Es posible que el valor peyorativo de estos usos resida, por una parte, en el carácter déictico o demostrativo de estos pronombres, que es como apuntar a una persona con el dedo, lo que se considera signo de mala educación, y por otra, en su significación general, aplicable lo mismo a un objeto, que a un animal o a un ser humano.

El mismo carácter suele tener también el empleo de *tal* precedido de artículo, como determinativo de un elemento sustantivo; preferentemente, de un nombre de persona: “*¿Qué se habrá imaginado la tal señora!*”, “*—¡Bienhaiga! —dijo un día Quico— ya me tienen curcuncho (fastidiado) con el tal Caco*” (Montenegro, *T. V.*, p. 153), invirtiéndose así la significación meliorativa que tiene en otros casos.

VI. ALGUNAS FUNCIONES DEL ‘QUE’.

1. En oraciones desiderativas.

El ‘que’ desiderativo.

Al referirse a la expresión desiderativa *que sea enhorabuena*, semejante estructural e intencionalmente a estas otras: *¡Que le vaya bien!*, *¡Que pase un feliz Año Nuevo!*, *¡Que Dios la conserve muchos años!*, *¡Que se mejore, pues!*, *¡Que tenga mucha suerte!*, *¡Que Dios me libre de hacer semejante disparate!*, etc., la RAE, op. cit., § 390a, ha reparado en que “este *que* supone siempre un verbo que fácilmente se sobreentiende [deseo, quiero], y cuya omisión es efecto de la natural impaciencia de declarar cuanto antes el que habla lo que más vivamente le preocupa”, con lo que estas desiderativas —no obstante el *que* y el verbo en subjuntivo— “han quedado convertidas en independientes”.

En efecto, la tensión emocional del hablante, impuesta por una determinada circunstancia, junto con la situación del momento, que permite que se vea nitidamente su intención, hacen que se prescinda de todo verbo desiderativo delante del *que*. Y esto no sólo ocurre con expresiones más o menos estereotipadas como las anteriores —frecuen-

¿Llamaban ustedes?

Remedios.— Ayuda a ésa (Por Aurora [la costurera]...).

Petra.— (Aparte) *¡A ésa!... ¡A ésa!*
 ¡Como si no tuviese una nombre!...

Pero ¿qué es lo que se habrán figurado de nosotras *ésas?*” (J. Dicenta. *Aurora*, p. 18, en Teatro, I, Madrid, R. Velasco, 1907).

tes en las felicitaciones de cumpleaños u onomástico, en las despedidas, en los pésames, etc.: "Vaya, *que Dios la tenga en su santo reino, señor*" (Montenegro, *T. V.*, p. 10) —, sino con cualquier sintagma libre, como se advierte en los gritos reiterados de manifestantes callejeros cuando vitorean a algún personaje o a alguna institución: "—¡Que viva el camarada Recabarren!..." (Guzmán, *S. E.*, p. 89); "—¡Que viva la Federación!..." (*ibid.*, p. 92), o cuando desean la expulsión de alguien: "¡Que se vayan! ¡Que se vayan!, los intrusos, de la playa", o en este diálogo de despedida que sostienen unos obreros que van a visitar a un compañero enfermo:

—"Hasta muy pronto, camarada... ¡Que ojalá esté luego con nosotros! ^{81a}.

—¡Hasta luego, viejo!...

—¡Que siga mejorando, compañero!..." (Guzmán, *S. E.*, pp. 240-1),

En el primer caso, la expresión del deseo mediante el *que* "desiderativo" está reforzada por 'ojalá'.

Y en este diálogo entre dos enamorados:

"—¡Elena, no sabes cómo te quiero!..."

—¡Que sea siempre así, Abel! ¡No deseo otra cosa!..."

—¡Que de tu parte sea siempre como ahora!" (*ibid.*, p. 150).

2. En oraciones exhortativas.

El 'que' exhortativo.

En el párrafo en que la RAE se refiere al caso anterior, alude también al mismo fenómeno en algunas exhortativas, atribuyéndolo a la misma causa. El resultado es una orden directa para aquel a quien nos dirigimos, e indirecta para aquel a quien nos referimos. Los ejemplos son del tipo *¡Que pase!*, un tanto altanero, con que un jefe, por ejemplo, ordena a un subalterno que haga entrar a una persona:

"—Una señora pregunta por usted.

—¡Que pase!"

O bien:

"—El sastre lo busca, señor.

—¡Que espere o que vuelva mañana!"

Con menos vehemencia y desagrado se diría menos lacónicamente: "Dígale que..."; pero al respecto hay que notar que no siempre se puede omitir ese 'dígale', pues, aunque en este mismo diálogo es posible contestar "Dígale que no estoy en casa", no se responde normal-

^{81a} Más frecuentemente se oye: *ojalá que...*

mente "Que no estoy en casa", por razones de régimen; sin embargo, nada impide que se diga "No estoy en casa", con el mismo valor.

A veces la persona a quien nos dirigimos directamente puede encontrarse indeterminada, como ocurre en este diálogo durante el salvamento de una "vieja" que se ha caído a un canal:

"—¡Y'está firme otra vez, agárrela del cogote, hermano!

—¡Y'está, que baje otro!" (Guzmán, *S. E.*, p. 171).

Y a veces, por último, se usa la misma forma indirecta para eludir la responsabilidad que significa hacerlo con la forma directa, como ocurre en esta protesta pública por el canto de un ciego, en que el hablante se dirige realmente a éste:

"—¡Que se calle, que se calle! —gritó un hombrecillo de nariz aporronada, roja como frutilla.—¡Que se calle! . . .

Una nueva voz, por otro lado, solicitó también, violentamente:

—¡Que se calle, que se calle! . . ." (Guzmán, *S. E.*, p. 45).

El *que* "exhortativo", signo de inquietud, intranquilidad, impaciencia, desasosiego, basta pues para la comprensión del doble mandato.

3. En oraciones declarativas.

a) *El 'que' narrativo.*

Es el caso señalado por Spitzer⁸² a propósito de un poema de García Lorca, *Sorpresa*.

Buen ejemplo de este *que* es el siguiente: "Nadie le oía. Nadie le escuchaba. Todos conversaban. Reían. Discutían. Gesticulaban.

"Que la Federación aquí".

"Que la Federación acá".

Pero nadie escuchaba.

"Que la Federación".

"Que el Consejo" (Guzmán, *S. E.*, p. 43).

También este otro, del mismo autor: "Diariamente, él estaba junto a todos los que precisaban de su asistencia. Las viejas, las jóvenes, los chiquillos, lo esperaban.

—Que mi marido está enfermo, doctor. . .

—Que mi papá, doctor Rivas. . ." (*ibid.*, p. 104).

"La expresión con *que* —anota Spitzer (*ibid.*, pp. 123-4), para ejemplos del mismo tipo— retiene de un *dicen que* justamente lo necesario para indicar sujetos hablantes, indeterminados, verdaderamente anónimos, que no aparecen con su personalidad y que se borran lo bastante para no invadir el contenido material de la declaración." En

⁸² *Notas* . . . I. El narrativo español, RFH, IV, 2 (1942), pp. 105-126.

nuestros ejemplos se cumple igualmente la observación del autor (*ibid.*, p. 109, nota 2), que "la repetición del *que* es indispensable cuando se trata de dichos vagos. Un solo *que* no indica más que un solo interlocutor bien definido". Ahora bien, como la multiplicidad de 'quees' corresponde a una multiplicidad de interlocutores representados todos por el mismo narrador, la expresión resulta siempre un tanto teatral.

En cuanto a lo que en este trabajo nos interesa directamente, la situación muestra en estos casos, por lo general, molestia, fastidio, desagrado de parte del narrador, ante el asedio de voces indiscriminadas que chismorrean, piden, se quejan, etc. La estructura con *que* y la entonación son aquí los signos reveladores del estado emocional del hablante.

b) *El 'que' dinámico.*

En un medio familiar y urbano —y más todavía en el rural— sucede con bastante frecuencia que el entusiasmo impulsa al que está describiendo o narrando un acontecimiento a acelerar en su narración la realización de un hecho con respecto a otro con el cual lo hace casi coincidir; entonces aparece en la expresión declarativa una nueva función del *que* "with its sense of simultaneity and suddenness" (Kany, *op. cit.*, p. 397): "—Aquí tiene que ser —dijo el jefe del piquete—; pero todo fue verlo hacer la cruz en la puerta, y Caco *que* se pega un machetazo en la mano. . ." (Montenegro, *T. V.*, p. 159); "Ellos *que* dan vuelta las espaldas, y Caco *que* sale y va poniendo una cruz a la disimulada en cada puerta" (*ibid.*, p. 160); es decir: casi al mismo tiempo que ellos dan vuelta las espaldas, Caco sale, etc. En el primer ejemplo *todo fue + infinitivo* tiene el mismo valor que el primer *que* del segundo ejemplo. La supresión del *que* haría perder en ambos casos esa celeridad y dinamismo de las acciones realizadas por Caco. Tal es lo que se advierte en este otro ejemplo, no obstante comenzar con *todo fue + infinitivo*: "Todo fue ver pasar el cuerpo, la viuda lo reconoció al tiro. . ." (*ibid.*, p. 159). Y aún si se dijera "En cuanto vio pasar el cuerpo, la viuda lo reconoció al tiro. . .", todavía esta acción se sentiría menos rápida, menos cerca de la anterior, que expresada con *que* (y en presente): "La viuda *que* ve pasar el cuerpo, y *que* lo reconoce al tiro". Este *que* "dinámico" es entonces aquí el signo de la exaltación emocional del narrador.

c) *El 'que' admirativo.*

Distinta es la función estilística del *que* en este otro ejemplo, en

que lo que el hablante manifiesta es sorpresa (asombro, extrañeza) ante un hecho inusitado: “—¡Hijuna, *que* me salió livianito de manos! Reconozco que usted es mejor ladrón que yo, compadre Caco” (*ibid.*, p. 156), dijo Quico cuando se dio cuenta de que aquél le había robado unos huevos. La interjección antes de *que* no hace más que contribuir a expresar con mayor intensidad la sorpresa, ya que, aunque tal anteposición es lo habitual, no ocurre necesariamente: “¡ (Por la chita, ... flauta, ... pucha, etc.) Que la hizo grande, patrón!”), puede exclamar por ejemplo un obrero ante cualquier despropósito de su jefe. Sólo el tipo exclamativo de entonación es solidario con este empleo del *que*.

4. En oraciones formalmente interrogativas.

Hemos dicho en otra parte que la entonación ascendente considerada como característica de la oración interrogativa directa, funciona como signo de muy diversos contenidos afectivos. Ello se hace aún más evidente en algunas expresiones con *que*, como signo concomitante.

a) *El 'que' reprobativo.*

Una clara protesta es lo que manifiesta así, Caco, en el siguiente diálogo:

“—Ustedes son parientes del finado, ¿no es cierto? —dijo el jefe.

—¿Que está soñando, mi sargento?” (*ibid.*, p. 159). Esto es: ¡cómo se le ocurre decir semejante cosa!, ¿de dónde ha sacado usted que somos parientes del finado?

b) *El 'que' ecoico.*

O bien, lo que se exterioriza es una franca indignación, como cuando repetimos una pregunta que nos toma de sorpresa por lo impertinente o impropio:

“—¿Por qué le pegaste al niño?

—¿Que por qué le pegué? (= ¡Y se atreve a preguntarme semejante cosa!).

Lo mismo en este otro caso, en que a la indignación se une la perplejidad:

“—¿Dónde dejaste el dinero?

—¿Que dónde lo dejé? Oiga, ¿qué me ha visto las canillas?” (= ¿qué me ha hallado cara de tonto?).

Aunque en las tres oraciones de este segundo ejemplo hablamos de entonación "interrogativa", en los tres casos ésta es diferente: en "¿Dónde dejaste el dinero?", la entonación corresponde casi a la de una declarativa —posible por la presencia de *dónde*, signo aquí de pregunta—, cuando el que la enuncia da por hecho que su interlocutor dejó el dinero en alguna parte; en el segundo, con el *que* "ecoico", el tonema final es bastante ascendente, y el "tempo" de toda la expresión es más rápido por efecto de la indignación; en el tercero (correspondiente al tipo señalado en 4a), el tonema final es menos ascendente, y el "tempo" es lento por efecto de la protesta irónica que le da origen. Este somero análisis —precisable por medios electroacústicos— permite ver, entre otras cosas, lo paradójico de la llamada entonación "interrogativa", pues donde realmente se trata de una pregunta (primer oración), la entonación está más cerca de la que se considera característica también, de la oración enunciativa. Más importante, pues, que la entonación, en este caso, para distinguir ambos tipos de oraciones, es la intención del hablante, revelada por los entornos.

VII. FORMAS DE EXPRESIÓN INDIRECTA.

Cualquier método que se emplee para no expresar directamente un pensamiento, puede considerarse como un recurso al servicio de la vida afectiva, pues para la comprensión de ese mismo pensamiento nada sería más adecuado que expresarlo de un modo directo. La fórmula indirecta resultante corresponde casi siempre a la *l i t o t e* de la antigua retórica.

Señalaremos brevemente algunas funciones expresivas de los tipos modales de oración en que la intención del hablante, y no la forma de la expresión, es lo decisivo.

1. La oración declarativa negativa.

Así resulta ser un recurso expresivo, por ejemplo, el empleo de una oración declarativa negativa por una afirmativa, cuando se logra disminuir el efecto que ésta produciría. Compárese, pongamos por caso, *no es un buen muchacho*: es un mal muchacho; *no está bien que ande sola*: está mal que ande sola; *no es verdad*: es mentira; *no está bien de salud*: está enfermo o está mal de salud; (en el accidente) *no hubo sobrevivientes*: todos murieron, etc. Lo mismo ocurre cuando con ella se rectifica un juicio desfavorable, pensado, pero no expresado: *no es una mala idea* (como pudo haberse creído), *no está mal* (pensado), etc.

En otras circunstancias, la oración negativa sustituye, por cortesía o delicadeza, a una interrogativa directa, por lo que ella viene a funcionar como una interrogativa indirecta: *no me ha dicho usted su nombre* (= ¿cómo se llama usted?), *no conozco su dirección* (= ¿cuál es su dirección?).

También aparece con el valor de una exhortativa: *no me dirá usted que no* (= dígame que sí), o de una rogativa: *¡No vas a decir nada, Enriquito! ¿cierto?* (Guzmán, *S. E.*, p. 63), en que con '¿cierto?', el que habla solicita también la confirmación de su pedido; la misma función tienen *¿verdad?*, *¿ya?*: *¡No me lo negará! ¿ya?*

2. La oración declarativa afirmativa.

Sustituye a una exhortativa: *¡Tengo un apetito que me corto!* (= Sírvanme inmediatamente, por favor), *aquí se está mucho mejor*, dicho con ánimo de atraer a otra persona; o a una imperativa: *Necesito cigarrillos*, puede ser una orden del dueño de casa para cualquiera de sus familiares (=vayan a comprar cigarrillos); *Manuel, ¡ya son las diez!*, puede constituir para el niño la orden de ir a acostarse, o bien: "*—Es hora de que te acuestes. . .*" (Guzmán, *S. E.*, p. 28). Mucho más distante de la mera declaración está todavía el uso del indicativo por el imperativo en casos como: *Esta tarde va usted a mi casa y me trae. . .*, en vez de 'vaya usted. . . y tráigame. . .' Lo mismo ocurre cuando la orden dada en indicativo se atenúa con una expresión condicional: *Me espera aquí si no es mucha la molestia* (si lo tiene a bien, siempre que no sea una molestia para usted, etc.). En los dos últimos ejemplos ni siquiera hay duda de que se trata de una oración pseudo-declarativa.

El período condicional (de negación implícita o "contrary to fact"), por otra parte, sirve también para atenuar la crudeza con que se diría lo mismo mediante uno causal. Así, *Si hubieras estudiado habrías salido bien* [en los exámenes], es apenas una lamentación, frente a "Saliste mal porque no estudiaste", que ya es un reproche.

Con otro tipo de oración, igualmente declarativo, como: *¡Qué inteligencia de hombre!*, se manifiesta el entusiasmo que causa su calidad intelectual. El carácter subjetivo de esta expresión —"discurso asertivo subjetivo" lo llama Buyssens, *op. cit.*, § 110— se destaca mejor si se la contrasta con su forma racional objetiva: 'Este hombre es muy inteligente', de la cual difiere, entre otras cosas, tanto por su carácter averbal como por su entonación admirativa. Doble recurso, en consecuencia, de manifestación de la afectividad: sintáctico el primero, foné-

tico el segundo. Ejemplos del mismo tipo son: *¡Qué maravilla de mujer!*, *¡Qué portento de chiquillo!*, *¡Qué amabilidad de hombre!*, etc., en todos los cuales, la cualidad, centro del interés, está colocada igualmente en primer plano y expresada por medio de un sustantivo; dos métodos diferentes de una "mise en relief" ^{82a}.

Una estructura semejante encontramos en la expresión indirecta de un deseo: *¡Qué linda mañana para salir!* (= Me gustaría salir ahora que la mañana está linda), o bien: *¡Qué pena que viva usted tan lejos!* (= Me habría gustado ir a verla, pero vive usted muy lejos); *¡Qué lástima que sea casado!*, en boca de una mujer, pone de manifiesto el deseo de que el hombre aludido fuera soltero.

3. La oración dubitativa.

El carácter categórico de una afirmación se debilita formalmente expresándola de un modo dubitativo: *Si no me equivoco, usted le prometió el dinero a su amigo*, o con fórmulas semejantes: *si mal no recuerdo, si la memoria no me es infiel, si no estoy mal informado, si no me engaño, si no me falla la memoria*, etc. El mismo valor dubitativo se manifiesta más enfáticamente con el uso de *quizás, tal vez, a lo mejor, posiblemente, probablemente*, etc.: *Quizás lo conozca demasiado*, dicho de una persona de malos antecedentes. Se entiende que estas expresiones constituyen un recurso expresivo sólo cuando el que habla no quiere mostrar con ellas abiertamente su convicción, ya sea por respeto, cortesía o timidez, según las circunstancias.

4. La oración interrogativa

Múltiples son las funciones que realiza en el discurso la forma oracional llamada tradicionalmente interrogativa. Ya hemos visto (pp. 215-216) cómo con ella podíamos mostrar sorpresa, decisión, indignación, etc., y en que el recurso, en verdad, no era más que la simple entonación, a veces en unión con *que* (p. 263). En los casos que siguen, en cambio, la oración tiene todos los caracteres (formales y conceptuales) de una pregunta, pero la intención del hablante al usarla tampoco es interrogativa. En efecto, cuando el que habla dice, por ejemplo, *¿He asegurado yo que no voy a ir?*, manifiesta (la "Kundgabe" de Husserl) su extrañeza ante una negativa que se le atribuye, negando a su vez dicha atribución, sólo que no tan directamente como si dijera: "Yo no he asegurado que no voy a ir".

^{82a} Cp. CH. BALLY, *Impresionismo y gramática*, en CHARLES BALLY y otros, *El impresionismo en el lenguaje*, 2ª ed. B. Aires, Coni, 1942, pp. 50-52.

Otras veces es una exhortación lo que se pone de manifiesto: *¿No quiere tomar asiento?*, es una manera cortés y sumisa de ofrecerlo, en que el *no* confiere al todo un valor expresivo especial, lógicamente incomprensible. Sin el *no*, esa forma de invitar sería ya menos sumisa⁸³. *¿Y si fuéramos a pasear?*, es también una manera amable de invitar, o bien: *¿Se sirve?*, fórmula acostumbrada en toda reunión social en el momento de comer.

También una orden suele expresarse del mismo modo; el resultado es siempre una forma más amable y menos fuerte en comparación con su expresión directa: *¿Puede acercarse más?*: ¡Acérquese más!; *¿Me deja pasar?*: ¡Déjeme pasar!, etc.

Una solicitud o ruego puede hacerse asimismo a modo de pregunta: *¿Me presta su lápiz, por favor?*, *¿Tienes desocupado el libro?*, *¿Le molesta que abra un poco?* (la ventanilla del tren), *¿Me da cinco pesitos, patrón?*, etc.

Finalmente, en combinación con una oración imperativa disminuye lo categórico de una orden: *Tráigame un vaso de agua, ¿quiere?*, *Búsqueme el sombrero, ¿ya?*.

5. La oración desiderativa.

En otros casos, el recurso es una forma desiderativa —verbal o averbal—, como ocurre con los gritos con que en las manifestaciones públicas, las muchedumbres vitorean un determinado acontecimiento o estado de cosas:

“—¡Viva el Día de los Trabajadores!

—¡Viva la Federación Obrera de Chile!” (Guzmán, *S. E.*, p. 89).

“¡Abajo los comeaguas!...” (*ibid.*, p. 340).

“—¡Arriba la Federación Obrera!...” (*ibid.*, p. 31).

VIII. FUNCIÓN DEL ORDEN DE LOS ELEMENTOS EN LA ORACIÓN.

El orden de los elementos en la oración es también, entre otras cosas, un índice sintáctico del comportamiento afectivo del hablante, puesto que “on peut parfois dire que l'ordre des mots suite l'ordre des

⁸³ Cp. ROBERT LE BIDOIS, *L'inversion du sujet dans la prose contemporaine*, Paris, d'Artrey, s/a., p. 48: “l'emploi de la négation permet d'atténuer ce que l'interrogation positive pourrait avoir de trop directe ou de trop brusque: “Vous ne nous ferez pas le plai-

sir de dîner avec nous?”. Par la négation, le locuteur tient à marquer qu'il ne veut pas forcer la décision de l'interlocuteur, tout en donnant à entendre qu'il espère bien une réponse affirmative”.

intérêts du sujet-parlant" (Rostand, p. 123⁸⁴). Le Bidois (*op. cit.*, p. 380), nos previene, sin embargo, contra el valor absoluto de esta afirmación con varios ejemplos en que "on voit que le mot important, au lieu d'être en tête de la phrase, peut être au contraire reporté intentionnellement à la fin de l'énoncé... C'est que, comme Batteux l'a fait remarquer jadis, 'il y a dans chaque phrase deux places d'honneur: le commencement, qui frappe d'abord l'esprit; et la fin, qui achève les sens, et est suivie d'un repos, qui donne le temps de réfléchir'. Lo mismo es válido para el español.

El caso más conocido, y por lo mismo el más citado, es el de la anteposición del adjetivo calificativo restrictivo con respecto al sustantivo que determina, anteposición que, si no es un mero expediente literario, expresa generalmente una apreciación subjetiva del que habla en oposición al carácter objetivo de la posposición del mismo, cuando ello es posible⁸⁵. Tal es lo que se observa si se oponen expresiones como: *su estrecha prisión* / *su prisión estrecha*; *aquella humilde habitación* / *aquella habitación humilde*; o bien, lo que es más frecuente en el lenguaje oral: *un viejo amigo* / *un amigo viejo*; *un triste papel* / *un papel triste*; *un pobre hombre* / *un hombre pobre*; *un gran tipo* / *un tipo grande*, en que el adjetivo tiene incluso una significación distinta en cada caso⁸⁶. Al destacar el primer elemento, "signo

⁸⁴ FRANÇOIS ROSTAND, *Grammaire et affectivité*, Paris, J. Vrin, 1951. Cp. GILI Y GAYA, *Sintaxis*, § 70. Al orden de los elementos en español han dedicado su atención con cierta amplitud, SALVADOR FERNÁNDEZ, *op. cit.*, (véase su "Índice analítico", s. v.) y GILI Y GAYA, *ibid.*, §§ 66-67, y en forma monográfica: LUIS JAIME CISNEROS, *El orden de las palabras en español*, Lima, 1956 (trabajo que lamentablemente no hemos podido consultar) y ANNA GRANVILLE HATCHER, *Theme and underlying question. Two studies of Spanish Word order*. [1. The existential sentence and inversion of the subject in Spanish. 2. On the inverted object in Spanish: OV vs. O + lo V.], Supplement to "Word", Vol. 12. dec. 1956, según los métodos descriptivos norteamericanos. Particularmente importante es la sistematización que OSTER, *op. cit.*, hace al respecto.

⁸⁵ MARCEL CRESSOT, *Le style et ses techniques*, Paris, Presses universitaires de France, 1956, p. 193, opone, en este caso, la expresión de "une qualité occasionnelle" (posposición) a la expresión de "une qualité constitutive, fondamentale, inhérente à l'objet (anteposición) d'où une valeur morale, plus permanente que la qualité physique". De la amplia bibliografía sobre este tema, hay varios títulos consignados en SOBEJANO, *op. cit.*, p. 133, nota 11. El mismo autor le dedica casi todo el Cap. VI, "Función sintáctica del adjetivo". Otros títulos, en CRESSOT, *op. cit.*, p. 199.

⁸⁶ Así, el orden de los elementos posee aquí, además, un valor semántico, o, lo que es lo mismo, es tanto estilística como semánticamente relevante. Cp. RAE, *op. cit.*, § 227; J. MAROUZEAU, *La linguistique ou science du langage*, Paris, P. Geuthner, 1944,

de estimación preferente de la cualidad" (Gili y Gaya, *Sintaxis*, § 164). se hace de él el sujeto psicológico de la expresión ⁸⁷.

Contra tal opinión, la más divulgada, hay que oponer la de Blinkenberg ⁸⁸, para quien "l'émotion désorganise des constructions équilibrées, mais qu'elle ne crée rien de définitif, ni antéposition ni postposition" (II, p. 105). Pero, por lo que a nuestros ejemplos se refiere, vemos con claridad la oposición que hemos señalado, y no podríamos decir que el primer miembro sea el resultado de una "desorganización" del segundo. Creemos que ambas construcciones son "equilibradas", sólo que la primera lo es en el plano expresivo, y la segunda, en el plano lógico, donde la secuencia progresiva es la "norma" creada por nuestra comunidad lingüística.

La posposición de los demostrativos *este, ese* a un tratamiento de persona, confiere a la expresión un significado claramente despectivo ⁸⁹, lo que ocurre también, en cierto modo, con *aquel*: "*La señora esta desea hablar con usted*", "*El joven ese lo espera*", "*El señor aquel lo necesita*".

La inversión del orden sujeto-predicado, frecuente en las oraciones optativo-exclamativas, puede señalarse también como un recurso de expresión de la afectividad. La emoción anticipa una vez más lo que se quiere destacar: *¡Quiera Dios que llegue pronto!*, y en transposiciones cristalizadas, del mismo origen: *¡Bendita sea tu suerte!*, *¡Maldita sea la hora en que te conocí!* ⁹⁰.

p. 47; C. DE BOER, *Syntaxe du français moderne*, 2ª ed., Leiden, Universitaire Pers Leiden, 1954, § 516; W. VON WARTBURG — P. ZUMTHOR, *Précis de syntaxe du français contemporain*, Berne, A. Francke, S. A., 1947, § 1114, y SOBEJANO, *op. cit.*, pp. 141 ss.

⁸⁷ "Llamo sujeto psicológico a aquello en que quiero hacer pensar a mi oyente, y predicado psicológico a lo que quiero que mi oyente piense del sujeto". G. V. GABELENTZ, *Ideen zu einer vergleichenden Syntax*, en "Zeitschrift für Völkerpsychologie", IV (1869), p. 378, citado por KARL VOSSLER, *Filosofía del lenguaje*, Ensayos. Buenos Aires, Losada, S. A., 1943, p. 142. Véase tb. aquí p. 139 ss.

⁸⁸ A. BLINKENBERG, *L'ordre de mots en français moderne*, København, Høst, 2 vols., 1928-1933.

⁸⁹ Cp. GILI Y GAYA, *op. cit.*, § 165d.

⁹⁰ Cp. C. DE BOER, *op. cit.*, § 543: "L'inversion composée [tu suerte sea bendita] donnerait un caractère trop logique à une phrase tellement chargée d'affectivité". LE BIDOIS, *op. cit.*, p. 384, que se ha ocupado especialmente de la inversión del sujeto en la prosa contemporánea francesa, observa también que "si l'ordre des mots tend souvent à reproduire l'ordre même des idées ou des sensations, l'inversion du sujet contribue parfois à créer une certaine impression, sensorielle ou affective, qui s'accorde et s'harmonise avec le sens des mots eux-mêmes". Pero más adelante (p. 386) nos advierte que "il faut se garder d'exagérer ce rôle de la construction. Certains critiques sont enclins à attribuer à l'ordre des mots une valeur transcendante

Otras veces, y por la misma razón, el complemento antecede al verbo, el cual incluso puede omitirse:

—¡Nos han robado, hijo! —continuó ella, con voz trémula.

—¿Eh? ... ¡Habla claro, mujer, habla claro!

—¡Que nos han robado, te digo, Guillermo! ...” (Guzmán, *S. E.*, p. 180).

IX. DATIVO ÉTICO.

Para manifestar el interés que alguien tiene en una acción que no le afecta directamente de un modo material, pero sí espiritualmente, “o bien que la acción se cumple poniendo el sujeto toda su alma y afianzando su personalidad”, la lengua cuenta con el llamado *dativo ético*⁹¹. En el habla familiar: “Aquí le traigo a mi hijo. ¡Me lo cuida, pues!”, o en el trance doloroso de una madre: “—¿Qué he hecho yo, Señor, para que me lleves a m’hijita? ...” (Guzmán, *S. E.*, p. 250). En el habla vulgar: “—Si no encerray tu quiltro, vieja’el diablo, te lo atravieso de un balazo y a vos tamién” (Latorre, *H. y Z.*, p. 174). O en el habla rural: “Naide me lo toca [hablando del marido moribundo] mientras tenga vía” (Latorre, *S. M. C.*, p. 56). Por lo que manifiesta, la RAE, § 245a, lo denomina *dativo de interés*: “ME han muerto a mi hijo”, exclama una madre al ver o saber esta desgracia; y aunque pudiera limitarse a decir ¡han muerto a mi hijo!, con el *me*, que parece redundante, encarece más el dolor que experimenta”.

Bello (*Gram.*, § 758), en cambio, pensando con criterio logicista, lo llama *dativo superfluo*, pero reconoce que “en realidad no lo es”, por las razones que ya hemos señalado. Sus ejemplos, que tienen validez actual, muestran diversos matices expresivos: “en “Se bebió dos azumbres de vino”, sirve el *se* para dar a entender la buena disposición, el apetito, la decidida voluntad del bebedor; por lo demás pudiera faltar. “Tú te lo sabes todo”, pinta la presunción de saberlo todo, y de saberlo mejor que nadie: la ironía se percibiría menos omitiendo el

qui, en fait, ne réside que dans le sens des mots eux-mêmes”. Por el contrario, hay que tener presente que “les effets sensoriels, affectifs ou intellectuels produits par une phrase donnée ne sont qu’exceptionnellement dus à l’ordre des mots et à l’inversion ...” (p. 387).

⁹¹ Cp. GILI Y GAYA, *op. cit.*, § 58; A. ALONSO Y P. HENRÍQUEZ UREÑA, *op. cit.*, II, Curso, 1939, § 129 (complemento de interés); C. DE BOER, *op.*

cit., § 207 (datif éthique ou pronom explétif); J. MAROUZEAU, *Lexique de la terminologie linguistique*, 2ª ed., Paris, P. Geuthner, 1943, s.v. ‘datif’ (dativus ethicus ou sympatheticus); MAURICE GREVISSE, *Le bon usage, Grammaire française*, 6ª ed., Paris, P. Geuthner, 1955, § 481 (pronom expressif d’intérêt atténué) y W. v. WARTBURG-P. ZUMTHOR, *op. cit.*, § 689 (nominal objet d’intérêt personnel).

te". Más adelante, 951, agrega que en otras circunstancias le da "un tono familiar y festivo a la oración: *Me* le dieron una buena felpa (al ladrón)".

Como se ha visto, el pronombre personal puede usarse de este modo en sus tres personas; lo más frecuente, sin embargo, es su empleo en la primera.

X. USO DE MORFEMAS PERSONALES.

El uso optativo —y no obligado— de un determinado morfema personal —un pronombre o sus complementarios y las desinencias verbales correspondientes— de parte del que habla, revela igualmente el tono afectivo con que éste se expresa. Piénsese, por ejemplo, en la diferencia que existe entre referir un hecho en primera persona de singular, en primera de plural o en tercera de singular con *se*, sobre todo cuando tales hechos los ha realizado el mismo que habla: "Cuando (yo) ayudé a salvar a la niña. . .", "cuando (nosotros) ayudamos a salvar a la niña. . .", "cuando se ayudó a salvar a la niña. . ." A la forma vanidosa, suficiente, de expresión en 1ª persona de singular, hay que oponer la forma modesta y sencilla de la 1ª del plural y la forma ya totalmente "impersonal" de la 3ª, y, por lo mismo, más modesta que la anterior; salvo que se trate, naturalmente, de una ostentación de la modestia.

El caso más comentado ha sido sin duda el del uso del pronombre de 1ª persona de plural por el de 1ª del singular, con su doble valor de *plural mayestático*, ya en desuso (Nos, el Rey, decretamos. . .) y de *plural de modestia*, como el del ejemplo que hemos dado, en que el que habla trata de compartir pródigamente el prestigio de su hazaña⁹². El temor, también, puede inducir al hablante a buscar apoyo o respaldo en una pluralidad ficticia: "(Nosotros) creemos. . .", "(nosotros) estimamos. . .". Sólo que entonces ya no es adecuado llamar a éste 'plural de modestia', sino más bien *plural de timidez*. Por otra parte, el interlocutor puede jactarse de haber recibido aplausos que no eran para él, exclamando entusiasmado: "¡Nos aplaudieron de lo lindo!", o bien, de haber participado en un acto heroico en que, en realidad, sólo actuó como espectador, diciendo "Cuando (nosotros) ayudamos a salvar a la niña. . ."; en ambos casos, el que habla ha empleado un *plural de jactancia*. Esto es lo que se quiere dar a entender con la expresión popular "aramos, dijo la mosca, y estaba parada en un

⁹² Cp. GILI Y GAYA, *Sintaxis*, § 173.

cacho [un cuerno del buey]", con que se desea poner en evidencia al jactancioso, aludiendo a una vieja fábula.

Los mismos contenidos anímicos pueden traducirse por medio del posesivo *nuestro* en lugar de *mío*: "Al decir *en nuestra opinión*, un escritor se incluye en una pluralidad ficticia, en la cual no aparece tan en primer plano como si dijese *en mi opinión*" (Gili y Gaya, *Sintaxis*, § 181). La situación decidirá, otra vez, en este caso, si se trata de un 'plural de modestia' o 'de timidez'. Decir "*nuestra casa* —contina el autor—, es más amable para los demás..." (*ibid.*).

Pero más amable resulta todavía el empleo del posesivo de segunda persona singular, del habla formal, por el de primera, cuando —con un tono también amable— le advertimos a nuestro visitante: "¡Está en *su casa!*", para hacerle ver que puede actuar con toda libertad, despojándonos así, magnánimamente, en su favor, de nuestra propiedad. "Está en *mi casa!*", dicho en esta circunstancia, resultaría desconcertante para el que nos visita. "¡No se olvide que está en *mi casa!*" se le diría seriamente, y con tono áspero, en el caso, por ejemplo, en que su comportamiento fuera por algún motivo muy censurable.

En cuanto al uso de los morfemas de 3ª persona de singular —en el caso de los pronombres, los que muestran indeterminado su aspecto óntico— por los de 1ª de singular, ya hemos dicho que expresan mayor modestia —mayor timidez— todavía que el empleo de los de 1ª de plural, pues el carácter impersonal que la expresión adquiere, representa en verdad la total disolución del *yo*. El sujeto gramatical en estos casos suele ser *uno*: "¡Uno se mata trabajando para que los demás se diviertan!". Aunque tanto el hablante como el interlocutor saben que *uno* es igual a *yo*, por la frecuencia con que se utiliza este recurso, no es lo mismo el empleo de uno u otro término, pues la elección de *uno* por parte del que habla es justamente lo que pone de manifiesto su modesta o tímida actitud (véase nota 99).

Por otra parte, el empleo de morfemas de 3ª persona de singular por los de 2ª de singular, "formal", es un recurso eufemístico cuando el que habla quiere evitar dirigirse directamente a un individuo en presencia de otros; así, lo desagradable de una alusión expresa: "Parece que Ud. no entiende lo que he dicho", se elimina si se dice: "Parece que no se entiende lo que he dicho"⁹³, con un *se* aún más indeterminado ónticamente que *uno*.

⁹³ Cp. SVEN KÄRDE, *Quelques manières d'exprimer l'idée d'un sujet indé-*

terminé ou général en espagnol, Uppsala, Appelberg, 1943, p. 3.

4. RECURSOS LEXICOS

El recurso es léxico cuando la expresión de la afectividad se realiza mediante el vocabulario de la lengua, en que la significación "objetiva" de los términos desempeña el papel preponderante. Como se sabe, son muy diversas las corrientes anímicas que así se manifiestan, por lo que señalaremos sólo las más sobresalientes. Para una mejor sistematización, y siguiendo en parte la terminología de Carnoy⁹⁴, aludiremos a algunos casos de homosemia, hipersemia, antisemia, caco-semia, calosemia, perisemia, hiposemia, polisemia, palinsemia y para-semia.

I. HOMOSEMIA.

El caso más simple de expresión por medio léxico, es aquél en que dicha expresión se efectúa sin recurrir "à la figure ou à la transposition, c'est à dire aux rapports implicites, mais seulement aux valeurs des termes, telles qu'elles sont fixées par la langue"⁹⁵. Es lo que sucede, por ejemplo —considerado el fenómeno sincrónicamente—, en parejas tales como *pescado* / *pez*; *plata* / *dinero*; *pelo* / *cabello*; *palo* / *madera*; *viejo* / *anciano*; *chico* / *pequeño*; *chueco* / *torcido*; *burro* / *asno*; *chancho*⁹⁶ / *cerdo*; *contar* / *narrar*; *tomar* / *beber*; *ale-*

⁹⁴ A. CARNOY, *La science du mot. Traité de sémantique*, Louvain, "Universitas", 1927.

⁹⁵ A. SECHÉHAYE, *Les classes de mots et l'imagination*, en "Cahiers F. de Saussure", I, Genève, 1941, p. 11.

⁹⁶ En *chancho, chico y chueco*, BOYD BOWMAN, *op. cit.*, p. 351, cree ver "la misma palatalización afectiva que en-

contramos en los hipocorísticos". Con respecto a 'chancho' y 'chico' cp. tb. J. COROMINAS, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana II*, Madrid, Gredos, 1954, s. vs., y con respecto a 'chueco', V. GARCÍA DE DIEGO, *Diccionario etimológico español e hispanoamericano*, Madrid, S.A.E.T.A., [1954], s. v.

gar / disputar, etc., en que el primer miembro es más empleado coloquialmente, en tanto que el segundo lo es en el lenguaje literario o formal, diferencia que puede expresarse también en la oposición: expresión con adherencia de popularidad / expresión con carencia de popularidad⁹⁷. Esto permite comprender, entre otras cosas, que mientras *viejo* puede usarse con valor positivo o negativo, *anciano* siempre se empleará con dignidad, y que *burro* resulte más ofensivo (v. infra), dicho como improprio, que *asno*; del mismo modo, que mientras los textos de zoología hablan del *pez*, del *asno* y del *cerdo*, los estudiantes —sobre todo si son niños— estén pensando en el *pescado*, en el *burro* y en el *chanchó*. La misma oposición explica, por último, que una terminología técnica o erudita se emplee a veces como un recurso eufemístico para soslayar el efecto que producirían las expresiones familiares —y más aún las vulgares— equivalentes. Es lo que sucede, v. gr., con estas dos series de ejemplos, pertenecientes a dos campos semánticos diferentes, uno escatológico: *ano*: poto (fam. y vulg.); *defecar*: hacer caca (fam.), cagar (vulg); *deposición*: caca (fam.), mierda (vulg); y otro sexológico: *sodomita* o *pederasta*: maricón (fam. y vulg.); *lesbiana*; *maricona* (fam. y vulg.), *tortillera* (vulg.); *semen*: chuño (vulg.), en que los términos en cursiva son propios del lenguaje de la medicina o de la sicopatología. *Cleptómano* por 'ladrón' y *dipsómano* por "borracho", que implican la oposición 'enfermedad: vicio', son casos igualmente conocidos.

También se emplea con los simples valores fijados por la lengua, la serie de signo positivo: *bello*, *hermoso* (más propios del habla formal), *precioso*, *bonito*, *lindo* (más propios del habla familiar) y la serie —menos abundante— de signo negativo: *feo*, *horrible*, comunes al español de todas partes. Lo mismo hay que decir de los verbos que indican afecto o emoción⁹⁸, como *avergonzarse*; *alegrarse*, *emocionarse*; *espantarse*, *horrorizarse*, *acobardarse*, *atreverse*; *enojarse*, *pa-vonearse*, *vanagloriarse*; *asombrarse*, *pasmarse*; *burlarse*, *jactarse de*, etc., propios del habla formal.

II. HIPERSEMIA.

Pero ocurre que las clases populares difícilmente se conforman con vocablos tan poco decidores, y de un modo habitual los reemplazan por otros más plásticos y concretos —que por lo mismo

⁹⁷ Cp. CARNOY, *op. cit.*, p. 68.

op. cit., II, § 127.

⁹⁸ Véase ALONSO-HENRÍQUEZ UREÑA,

resultan intensivos, hiperbólicos⁹⁹, llegando así, inevitablemente, al empleo de la figura o transposición. Lo 'bonito - bueno - bien', entonces, es para ellas: *encachado*, *macanudo*, *cuello*, y para los 'niños bien', de clase acomodada, eso mismo es: *fenómeno*, *fenomenal*, *formidable*, *estupendo*, *colosal*, *fantástico*, *atómico*, y para las 'niñas', además: (*nada más*) *regio*, *divino*, *soñado*, *picho* (referido a persona): "—¿Cómo estuvo la fiesta?— ¡Fantástica, me presentaron una cabra (muchacha, mujer joven) fenómeno!", "Me compré un vestido divino que me queda soñado", "Fíjate que me fue nada más regio con un cabro picho". Lo 'feo - malo - mal', en cambio, es para los mismos: (*nada más*) *horroroso*, *horripilante*, *tremendo*, *espantoso*. La clase popular, en cambio, preferirá *tuerto*, *pal gato*, *penca*: "¡Pucha que resultó tuerta la fiesta, ho!". Y del mismo modo, *ponerse como tomate* o *subirse al guindo*, en vez de 'avergonzarse'; *caérsele (el poto)*, vulg., en lugar de 'acobardarse'; *ajisarse* o *comerse el buey*, por 'enojarse'; *pichuliarse* a, vulg. (< 'pichula' (?), pene), en vez de 'burlarse de'; *levantarse el tarro* (= *chistera*; Romanágel, *P. Ch.*, p. 65, nota), *tarrearse*, por 'vanagloriarse', etc.

La caricatura, por otra parte, que es una forma del humor, tiene también en la hipérbole uno de sus equivalentes lingüísticos. Ilustremos con el *a p o d o*¹⁰⁰, en que el recurso expresivo es una comparación implícita: si un individuo es de gran altura, le dirán *Largo viaje*; si es muy pequeño: *Cuarto litro*, *Mediá pauta* (cuando es profesor de música); si es calvo: *Cabeza de rodilla*; si pelirrojo: *Cabeza de cobre*; si muy moreno o negro: *Blanca Nieves* (por antífrasis); si su cara está llena de cicatrices: *Cara de combate*; si es muy gordo: *Barril sin zuncho*; si muy delgado: *Radiografía* o *Alambrito*; si muy glotón: *Tripa rota*: "... esculpando lo llamaban el "Tripa rota", porque no se llenaba nunca" (M. Latorre, *O. P.*, p. 37). En este mismo sentido son comunes también las alusiones a diversos animales y a plantas y productos vegetales en general, en la mayoría de los casos con claro valor despectivo. Una mujer muy gorda será conocida en su barrio como la *Ballena* o la *Vaca*; un hombre muy lento, como el *Tortuga*; un aprovechador, como el *Langosta*; uno muy delgado,

⁹⁹ "Nous croyons non pas que le seul hasard détermine le choix de l'expression, mais, au contraire, que ce choix est révélateur de tel ou tel état psychologique", ROSTAND, *op. cit.*, p. 135. Cp. HENRI DELACROIX, *Le langage et la pensée*, Paris, 1900, p. 399.

¹⁰⁰ "...le style populaire, auquel la poésie se rattache souvent, préférera le degré logique le plus bas, donc un mode d'expression plus concret. Ainsi, il remplace les noms propres par des noms communs...", BRÖNDAL, *op. cit.*, p. 161.

como el *Lombriz*; uno muy tonto, como el *Zorzal*; pero si tiene la boca grande, le dirán el *Hocico de bagre* o el *Hocico de rana*; si las piernas largas: el *Patas de zancudo*; si el pelo rubio: el *Canario*. Es frecuente, por otra parte, que llamen *Jotes* (gallinazos) a los sacerdotes, por el color negro de la sotana; *Barata* (blata, cucaracha), a la mujer que anda de luto, y *Mosca en leche*, al moreno o negro que viste de blanco, etc.¹⁰¹.

Las menciones a vegetales surgen casi siempre (a) por una asociación de color, como cuando a un individuo que tiene la nariz roja se lo apoda *Nariz de frutilla, de tomate, de rábano, de zanahoria*, etc., o al negro o moreno, *Cara de breva, Cara de caldo de lentejas*; o bien (b) por una asociación de aspecto, según se ve en los sobrenombres que se le dan al que tiene el pelo crespo: *Cabeza de chicoreo* (achicoria), *Cabeza de luche* (alga comestible), *Cabeza de repollo*, o (c) de carácter formal, en los que recibe el que tiene largo el pescuezo, como: *Cogote de álamo*, o *Cogote de palmera*¹⁰², muy de acuerdo con "die realistische Phantasie des Spaniers" y "die visionäre Konkrettheit" del mismo, a que hace mención Lerch, p. 533¹⁰³.

Pero no son éstos los únicos casos de hipérbole; hay muchos otros, como lo muestran los numerosos giros en que el recurso expresivo es ahora una comparación explícita¹⁰⁴. De este modo, con una comparación de superioridad, según la fórmula *más + adjetivo, sustantivo o adverbio + que*, al muy andrajoso se le dice que anda *más hiludo que una penca* (se piensa sobre todo en la hoja carnosa del cardo); al

¹⁰¹ Para otros ejemplos véase R. OROZ, *El uso metafórico de nombres de animales en el lenguaje familiar y vulgar chileno*, en "Atenea", año IX, mayo 1932, Nº 87, pp. 159-184, y O. PLATH, *Baraja de Chile*, Santiago, Zig-Zag, S. A., 1946. Fuera de Chile: W. BEINHAUER, *Das Tier...*; DELMIRA MAÇÃS, *Os animais na linguagem portuguesa*, Lisboa, Centro de estudos filológicos, 1951; L. SAINÉAN, *La création métaphorique en français et en roman*. Images tirées du monde des animaux domestiques, Anejos I (1905) y X (1907) de la ZRPh., y RICHARD RIEGLER, *Das Tier im Spiegel der Sprache*, Dresden u. Leipzig, 1907.

¹⁰² Un estudio de conjunto sobre metáforas de este tipo, es nuestro *Uso tropológico, en el lenguaje chileno,*

de nombres del reino vegetal, BIFUCH, T. V. (1947-1949), pp. 137-263.

¹⁰³ EUGEN LERCH, *Die spanische Kultur im Spiegel des Spanischen Wortschatzes*, en "Neuphilologische Monatsschrift", 1930, pp. 525-540.

¹⁰⁴ A la comparación hiperbólica del tipo *más ... que* y del equiparativo *como* en el lenguaje coloquial y vulgar del español peninsular, se ha referido especialmente BEINHAUER, *Sp. Umg.*, y posteriormente, R. OLBRIGHT, *Ueber die Herkunft der übersteigerten Vergleichsform in der spanischen Umgangs- und Volkssprache*, en "Estudios dedicados a Menéndez Pidal", T. VI, Madrid, C.S.I.C., 1956, pp. 77-103, quien estudia ambos tipos dentro de la Romania, y anota su uso ya en latín.

orgullosa, que anda *más tieso que un palo de escoba*; al torpe, que es *más tonto que los perros nuevos*; al descarado, que tiene *más patas que un alacrán* o *que un desfile*^{104a}; al menesteroso, que anda *más pobre que un maestro de escuela*; al desorientado, que anda *más perdido que el maullido de un gato en una cancha de fútbol*; a la persona de conducta censurable, que es *más mala que la vieja que removía las brasas con la pata de la guagua* (niño de pecho), etc. No está de más consignar que se aprovecha en la mayoría de los casos el valor polisémico del término que sirve de puente a la comparación ('hiludo' significa 'fibroso' y 'andrajoso'; 'tieso' es 'rígido' y 'orgullosa', etc.). Este recurso suele originar incluso expresiones tan audaces como *correr más fuerte que el amoniaco*, en lugar de 'correr muy ligero', donde se funden dos sentidos muy dispares de la voz 'fuerte' ('con fuerza' y 'de olor penetrante').

Otras veces se establece una comparación de igualdad con *como*: Fulano es, está o anda *curado* (borracho), *como pipa*, *como cuero*, *como parra*, *como tetera*, *como piojo*, *como tagua* (palmípeda pequeña de las lagunas y pajonales), *como tenca* (una especie de alondra)^{104b}; se quedó dormido *como un tronco*; salió (se fue) *como escupido* (rápidamente); me cayó *como patada en un ojo* (muy mal), Miguel es bueno *como el pan*, etc. Y por último, se compara también con la fórmula *hecho + sustantivo*: andar *hecho un San Lázaro* (rasguñado, contuso), andar *hecho la güila* (andrajoso) o simplemente estar o andar *hecho* (se subentiende: una pipa, etc.) por 'andar curado'.

El numeral, por otra parte, es el recurso para la hipérbole en expresiones como: "Valparaíso está *a un paso de aquí*"¹⁰⁵, "Le dijo a Mengano *de una hasta ciento*", "Le voy a dar *un par de patadas* bien dadas", "Ese no tiene *dos dedos de frente*", "Le escribió *cuatro letras*", "Se lo he dicho *cientos veces* (*una y mil veces, un millón de veces*)", "...cuando subí a nuestro cuarto [...], salía de él la asmática, ahogándose en una *tos de (los) mil demonios*" (Guzmán, S. E., p. 26); "¡No me echaron a la escuela [...] cuando chico, y voy a salir yendo ahora,

^{104a} *Tener patas o ser patudo* = ser entrador, meterse en todas partes, ser fresco.

^{104b} Falta la mayoría de estas expresiones en el estudio de RAÚL R. MADUEÑO, *Léxico de la borrachera*. Palabras y coplas de América y España. B. Aires, 1953, y en la *Ampliación y correc-*

ción de un léxico, del mismo autor, B. Aires, 1958.

¹⁰⁵ Según BEINHAEUER, *Sp. Umg.*, p. 210, en esp. se dice 'a dos pasos'; en al. 'a tres' (drei Schritte von hier entfernt); en fr. 'a cuatro' (à quatre pas d'ici).

a las mil y quinientas!" (Montenegro, *T. V.*, p. 53); "¡Un millón de gracias!", etc.

Surge igualmente la exageración cuando se quiere poner énfasis en la velocidad con que se hace o sucede una cosa: "Espérame, el té me lo tomo *en un Jesús*" (en el tiempo que uno necesita para exclamar ¡Jesús!), "...*en un decir ¡Jesús!* quedaron hechos astillas todos los huesos..." (Montenegro, *T. V.*, p. 144); "No se demoró *un Jesús* en quitarle el barro a la boca de la tinaja..." (*ibid.*, p. 157); "Se le ocurre hacer empanadas y nosotros las devoramos *en un santiamén*" (en lo que demora persignarse; Romanáñez, *P. Ch.*, p. 108)^{105a}, "...*en un dos-por-tres* (en lo que se tarda en hacer este cálculo) le dejó herrada la borrica" (Montenegro, *T. V.*, p. 167), "La carta desapareció *en un abrir y cerrar de ojos*", "Este libro te lo lees *en menos que canta un gallo*", "Se lo comió *en un suspiro*", "Alvaro Pérez sintió la noche *de un suspiro*" (Durand, *A.*, p. 272), y el más usual de todos, *al tiro*¹⁰⁶: "¡No quiero que l'Angela venga más p'acá! ¡Me la llevo al tiro!... (Guzmán, *S. E.*, p. 37); "Hay que ir a buscar la oveja altirito" (Latorre, *M.*, p. 311). O bien, con la fórmula de uso popular o vulgar *a todo + sustantivo*, que a veces denota también intensidad: "Se largó a correr *a todo chancho*", "Me quería *a todo caballo*", "Arrancó *a toda máquina*", "Se puso a gritar *a todo full*¹⁰⁷, *a toda pala, a todo forro*".

Pero la hipérbole no sólo se da en sentido aumentativo, como en los ejemplos señalados, sino también con sentido diminutivo mediante la alusión a objetos de escaso o ningún valor (considerados individualmente), por su exiguo tamaño, su gran abundancia u otros motivos. Esto es lo que ocurre cuando decimos que algo no vale o no nos importa *un alpiste, un comino, un cuesco* (hueso de fruta), *un bledo, un rábano, un pepino, un pucho* (colicha de cigarrillo), *un pito* (moneda de un peso), *ni lo negro de la uña, ni cobre* (antigua moneda de un centavo, de este metal), o que una cosa la hemos comprado *a huevo*, empleando en este último caso una fórmula usada ya por Lope de Vega (Kany, *op. cit.*, p. 278).

Comparación hay también, aunque no hiperbólica, en algunas de las expresiones que se emplean —casi siempre con intención humorística— para llamarle la atención a una persona que interviene en un asunto, con su opinión o de otro modo, sin que nadie se lo pida; las

^{105a} Cp. G. WEISE, *op. cit.*, p. 275.

¹⁰⁶ *Al tiro* se emplea sólo como forma festiva, y corresponde a una de las fórmulas rimadas estudiadas por J. MORAWSKI, *Les formules rimées de la*

langue espagnole, en RFE, XIV, p. 121. Para 'al tiro' y sus variantes véase tb. KANY, *op. cit.*, pp. 283-4.

¹⁰⁷ Cp. ing. 'full-drive', a carrera tendida, a toda rienda.

más usuales son: *¿Y a ti (a Ud.) quien te (le) dio vela en este entierro?*, *¿Quién te pasó la guitarra?*, *¿Quién te dio boleto?*, o bien: *¿Quién te pisó la cola?*, *¿Quién te abrió la puerta del trole (bus)?*, *¿Quién te tiró mani?*¹⁰⁸.

III. ANTISEMIA.

Es el conocido caso de la antífrasis, en que el hablante “expone una idea por la idea contraria, con entonación ordinariamente irónica”¹⁰⁹. Así, se le suele decir “*¿Llegaste, bonito día?*” a una persona que en ese momento merece que se la insulte, o *¡Qué lindo el angelito!*, a un niño mal criado, o “*¿Qué quiere, mi tesorito?*”, cuando éste pide algo, ante las visitas, con irritante insistencia. De la misma manera, *mandar a uno a buena parte* significa simplemente lo que la expresión vulgar: “mandarlo o echarlo a la mierda”. “*¡Cuándo se me quitará esta bendita tos!*”; “*Todavía me molesta esta famosa muela*”; “*¡En bonito enredo me has metido!*”, son igualmente ejemplos de antisemia.

IV. CACOSEMIA.

Denominaciones hay en nuestra habla familiar claramente peyorativas, que se emplean cuando se quiere menospreciar —con justicia o no— el valor de un objeto o de una persona. La mayoría implica también una exageración; pero, por el signo negativo de su significado, hemos preferido tratarlas como cacosémicas.

Se refieren a un objeto, de un modo general e indeterminado: *patilla*, *payasá(da)*, *lesera*, *güifa* (variante de la forma vulg. ‘huevada’, con el mismo sentido): “*¡Oye, pásame esa patilla (etc.)!*”. Caso de “pansémie”, de acuerdo con Carnoy, *op. cit.*, p. 270. En cambio, se refieren a un objeto, determinadamente, por ejemplo, *tacho*: máquina trilladora en mal estado, comparable con un ‘tarro’ cualquiera: “—El tacho de on Banderas está llamando. . . murmuraban los colonos, sonriendo socarronamente” (Santiván, *T. B.*, p. 257); *Burra*, *cafetera* y *cacharro*: un automóvil viejo; el primero, porque, debido a su mal estado, se detiene constantemente y no quiere seguir; el segundo, por el radiador, donde hierve el agua, y el tercero, por el aspecto general del automóvil. *Chancha*: bicicleta tosca y pesada.

De los relativos a personas, hay también una gran variedad; así, una niña es una *chancleta* (zapato viejo, casi inservible): “—¿Cuántos

¹⁰⁸ Se alude a la costumbre que existe en el zoológico de tirarles mani (cahuetes) a los monos.

¹⁰⁹ LÁZARO CARRETER, *op. cit.*, s. v. ‘antífrase’.

hijos tienes? —Dos chancletas”. Un niño es un *mocoso*: “—¡Qué mocoso porfiado éste!” (Guzmán, *S. E.*, p. 231), y si molesta mucho, es *ladilla* (vulg.): “—¡Lárguense, “lavillas”, después les cortan las patas! . . . —chillaba una veterana. . .” (*ibid.*, p. 75); un chiquillo golfo, callejero, de malas costumbres, es un *palomilla*: “—¿Qué hacen ahí, palomillas? . . . ¡Ah, no contestan! ¡Palomillas habían de ser! —comentó” (*ibid.*, p. 26), o un *pelusa*; un hombre de dudosos antecedentes es un *tiuque* (Milvago chimango chimango, Vieillot) o un *traro* (*Polyborus plancus plancus*, Miller): “A ese tiuque (traro) lo conozco yo”; un petimetre es un *futre*, un *pije* o un *chute*: “¡Chute de mierda! —le oí por lo bajo al Chueco, en tanto salía” (Guzmán, *S. E.*, p. 147); un harapiento es un *pililo*. *Fulano* y *tipo* son igualmente peyorativos en muchas ocasiones: “¿Qué se habrá creído ese fulano (ese tipo)?”. Una mujer ordinaria es una *guata* (panza, vientre) o una *chusca*: “—¡Miren, las muy chuscas! . . . —insinuó una comadre” (*ibid.*, p. 92); una criada es una *india* (muchas son efectivamente mapuches) o una *china* (por el tipo mongólico de algunas). En este último caso, hasta *sirvienta* es hoy día despectivo, como lo es en cierto modo *cocinera*, formas reemplazadas en los avisos de los periódicos por ‘empleada’ y ‘empleada para la cocina’, respectivamente. Otro tanto ocurre con *mozo*, que, según el trabajo de la persona, es sustituida por ‘niño para los mandados’, ‘joven para el aseo’, o ‘garzón’, en los restaurantes y salones de té.

También algunos de los apodos que hemos señalado más arriba son claramente hirientes, pero como nuestro pueblo es muy dado a ofender de palabra, ha llegado a formar además toda una jerarquía de insultos (*cochinadas*, *garabatos*, *rendi(d)as*, *putia(da)s*^{109a}, *carretona(da)s*, *chilena(da)s*).

Son frecuentes, entre ellos, los que comparan al hombre o a la mujer con algún animal o algunas de sus partes: *animal*, *bruto*, *bestia*, *burro* (testarudo, ignorante, lerdo para comprender), *macho* (porfiado), *perra*, *chancho* (sucio, cochino), *pavo* (y *pavuncio*: tonto, torpe) son los más comunes: “¿Y ese animal no irá a encender el fuego hoy? —murmuró Banderas” (Santiván, *T. B.*, p. 255), “El hombre calló hasta que nos retiramos. ¿Ve usted? —me dijo en el camino. Testarudos, brutos” (Barrios, *S. R.*, p. 194); “¡Maldita bestia!” (Luz de Viana, *F.*, p. 395); “. . . con voz trémula por el dolor y por la cólera profirió —¡Ah, perra ya sé quien es el que te ha puesto así. . .!” (Lillo, *E. P.*, p. 149); “—¡Brutos, chanchos! . . .” (Guzmán, *S. E.*, p. 337). A veces aparece también la *grulla*: “Cuando [la Brasilera] apareció sobre el

^{109a} *putiada* < *puta*: “Lo voy a putiar bien putiado”, es frase muy co-

rriente, que registra tb. KANY, *op. cit.*, p. 432.

estrecho tabladillo, Figueras interrogó a la Princesa: —¿Y ésa? —no sé, chico, pero es una grulla que no sabe de la misa la media en estas cosas” (Maluenda, *M. C.*, p. 206). Pero lo más ofensivo para una mujer es tratarla de *vaca* o de *yegua*, por lo que preferentemente esto se oye en las capas sociales más incultas¹¹⁰. De las partes del animal, *hocico* por ‘boca’ es mucho más hiriente que *patas*¹¹¹ por ‘pies’: “Cierra el hocico será mejor, patas hediondas”, “Límpiate el hocico, cuatro, pa hablar de mi patrón” (Latorre, *M.*, p. 236).

Otra categoría la forman aquellos que aluden directamente a la supuesta torpeza mental del individuo. La serie comienza con los numerosos tipos de ‘tontos’: *tonto*, *tontón*: “¡Véte con él, véte con él, tontona!” (Latorre, *C. C.*, p. 38); *tontonazo*, *tonto leso* (o *leso* solamente): “—¿Querís callarte, vieja lesa?” (Latorre, *H. y Z.*, p. 198); *tonto baboso*: “El hablón no es más que el tonto baboso de Encarnación. . .” (Latorre, *M.*, p. 123); *tonto jetón* (o solo *jetón*, o bien: *jeta con blonda*, *jeta de babero*), *tonto de los diablos*: “Ya está el tonto de los diablos con la boca abierta mirando a la María” (Guerrero, *G. L.*, p. 488), para rematar con *tonto huevón* (o *huevón* solamente, aum. de ‘hueva’, testículo), expresión muy vulgar que admite incluso la forma femenina, imposible lógicamente, lo que prueba su desexualización. Sin embargo, el tono y las circunstancias pueden transformar a *tonto* y *tonto leso* en expresiones cariñosas; “—¡Enrique, no te vayas! . . . —me rogó. —¡Tonto! . . . —agregó con húmeda ternura” (Guzmán, *S. E.*, p. 308). Véase tb. el ejemplo de la p. 289.

Muy usual es asimismo *bruto*: “No seas bruto, hombre. . .” (Latorre, *C. C.*, p. 155) y *pedazo de bruto*: “—¡Pedazo de bruto! —insulté al soldado, fuera de mí” (Latorre, *M.*, p. 269). Después sigue *zonzo*, de estirpe campesina: “Sus ojos de acero azulado centelleaban; prosiguió con voz agresiva, áspera, atropellada: —¡Qué sabís vos, zonzo! . . .” (Santiván, *T. B.*, p. 249). Luego, *estúpido*, de frecuente uso femenino, y *boquiabierto*, de ambiente familiar: “—Porque son unos boquiabiertos porfiados, pasan estos accidentes —añadió el Hombre volviéndose a mí” (Barrios, *S. R.*, p. 193). Pero los más hirientes son sin duda: *infeliz*, *baboso*, *imbécil*, *idiota* y muy especialmente *desgraciado*: “—Pero papá. . . —Cállate, mejor será, baboso, si no querís que aquí mesmo te las arregle. . .” (Santiván, *T. B.*, p. 254), “—¡Maldito idiota!” (Guerrero, *G. L.*, p. 489), “—¡Pero, hazme el servicio de no ponerte imbécil. . .”

¹¹⁰ Véase nuestra nota 101.

¹¹¹ Esta expresión es tan usual que en realidad rara vez constituye un insulto: “. . . le caractère expressif d'une

construction [est] en raison inverse de sa facilité ou de sa fréquence”, *Le Bi-Dois*, *op. cit.*, p. 379.

(Díaz Garcés, *L. Ch.*, p. 177), "El agudo extremo de una huasca silbó sobre la cabeza del tío. —¡Desgraciado!... —rugió él, volviendo el rostro" (Guzmán, *S. E.*, p. 52), "—¡Viejo desgraciado!... —rugía Tulio bajo sus golpes imposibilitado para defenderse" (*ibid.*, p. 62).

La ira puede también sacar a relucir los defectos físicos de una persona, y entonces se oirán expresiones como *¡cojo de los diablos!*, *¡zunco* (manco) *¡maldito!*, *¡curcuncho* (corcovado) *desgraciado!*, *¡cara de gangocho* (picado de viruela; gangocho = arpillera): "—¿Por qué no te ponís bozal pa hablar a los cristianos, car(a) e gangocho?" (Latorre, *M.*, p. 234), etc. O bien, sus enfermedades, más supuestas que reales: *¡tiñoso!*, *¡graniento!*, *¡tifoso!*, *¡tísico!*, *¡sarnoso!*: "—Cállate, sarnoso, si no querís que te cale la guata (barriga)" (Latorre, *C. C.*, p. 108).

En otras ocasiones se procura zaherir con menciones fuertemente despectivas en que la suciedad o un disvalor es lo aludido, como ocurre cuando se le grita a un individuo: *¡basura!*, *¡mugre!*, *¡porquería!*, *¡estropajo!*, *¡piojento!*, *¡mequetrefe!*: "—Mugres, eso son nada más: mugres... —gritó la mujer" (Marta Brunet, *S. S.*, p. 328), "¡Toma, porquería!— Y el pucho del 'cabeciao' se estrelló formando un chisperrío en el lomo de un perrote amarillo" (Gigoux, *R. H.*, p. 357), "—¡Carajo, pa qué trajiste a esta porquería! —gritó el muchacho..." (Guzmán, *S. E.*, p. 60), "—Sí, así le parece, pero tiene que ser mía. —Claro, pos, estropajo, se burla la muchacha descañonando al gallo" (Guerrero, *G. L.*, p. 489), "—Toma, mequetrefe —se adelanta María, lanzándole lejos el cuchillo y el astil" (*ibid.*). O si no, 'se le echa en cara' su pobreza, diciéndosele: *¡tirillento!*, *¡jardín de tiras!*, *¡empelotado!* (sin ropa): "—Ey va ésa, empelotao! —dice el de la chaqueta, disparando un pedrusco" (Castro, *C. G.*, p. 440).

Un procedimiento distinto para ofender es pintar al enemigo o a la víctima con todos los tonos de la maldad, los que van aumentando su intensidad de acuerdo con el grado de irritación del ofensor. *¡Malvado!*, es un insulto débil y un tanto aristocrático: "¡Malvada! —lanzó Anita palmoteando furiosamente a la cocinera, que sonrió provocante" (Flora Yáñez, *I.*, p. 374). Más serios son ya *¡ladrón!* y *¡bandido!*: "—Y no pararé hasta mandarte al infierno, bandío, ladrón y asesino de tu padre, le respondió don Agustín" (Valenzuela, *J. R.*, p. 307). Muy duros son también *¡condenado!*, *¡salvaje!*, *¡bribón!*: "El semblante de la mujer se puso rojo como la púrpura. —¡Ah!, condenada —gritó— seguro que has dejado la puerta abierta y se ha entrado la chancha del otro lado!" (Lillo, *E. P.*, p. 152), "¡No más, no mientan más, por favor, salvajes!..." (Guzmán, *S. E.*, p. 81), "Púsose de pie [...] y se desató

en impropiedades y amenazas. —¡Bribona, si ha sido así, apronta el cuero porque te lo voy a arrancar a tiras!" (*ibid.*). Pero en grado superlativo lo son ¡*canalla!* y ¡*badulaque!*: "—¡Ya te echaré el carro encima, badulaque! . . . —le voceó el maquinista" (Guzmán, *S. E.*, p. 52), y muy especialmente ¡*degenerado!*: "¿Qué se habrá imaginado este degenerado?, ¿que soy guacha (huérfana) por si acaso?"

No se crea, sin embargo, que entre los ejemplos señalados están los dicterios más mortificantes; hay todavía otros jerárquicamente superiores, que, aunque se oyen a cada momento en los barrios populares, sólo los escritores más realistas se atreven a reproducir¹¹²: son los escatológicos y los de significación sexual.

De la primera clase, el más común es ¡*mierda!*, que con un eufemismo gráfico se disimula así: 'm. . .': "—Ahora sí que es de veras, vieja de m. . ." (Latorre, *H. y Z.*, p. 185), y oralmente, diciendo el nombre de la letra ('vieja de eme') y en las otras formas que ya hemos consignado (véanse pp. 211 y 213). La ira "in crescendo" puede hacer pasar de la forma eufemística a la forma franca: [Don Recaredo, pegándole a su mujer] "—¡Toma, miéchica!; ¡Apriende, mierda!" (Guzmán, *S. E.*, p. 252). Aunque —como se ha visto— se emplea solo: "—¡Qué, ustedes —les rugí— no han hecho nunca [la] cimarra, mierdas? . . . —¡A mí no me venís a palabrear! . . . ¡A mí no me digái mierda! . . ." (Guzmán, *S. E.*, p. 68), es más frecuente que aparezca acompañando a otra expresión injuriosa: "Por último levantó los hombros con desprecio, y masculló terribles amenazas. —¡Negro'e mierda! Cuando te pille solo, te voy a rajar la guata. ¡Por mi madre!" (Drago, *M. J.*, p. 432); "—Ahí tenís, Chopo, ho, cómo abusan con uno. Pero, ¿cómo iba a ejar, también, que te patiará ese gringo e miéchica?" (Ibáñez, *V.*, p. 561).

De los sexolálicos, los que se encuentran más documentados son *puta* (muletilla en boca de muchos hombres, y escrito eufemísticamente 'p. . .'), (*re*)*putamadre*, *carajo* y *maricón*: "¡Qué fraile putamadre que no deja tranquilas a las viejas!" (Guzmán, *S. E.*, p. 41); "—Chitas con los monitos bien reputamadres. . . —habló todavía el tío Bernabé. . ." (*ibid.*, p. 47); "Gringo e carajo, ya lo viéramos metió a él en l'agua" (Ibáñez, *V.*, p. 560); "—Tenemos un trabajito a popa. . . Y agrega con desprecio: —Ese "maricón" del "sobre" (sobrecargo) no se atreve a hacerlo solo" (Marín, *M. P.*, p. 337). "Carajo" es el más usado

¹¹² En otros casos, los insinúan solamente: "Me miró duramente, pero pronto cambió su expresión por otra de cínico desprecio. — Yo entiendo de

lo mío — dijo, y en seguida soltó una cuantas groserías contra el oficial" (Muñoz, *B. F.*, p. 353).

de los cuatro, pues, como ya lo hemos dicho, el que lo emplea generalmente ignora su contenido sexual. Lo mismo ocurre con "coño" (muy poco usado) y "joder", más frecuente en la forma participial: "¡Qué chiquillo jodido!" (Guzmán, *S. E.*, p. 61). *Maricón*, por otra parte, además de 'afeminado' significa 'tímido', 'cobarde' (*mariquita*, se le dice al niño que llora), 'hipócrita', 'desleal', etc., atributos todos estimados como poco varoniles.

Las demás "obscenidades" aluden directamente a los órganos sexuales, con una riquísima profusión de sinónimos, en que abundan los nombres de pájaros para el masculino (*pájaro*, *diuca*, *tordo*, y en el caso de los niños: *tortolita*, *chincol*; de uso general es también *pico*) y de mariscos para el femenino (*choro*¹¹³, *erizo*, *chaca*¹¹³, *chucha*¹¹³, y también *concha*). Pero su empleo es muy desigual: de la serie masculina, sólo el último suele emplearse ofensivamente —entre escolares, sobre todo—, y de la serie femenina —en Santiago, nos consta— sólo los dos últimos. Nombrarlos, refiriéndolos a la madre de aquel a quien se quiere ofender, constituye lo que se llama *sacarle la madre a uno*, y es el mayor insulto que se le puede decir a un hombre: "Le pegué porque me sacó la madre", "Lo maté porque me sacó la madre", son expresiones que muestran con toda claridad la reacción que produce aquella ofensa por la profunda veneración de que ésta es objeto¹¹⁴. Seguramente es esta injuria la que se insinúa en el relato siguiente: "...soltó un soez insulto, de esos que ningún hombre puede tolerar a nadie" (Muñoz, *B. F.*, pp. 354-5). Pero faltan en nuestras expresiones escatológicas las alusiones a Dios, a la Virgen y a la hostia, comunes en España¹¹⁵.

La grosería, la *herejía*, evidentemente está más en boca del hombre que de la mujer: "El carretero, en el campo o en la pampa, ya con bueyes o con mulas, ya con su picana o con su huasca, necesita del insulto, de la carretonera" (Plath, *op. cit.*, p. 131): "El carretón se había ido, tirado por los machos obedientes al insulto de Eulogio" (Guzmán, *S. E.*, p. 130). Y tan usual es entre los obreros de las fábricas, de las minas, de los puertos, y en general entre gente de poca cultura que,

¹¹³ Véase R. LENZ, *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*, Santiago, Imp. Cervantes, 1904-1910, s. v. Creemos que por lo menos en el centro del país se desconoce la acepción de marisco de 'chucha'.

¹¹⁴ Cp. O. PLATH, *op. cit.*, pp. 131 y 133. LEO SPITZER, *Notas*, p. 107, nota

1, a propósito de la invocación "madre" en un poema de García Lorca, dice que su "fuerza no pueden percibir[la] más que los que conozcan el papel sagrado de la mujer entre los pueblos mediterráneos".

¹¹⁵ Véase BEINHAEUER, *Sp. Umg.*, p. 51.

con otra inflexión de voz, la emplean como saludo cordial y amistoso: "¡Cómo te va, güevón, oh!", puede oírse en cualquier barrio popular, no obstante ser este vocativo el sinónimo vulgar más común de 'tonto', 'estúpido', 'imbécil'. De este modo se hace evidente que los términos, a medida que se van cargando de emotividad, se van desintelectualizando. Así, pues, lo intelectual y lo afectivo están en relación inversamente proporcional.

A la mujer, en cambio, rara vez *se le cae la gramática*, o *se le cae el freno*, como prefiere decir el campesino cuando 'suelta' o 'se le sale un disparate', aludiendo al freno de sus caballos que al caerse les deja libre el 'hocico'. Descontando a la mujer de las capas sociales incultas, las demás o no conocen expresiones soeces: "Ella se había sentado en la cama, dispuesta a insultar. Pero en vano buscó palabras hirientes que gritarle. No sabía nada, nada. Ni siquiera insultar" (María L. Bombal, *E. A.*, p. 414), o bien, si las conocen, sólo se atreven a decir las más débiles, o se contentan con pensarlas únicamente: "La mujer lo odió con una violencia que lo hubiera destruido al hacerse tangible. Todas las malas palabras que oyera en su existencia y que jamás dijo, se le vinieron de pronto a la memoria y las sentía tan vivas que su asombro era que los dos hombres no se volvieran a mirarla, despavoridos ante esa avalancha grosera" (Marta Brunet, *S. S.*, p. 425).

Por otra parte, hay términos que, aunque no constituyen insultos propiamente, tienen un marcado sabor despectivo; nos referimos a aquellos con que denominamos a algunos extranjeros. Los argentinos, por ejemplo, son los *che* —y menos frecuentemente los *cheyes*— por el uso constante que hacen de este vocativo¹¹⁶: "—Apórtate pu'aquí no más, chey y verís bueno" (Latorre, *V. M.*, p. 196); "Oía con benevolencia las observaciones de mi criado sobre los 'cheyes' como él los llamaba despectivamente" (*ibid.*, p. 199). Los peruanos son los *cholos*¹¹⁷, como si todos fueran resultado del cruce de blanco e india:

—Así, m'hijo Pedro Antonio,
te hubiera querido tener
después que los cholos te mataron,
en el Campo de la Alianza. . .

—Así, te hubiera querido tener. . .

(Bascuñán, *S. P.*, p. 405)

¹¹⁶ "El *che*, más que decirlo, se nos escapa", WEBER, *op. cit.*, p. 108. No nos consta que lo apliquemos también a los bolivianos, como opina KANY, *op. cit.*, p. 57.

¹¹⁷ " [En el Perú] es de empleo tan

frecuente —dice JAVIER SOLOGUREN, *Fórmulas de tratamiento en el Perú*, en NRFH, VIII, 3 (1954), p. 265—, que ha dado origen al verbo *cholear*, 'tratar de cholo'. Por extensión aplicamos también este término a toda

Los bolivianos, en cambio, son los *cuicos*, quizás si por alusión también al mestizaje con india, según la acepción del término en la Argentina. Los italianos son los *bachichas*, aun cuando rara vez se llamen Battista ¹¹⁸: "Quico mandó buscar una damajuana del mejor [vino] litreado que tuviera el bachicha de la esquina. . ." (Montenegro, *T. V.*, p. 156) Los españoles son los *coños*, por el hábito que ellos tienen de emplear este vocablo como interjección, cuya significación sexual desconoce casi siempre nuestra gente ¹¹⁹. Los franceses son los *gabachos*, los *franchutes*, expresiones de antiguo uso en España: ". . . insultó, primero, a los gabachos informales" (Latorre, *O. P.*, p. 113), "Ya me avisarán los franchutes si les interesa" (*ibid.*, p. 114). Los ingleses, norteamericanos y en general todos los que hablan una lengua extranjera, preferentemente europea, son *gringos*: "Juan Bobbert [. . .] no era precisamente extranjero; pero el apellido (con dos letras al medio, sin haber pa qué) y su apariencia física: rostro pecoso, no mucho; pelo colorín y los ojos casi verdes, muy movedizos, le conquistaron [. . .] el apelativo de 'gringo'" (Ibáñez, *V.*, p. 559). Los árabes son los *turcos*, y tanto los chinos como los japoneses son, despectivamente, los *canacas*. A los chinos, además, se los llama *compales*, remedo de la manera cómo ellos pronuncian corrientemente la palabra 'compadre', tan usada como tratamiento: "—¿Qué son? —Chinos: ocho 'compales'" (Marín, *M. P.*, p. 337). Por último, un fenómeno también puramente articulatorio de los israelitas (*ue > oi*) y el hecho que Jacob se considere nombre típicamente judío, explican que a éstos se les diga *jacoi-bos*. Como se ve, tales denominaciones se restringen a los pueblos sudamericanos fronterizos y a los europeos y asiáticos más ampliamente representados entre los que han emigrado a nuestro país. Nuestros vecinos, por su lado, nos devuelven la mano, llamándonos los *rotos*, haciendo extensiva a todos los chilenos la voz que nosotros aplicamos exclusivamente al hombre de la clase social inferior "licencioso, desbaratado en su vida y en sus costumbres" (Plath, *op. cit.*, p. 8, nota), por alusión, quizás, originalmente, a su ropa casi siempre 'rota', desgarrada: ". . . no está bien que me roce con esa clase de gente. Son unos rotos abominables" (Drago, *M. J.*, p. 434). También es frecuente que un individuo —las mujeres especialmente— "rotee" (trate de 'ro-

"gente de color" (negro), a pesar de que en LATORRE, *M.*, p. 34, se lo encuentra igualmente como insulto contra indios mapuches: "[El colono] se adelanta insultándolos al modo chileno: —¡Cholos esperecíos! ¡A pa los los voy a hacer gomitara la potranca

que se golosiaron!".

¹¹⁸ Cp. JUAN DE ARONA, *Diccionario de peruanismos*, Lima, Impr. J. Fco. Solís, 1883, s. v.

¹¹⁹ Véase BEINHAEUER, *Sp. Umg.*, pp. 45 (nota 37), 50 y 125.

to) a otro que considere de una condición social inferior a la suya: "Era Troncoso el que hablaba. Mera replicó con violencia: —¿Y qué sabís vos, roto alzaó?" (Latorre, *M.*, p. 234). Es igualmente habitual en los "patrones de fundo" al reprender a sus inquilinos: "—¿Por qué venís llegando a esta hora roto sinvergüenza? ¿Onde ejaste el cuero?" (Latorre, *H. y Z.*, p. 104)¹²⁰. Sin embargo, con estas expresiones pasa una vez más lo que ya hemos anotado en otra parte: circunstancias especiales y una curva melódica cariñosa tienen siempre el poder de trasmutar totalmente su valor, tanto más si se las usa con un apreciativo: "¡Es regüeno el gringuito! ¿No es cierto?"; "¿Cómo te va, cholito?". Esto muestra que la entonación y los sulijos apreciativos determinan el valor de la expresión a que se aplican.

V. CALOSEMIA.

El cariño, por otra parte, tiene, además de la inflexión de la voz (a los enamorados 'se les quiebra la voz') y de los apreciativos, otros moldes en que vaciarse, por ejemplo: ciertos *t r a t a m i e n t o s*, que en determinadas circunstancias van acompañados de un tono exclamativo que traduce la intensidad del afecto. Como tales tratamientos muestran el mismo recurso expresivo —semántico, en este caso—, sólo a modo de ejemplos citaremos algunos, sin sistematizar mayormente¹²¹.

En las relaciones entre marido y mujer, o entre novios simplemente, se emplea *querido*, *-da*, puro y simple y un tanto descolorido: "¿Cómo te¹²² va, querido?"; otras, *(mi) hijo*, *-a*, *(mi) hijito*,

¹²⁰ Lo general de este fenómeno se advierte en el hecho que los centroamericanos, por ejemplo, también se tratan entre sí con apodos especiales: *tico* (el costarricense), *chapín* (el guatemalteco), *catracho* (el hondureño), *chocho* (el nicaragüense), *guanaco* (el salvadoreño). Para España véase la nómina de apodos que trae MARTÍN ALONSO, *Ciencia del lenguaje y arte del estilo*, 4ª ed., Madrid, Aguilar, 1955, p. 293.

¹²¹ El desarrollo de este tema sería buen motivo de un estudio especial, como lo ha hecho ya para Buenos Aires, WEBER, *op. cit.*; para el Perú, SOLOGUREN, *op. cit.*; para el Ecuador

HUMBERTO TOSCANO MATEUS, *El español en el Ecuador*, RFE, Anejo LXI, 1953, pp. 209-228; para una parte de Colombia, LUIS FLÓREZ, *Algunas fórmulas de tratamiento en el español del Departamento de Antioquia (Colombia)*, BICC, X, 1954, pp. 78-88; y para Hispanoamérica, KANY, *op. cit.*, pp. 423-432. Al español peninsular se refiere ampliamente BEINHAEUER, *Sp. Umg.* (1958), pp. 21-43.

¹²² Para el empleo entre nosotros de *tú* y *usted* y los morfemas correspondientes, como reveladores de un desigual contenido afectivo, véase ISMAEL SILVA-FUENZALIDA, *El uso de los morfemas 'formales' y 'familiares' en*

-ta¹²³ “—Hasta mañana, hijita” (Marta Brunet, S. S., p. 312), un poco más cordiales, pero no mucho, por el empleo abusivo que se hace de ellos, lo que ha llegado a fundir la forma con ‘mi’ en una unidad articulatoria: “—No me andes con ‘paterías’, m’hijo...” (Guzmán, S. E., p. 86), o en la rima juguetona: *m’hijita linda, corazón de guinda*. Los simples *hijo*, -a, se dicen siempre con tono de seriedad. Más paternos y mimosos son expresiones como *mi guaguüta*¹²⁴, *mi regaloncita*, *mi guaguüta regalona*, a lo que la mujer responde con (*mi*) *papito*, *papito mio*; pero cuando el hombre se hace el regalón, le dice a ella (*mi*) *mamita*, y si cada uno se pone en su lugar, ella es (*mi*) *mujercita* y él es (*mi*) *maridito*, usados en forma apelativa: “¿Llegó, mi maridito?”.

Al valor que uno tiene para el otro, se alude con *tesorito*, *tesorito de mi vida*, *tesorito de mi alma*, y en el colmo del entusiasmo: *¡Vidita mía!*, *¡mi cielo!*, *¡cachito de cielo!*: “—¡Pa usted es la canción, cachito’e cielo!...” (Guzmán, S. E., p. 186).

Exaltan la belleza de la mujer: *preciosa*, *preciosura*, *linda*, *maravillosa*, (*mi*) *muñequita*:

“—Podrías quedarte otro ratito —insinuó mi hermana...”

—Si tú lo deseas, preciosa... —musitó él...” (Guzmán, S. E., p. 149).

el español de Chile, en BIFUCh., VIII, 1954-55, pp. 439-455. Sólo hay que agregar a la enumeración del autor (p. 440), las formas pronominales complementarias de acusativo: *lo*, *la* (formal): *te* (familiar), y *ti* (fam.) componente de complemento preposicional. En cuanto a los “sufijos verbales”, una oposición válida para las tres conjugaciones paradigmáticas es morfema cero (formal): —s (fam.). Sólo el pretérito indefinido y el imperativo quedan fuera de este sistema, pues en el pret. indef. las oposiciones son: 1ª conjugación —ó (formal): —aste (fam.); 2ª y 3ª conj.: —ó: —ste, y en el imperativo: 1ª conj. —e (formal): —a (fam.); 2ª y 3ª conj. —a: —e.

Ya a la alternancia, ya a la oposición, ya a ambas cosas a la vez, de *tú* y *vos* en Chile, se refieren especialmente: A. BELLO, *Advertencias sobre el uso de la lengua castellana...*, en BDH, VI (1940), p. 54, N° 12; R.

LENZ, *Zur spanischamerikanischen Formenlehre*, en ZRPh., XV (1891), pp. 518-20 (traducido y anotado por A. Alonso y R. Lida en BDH, VI, pp. 261-268), y *La oración...* § 156; ELEUTERIO F. TISCORNIA, *La lengua de “Martín Fierro”*. BDH. III., (1930), § 97, quien extiende su estudio a toda Hispanoamérica, y sobre todo KANY, *op. cit.*, Cap. III, esp., pp. 67-72.

¹²³ Cp. GILI Y GAYA, *op. cit.*, § 165 d. Para KANY, *op. cit.*, p. 421, “the use of the possessive adjective *mi* with the vocative [is] apparently an archaism”. Según SOLOGUREN, *op. cit.*, p. 242, *mi hijo*, —a; *mi hijito*, —a en el Perú “son poco usados, pues traen el eco de expresiones que [...] se creen peculiares del habla chilena y que suelen imitarse enfatizando su característica entonación”.

¹²⁴ *Guagua* es voz quechua con que se designa al niño de pecho.

“—¡Déjame!

—Linda...

—¡Tonto!

Los arrumacos fueron ahogados por besos llenos de apasionamiento” (Ibáñez, *V.*, p. 565).

“—¡Eres maravillosa, Elenita!” (Guzmán, *S. E.*, p. 151).

Por último, el amor hace exclamar también: *¡amorcito mío!*, *¡admirable!*: “¡Eres adorable, no lo creí nunca!” (*ibid.*, p. 150).

También en el tratamiento común entre esposos se establece una escala de valores: el hombre de la clase media dirá con más frecuencia, por ejemplo, “Le presento a *mi esposa*, o a *mi señora*” que “Le presento a *mi mujer*”, por encontrar las dos primeras expresiones ‘más dignas’ que esta última, y ella dirá a su vez: “Le presento a *mi esposo*, o a *mi marido*”, y nunca: “Le presento a *mi hombre*”, o “Este es *mi hombre*”, a menos que pertenezca a los estratos sociales inferiores, donde la unión conyugal suele no estar legalizada:

“—¡Palomita!

—¡Mi hombre!” (Castro, *C. G.*, p. 445).

En este último caso, *hombre* puede formar serie con *hembra*:

“—¿Y tus chiquillos cómo están?... ¿Y tu mujer?...

—¡Ahí están los chiquillos y la hembra, pues doctor, vivitos y coleando...!” (Guzmán, *S. E.*, p. 53).

Tampoco le faltan al marido expresiones pintorescas para aludir en tercera persona y con intención humorística, a su mujer: *mi media naranja*, *mi cara mitad* (acentuando a veces ‘cara’ socarronamente, o diciendo, con la misma intención, *mi demasiado cara mitad*, Románangel, *P. Ch.*, p. 15), *mi cincuenta por ciento*, *mi costilla*, *mi peor es nada* (giro válido también para el hombre), etc. A ‘mi media naranja’, la esposa suele responder con *mi medio limón*.

El aprecio que el hombre del campo le tiene a una mujer, lo expresa comparándola con algo que le es valioso o que está dentro del marco de su experiencia vital; por ejemplo, con una *prenda*: “—En su nombre nos vamos a servir esta comidita. ¡Qué rica ha de estar! Se ve que la hizo usted, prenda” (Durand, *A.*, p. 269), o con una *potranca*: “¡Venga p’acá, mi potranquita, pa darle un beso bien refregao!”. Pero en la ciudad tampoco faltan los símiles zoológicos: *¡palomita!*, *¡pichoncita mía!*, *¡mi perrita!*: “¡Vamos ‘acostalos [a acostarnos], mi perrita!” (Guzmán, *S. E.*, p. 79), *¡perrita mía!*, *¡perrita choca!* (rabona), *¡mi choquita linda!*, *¡picho!* (perrito), *¡pichito mío!*, *¡mi gatita!*, *¡cuchita mía!* (gatita), y si la mujer es muy delgada, *¡mi lauchita!* (ratoncito).

Quedan todavía las alusiones a ciertas propiedades, inexistentes

la mayoría de las veces, que se atribuyen al hombre o a la mujer. De este modo, el marido puede decirle habitualmente a su esposa: *ñata* (chata), *ñanita mía*, o (*mi*) *cholita*, con ser sólo un poco morena. Ella, a su vez, puede llamar a su marido: *negro*, *negrito mío*, *mi negro del alma* ¹²⁵, *chinito (mío)*, (*mi*) *viejo*, (*mi*) *viejito*, aun siendo muy joven:

—¡Todo lo relacionas con la política, vieja —habló violentamente [mi padre], alterado de veras.

—¡Si no es para tanto, viejo, si no es para tanto! —dijo ella” (Guzmán, *S. E.*, p. 87) ¹²⁶.

En el piropo callejero ¹²⁷, que dice el hombre cuando va pasando a su lado una mujer, se repiten muchas de estas expresiones: ¡Adiós, linda!, ¡Adiós, preciosa!, ¡Qué preciosura de mujer!, ¡La acompaño, ricurita?, ¡(Mi) ricurita!, ¡Cosita rica!, ¡Qué rico el bomboncito!; o bien: ¡Esto es lo que me recomendó el médico!, ¡Dios la guarde! El cine argentino nos ha traído el *churro* (mujer de bellas formas), y el mexicano, el *cuero* (idem.): ¡Qué churro!, ¡Qué churrazo!, ¡Pero qué cuero! Con la fórmula ¡quién fuera...! —tan usual en España— se manifiestan también entre nosotros los deseos masculinos más variados, que la mujer escucha halagada, pero sin darse por aludida: ¡Quién fuera la cartera de la señorita! (para ir del brazo con ella), o de un modo más directo, si le acompaña un niño, ¡Quién fuera el padre de la criatura!; pero si va acompañada de una señora, a ésta le dirán, ¡Adiós, suegra! y si de un hombre, ¡Adiós, suegro! o ¡Adiós, cuñado! según la edad del acompañante. Y cuando son dos mujeres las que van juntas, no faltará quien les diga ¡Me gusta la del medio!

Por último, los padres reciben también diversos tratamientos, que dependen, preferentemente, de las circunstancias en que se emplean, de la edad de sus hijos y de la clase social a que pertenecen. *Padre* y *madre* son las expresiones formales preferidas por los hijos adultos cuando aluden a sus padres ante otras personas, y por los cónyuges cuando uno menciona al otro hablando con sus hijos, en contraposición a *papá* y *mamá*, *papacito* y *mamacita* ('papaíto' y 'mamaíta' no se

¹²⁵ “Igual que *feo* y por los mismos motivos estilísticos, *negro* —tradicionalmente asociado con la fealdad física y moral— se emplea, de rechazo, como expresivo término de cariño en lenguaje coloquial [en España y en algunos países hispanoamericanos]”, J. MALKIEL, “*Apretar*”, “*pr(i)eto*”, “*per-to*”: *historia de un cruce hispanolatino*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo,

1955, pp. 74-75.

¹²⁶ Válido igualmente para Chile es lo que sobre el uso de *viejo*, —a en Buenos Aires, escribe WEBER, *op. cit.*, pp. 111-114. Muy ilustrativa es la nota 1 de la p. 113.

¹²⁷ Al piropo español ha dedicado BEINHAUER un bonito ensayo. Véase nuestra nota II.

usan entre nosotros), que son las formas familiares y propias de los niños en todas las circunstancias, y de los adultos cuando hablan con sus propios progenitores. Así, estos últimos dirán en un caso, por ejemplo: “¿Está mi madre en casa?”, y luego, dirigiéndose a ella: “Mamá, le (te) tengo una sorpresa”. El mismo juego de oposiciones, ahora en otras de las relaciones señaladas, se advierte en el pasaje siguiente: “En las puertas de las casas vecinas se oían a menudo golpes severos [...]. Eran los maridos, que regresaban de las labores. Uno de los golpes tocó a nuestra puerta. —Tú *padre*... —dijo cálidamente mi *mamá* a Elena. —Si, mi *papá*... —recalcó mi hermana, dejando el trabajo...” (Guzmán, *S. E.*, pp. 168-9). *Padre* y *madre*, como vocativos, son formas muy solemnes. En el campo se oye también, alguna vez, *mi padre*: “Leandro, el primogénito de don Ambrosio, rompe el silencio. —¿Ud., mi paire, conoció en vía al pobrecito?” (Valenzuela, *J. R.*, p. 302). Los niños de la ‘clase acomodada’ suelen emplear, en cambio, *papy* y *mamy* —signos de mayor intimidad por parte de los hijos¹²⁸—, en forma vocativa y narrativa, procedimiento que ha llegado incluso a la clase media, donde los adultos lo consideran afectado. En la ciudad, pero en las clases incultas, se oirá *apá*, *amá*, *apito*, *amita*, y en ningún caso ‘apacito’, ‘amacita’; por lo que la aféresis (de *p* y *m*), y el sufijo *-ito* pueden oponerse como rasgos distintivos culturales a la no-aféresis y al sufijo *-cito*. *Tata*, *taita*, *tatita*, *taitita*, *papa*, *papito*, *mama*, *mamita* son tratamientos rurales. En un cuento campesino de Luis Durand (*A.*, p. 265), un “chiquillo” llama a su padre con voz asustada: “—¡Taitita! ¡Despiértese, taitita!”, y en otro de Mariano Latorre (*H. y Z.*, p. 150), un niño “gime con su voz ronca de enfermo: —¡Me quiero ir p’onde mi mamita!...”, y más adelante (p. 151): “—¡Me quiero ir p’onde mi mama!”. *Papito* y *mamita* pertenecen también a la ciudad. *Tata* y *mama*, entre la gente acomodada, han adquirido, además, la significación de ‘abuelo’ y ‘ama de cría’, respectivamente: “Sólo la vieja mama de on Panta... los miraba de reojo” (Latorre, *O. P.*, p. 63), y donde *paye* es el ‘pa-

¹²⁸ Sea que *papy* y *mamy* procedan de *papito* y *mamita* —como cree más probable WEBER, *op. cit.*, p. 109—, sea que provengan directamente de *papá* y *mamá*, la desinencia —y (átona) resultante impresiona como postiza en nuestra lengua (no obstante la existencia de *peni*, apócope de ‘penitenciaría’, y algún otro ejemplo). Por esto —sin excluir la posibilidad de una

derivación regresiva— nos inclinamos por la idea de una influencia del inglés, ejercida, en nuestra opinión, a través de los múltiples hipocorísticos en —y, como *Betty* (Beatriz), *July* (Julia), *Mary* (María), etc., que utiliza sobre todo la misma ‘clase acomodada’ a que hacemos referencia. Cp. BOYD-BOWMAN, *op. cit.*, p. 363.

dre' y *maye* la 'abuela'. *Viejo, vieja, viejito, viejita, veterano, veterana* son las expresiones preferidas por los adolescentes con aire de superioridad: "Tengo que pedirle plata a la vieja", "¡Qué pensará el viejo!". 'Viejo', 'vieja', sin más, resultan irrespetuosos; no así: *el viejo de mi padre y la vieja de mi madre*, que suelen usar narrativamente los hijos adultos.

Fuera de 'tata', 'tatita' y 'maye', los abuelos tienen en la ciudad el trato cariñoso de *abuelito, abuelita*, términos que el afecto ha hecho extensivos a toda persona anciana.

Cuando los suegros son queridos, *papá y mamá* son los tratamientos que reciben de sus nueras y yernos, los que a su vez son llamados *hijos* por aquéllos.

En los ambientes religiosos, *Tata Dios* es una expresión —de carácter rural— que con mucha frecuencia emplean los niños para dirigirse a la divinidad, y los adultos, para hacer mención de ésta a los niños: "Acuérdate que el Tata Dios te está mirando", suelen decirle a sus hijos cuando éstos se portan mal. Fuera del área rural, *Señor*¹²⁰ es el tratamiento por antonomasia de Jesús, "Nuestro Señor Jesucristo", tanto en forma vocativa: "¡Señor, ten piedad de mí!", como en forma narrativa: "Que el Señor me perdone, si he pensado mal".

En serie con *Tata* (Dios), están *padre(cito)*, con que se llama al sacerdote o fraile, y *madre(cita)* con que se denomina a la monja (nunca *papá, papito, mamá y mamita*, respectivamente): "—¡Sí, Dios mío, si el Padre Carmelo no me quiere, yo voy a morirme! ¡Usted debe quererme, padrecito Carmelo!" (Guzmán, *S. E.*, p. 174).

'Padre', como vocativo, aparece también a veces precedido del posesivo *mi*: "—Mi Padre, debe haber sido el Angel de la Guardia el que lo trajo por aquí —[le] dijeron los guardianes estirando la mano..." (Montenegro, *T. V.*, p. 161). Persistencia ésta, posiblemente, del hábito que los policías —como los militares— tienen de anteponer *mi* a la denominación de sus grados: *mi coronel, mi teniente*, etc., hábito que en este caso ha trascendido a los civiles: "—¡No se enoje, pues, mi cabito!" (Guzmán, *S. E.*, p. 176).

¹²⁰ A los usos profanos de *señor*, se refieren especialmente, en español, A. ALONSO, *Las abreviaturas de 'señor', 'señora' en fórmulas de tratamiento*, en BDH, I, pp. 417-430 (con abundante

bibliografía), y en portugués, ANTE-NOR NASCENTES, *El tratamiento de 'señor' en el Brasil*, en AFFE, T. II, Cdo. 1, pp. 29-35.

VI. PERISEMIA.

I. Eufemística.

Fuera del cariño, la ternura y el respeto, también la piedad y la compasión pueden expresarse por medios semánticos. De este modo, mediante un rodeo eufemístico —con que se evitan las palabras tabuadas “muerte” y “morir”—, se consuela a los deudos diciéndoseles, por ejemplo, que el “finado” *entregó su alma a Dios, que ya dejó de sufrir, que está durmiendo el sueño eterno, que pasó a mejor vida, que ya está descansando*, o bien: “¡Pobrecito...! ¡Que Dios lo tenga en su Santa Gloria!” (Lazo, E. A., p. 186), y si es un niño: *¡Ya se fue al cielo, el angelito!*¹³⁰. O si no: *¡Estaría de Dios!* (que se muriera), *¡Le llegó la hora!*, *¡Para morir nacimos!*, *¡Ya cumplió!*, *¡La delantera no más nos lleva!*, y dicho todo esto, naturalmente, con voz dolorosa y llena de conmiseración¹³¹. Por último, se acompañarán sus restos o despojos fúnebres hasta la última morada, donde descansará o reposará en paz.

2. Disfemística.

Las desgracias, por otra parte, por grandes que sean, no tienen la fuerza suficiente para hacer perder al hombre de las clases populares el sentido del humor, el que a veces toca los lindes de la indiferencia y del cinismo, como en los casos en que alude —volviendo al tema de la muerte—, al estado agónico o a la muerte misma. Refiriéndose al primero, dirá, con un rodeo disfemístico, que el enfermo

¹³⁰ De la frecuencia de la expresión y de la creencia da testimonio esta copla que se canta en los velorios:

Que glorioso el angelito
que se va para los cielos
rogando por padre y madre
y también por los agüelos.

CRIMILDA MANRÍQUEZ, *Contribución al estudio del folklore de Cautín*, en AFPE, Sección Filología, t. III, 1941-43 (Santiago, Univ. de Chile, 1943), p. 63.

¹³¹ Cp. H. HATZFELD, *Leitfaden der vergleichenden Bedeutungslehre*, Mün-

chen, Max Hüber, 1928, p. 146. CARNOY, *op. cit.*, p. 340, cita expresiones similares en latín, francés, inglés y flamenco. JESPERSEN, *op. cit.*, pp. 210-213, trata el tema con numerosos ejemplos ingleses y franceses, como un aspecto del tabú lingüístico. Cp. tb. R. OROZ, *Algunos capítulos interesantes de la vida de las palabras*, en “Conferencias de divulgación científica”, Santiago, U. de Chile, 1930, p. 380. Un estudio de conjunto sobre el tabú lingüístico es el de WILHELM HAVERS, *Neuere Literatur zum Sprachtabu*, Wien, 1946.

está pa'l gato (como carne para el gato), que *está jugando con la pelá* (la muerte), que *es chanco en la batea*, o que *huele a muerto*. Pero si el enfermo ha dejado de existir, comentará el hecho con expresiones como éstas: *se le olvidó respirar*, *se le cortó el resuello*, *entregó las herramientas* (dejó de trabajar), *estiró la pata* o *paró las patas*, *las chalupas* o *los mocasines*, *dobló* o *torció la esquina*, *se fue en un bote* (el ataúd) *de cuatro velas*, *se puso traje* o *piyama de madera* (el ataúd), etc. Y una vez en el cementerio, adonde acompañará solícito los restos del pariente, del amigo o del simple vecino, seguirá la broma llamando al camposanto: *el patio de los callados*, *el patio de los hinchados*, *la población de los sosegados*, *el paradero de los difuntos*, *la heladera* (= refrigerador; el muerto es el *fiambre*), *el Fundo de las Cruces*, etc. "La tensión terrorífica tiene que aliviarse en cuanto se relaja con un desahogo del humor, como la tragedia tiene que dulcificarse con el entremés" (García de Diego, *op. cit.*, p. 39).

VII. HIPOSEMIA.

Para aludir al 'diablo' o 'demonio' rara vez se emplean estas expresiones, si no es con intención negativa (véanse pp. 216 y 281); el tabú ha hecho que, cuando no se los modifica en *diantre* y *demontre*, respectivamente —como en España y otros lugares—, se lo llame: *el Malo*, *el Malulo*, *el Maligno*, *el Matoco*, *el Condenado*, *el Enemigo*, *el Cuco* (terror de los niños), *el Mandinga*, *el Patas verdes*, *el Uñas verdes*, *el Cachudo*, denominaciones rurales especialmente, incluidas en su mayor parte por H. Bascuñán en su cuento *El solitario del portezuelo* (*op. cit.*), alusivas a algunas de las propiedades morales o físicas que atribuye al diablo la fantasía popular¹³².

VIII. POLISEMIA.

La posibilidad de que un mismo significante conlleve distintos significados, permite sin gran esfuerzo algunos "juegos de palabras". De Romanáñez, *P. Ch.*, citamos los siguientes, de clara intención humorística: "El Hotel Pacífico tiene muchos *pisos*. También tiene sillas, sofás, sillones, etc." (p. 80); "En esta isla hay una guarnición militar que tiene muchos presos. Los oficiales tienen *presillas*" (p. 88); "Luego después, vamos a la Universidad de los Pintores... [en

¹³² IVONE MARÍA FERREIRA GABRIEL, *O diablo e o eufemismo*, Resumen de palestra no Círculo lingüístico de Coimbra, 1955, 6 pp., declara haber

recogido 400 vocablos —mejor: expresiones— portuguesas que se refieren eufemísticamente al Diablo, "e não esgotei o fundo lexicológico da ideia".

Lima]. —No, hombre, la Universidad de los Pintores no —me interrumpe Chalupa.

—¿Por qué? ¿Acaso no es la Universidad de *San Marcos*?" (p. 89).

"La flora de este país [Ecuador] es variadísima y fecunda. Con decir que ahí florece hasta la planta de los pies..." (p. 102).

"Uno de los gringos de la Compañía, que es aficionado a la pintura, regresa al hotel desesperado, pues, con el calor que hace, le ha sido imposible hacer un paisaje al fresco" (p. 105).

"Cada soldado del Tío Sam blande un largo bastón blanco que es la enseña de la ley norteamericana y de la Ley Seca. Pero cuando llueve en el Canal Zone, la Ley, por ley, tiene que mojarse" (p. 115).

"El Puerto de Barranquilla es otra ciudad colonial como la de Cartagena...; al ver tanta casona vieja, antigua, tiene que, forzosamente, producirse en el ambiente un persistente olor, un persistente olor a colonia" (p. 150).

En la polisemia se fundan también muchos "colmos", los que se suelen enunciar a manera de adivinanzas, como éstos: ¿Cuál es el colmo de un forzado? —Doblar una esquina; ¿Y el de un carpintero? —Tener las hijas traviesas, los hijos listones y un perro que menee la cola; ¿Y el de un zapatero? —Hacerle un zapato al pie de la montaña; ¿Y el de un oculista? —Recetarle lentes al ojo de una aguja; ¿Y el de un dentista? —Arreglarle los dientes a un serrucho, etc.

El mismo recurso se utiliza en otro sistema de preguntas y respuestas muy en boga entre nosotros hace algunos años. La pregunta se iniciaba siempre con ¿qué le dijo? De aquella época son los siguientes ejemplos, entresacados en su mayoría de una serie dada por Roberto Vilches, *op. cit.*, p. 285: ¿Qué le dijo un pato cojo a un pato viudo? —Los dos perdimos la pata; ¿Y el río al sauce llorón? —Tú lloras, y yo río; ¿Y el calvo a la peineta? —A mí nadie me toma el pelo; ¿Y Adán a Eva? —Doblemos la hoja; ¿Y el clavo al martillo? —Me duele la cabeza; ¿Y el estudiante flojo a río? —Feliz tú que puedes seguir tu curso sin moverte del lecho.

IX. PALINSEMIA.

Aludiremos aquí a un recurso muy distinto de los anteriores, ligado al sentimiento del humor y usado con el ánimo evidente de hacer un chiste: la reelaboración semántica de un término sobre la base de un segmento suyo que evoca un significado especial, fenómeno muy afín al de la etimología popular, pero diferente de ella, por-

que en los casos a que nos referiremos, el hablante es plenamente consciente de que nada tiene que ver su interpretación con la significación del término en cuestión. Los ejemplos son de Romanáñez, *P. Ch.*, donde ocurren con bastante frecuencia: "Al llegar allá, Chalupa, en un rasgo de entusiasmo, abre los brazos frente al hotel y exclama: —¡Oh, tel, yo te saludo!" (p. 42); "—Es la ciudad más bella que he conocido, es la ciudad, sobre todo, más generosa. ¡Cuán generosa es Antofagasta!

—¿Y por qué? —me dice alguien.

—Es natural, porque Antofa-gasta..." (p. 55); "Es grande el Morro [un cerro de Arica], es inmenso el Morro. Es Morro-cotudo..." (p. 80); "Prefiero alejarme de Chalupa, de este salvaje que me mortifica sin piedad, y le digo: —¡Sal-vaje de mi lado!" (p. 87); "...cuando se me olvidaba llevarlo [el ventilador], desde lejos lo llamaba diciéndole: ¡ven-tilador!" (p. 89).

X. PARASEMIA.

La palinsemia conduce fácilmente a otro recurso léxico, igualmente humorístico: la sustitución de toda una expresión o de parte de ella por otra que pertenece al mismo "campo asociativo"¹³³ desde el punto de vista del significado. Así, mediante un proceso de asociación por semejanza, 'desembarco', por ejemplo, ha motivado a *desembuque*: "Después de un trago [...] se inicia el desembuque" (Romanáñez, *P. Ch.*, p. 88); 'andar con la mona' (andar borracho), a *andar con el gorila* (y aun *andar engorilado*); 'cola de mono'¹³⁴, a *rabo de mico*, y en el lenguaje musical: 'andante con moto', a *andante con bicicleta*.

En el caso de nombres propios, la sustitución implica una atribución al todo, o a una de sus partes, de la significación que la expresión posee como nombre común. Casos en que la sustitución se basa en una asociación por semejanza (sustitución sinonímica), son, por ejemplo, llamar a Mario Ciudad (Ex Secretario General de Gobierno): *Mario Aldea*, a Armando Palacios: *Armando Chalet*, a Felipe Trigo: *Felipe Cebada*, a Calderón de la Barca: *Calderón del Buque*, a Teresa de la Parra: *Teresa de la Uva*, a Joaquín de Entrambasaguas: *Joaquín Mesopotámico*. Con el mismo procedimiento, a un profesor francés, M. Salmon, sus alumnos chilenos le decían: *M. Pescado*.

¹³³ Véase PIERRE GUIRAUD, *La sémantique*, Paris, "Que sais-je?", 1955, p. 74.

¹³⁴ Licor a base de leche, café y aguardiente.

Aunque menos usuales, se dan ejemplos también de sustitución por asociación contrastiva (sustitución antonímica), como sucede cuando a Casanova lo llaman *Casavieja*, a Extremadura: *Extremablanda*¹³⁵, a Cartagena: *Cartapropia*, o en otras estructuras, cuando por Ciro Alegría se dice *Ciro Tristeza*, o por Joaquín Edwards Bello: *J. E. Feo*, o por Blanco Fombona: *Negro Fombona* o *Negro Fomnala*.

En la mayoría de estos casos puede decirse que el recurso expresivo es aquí —como en la palinsemia— un tipo especial de otro más general: la ruptura de un sintagma fijo, ruptura cuyo extremo puede ejemplificarse con la variación del conocido refrán: “Dime con quién andas y... te diré la hora”, en que se han excedido los lindes del campo semántico.



Al término de este trabajo no quisiéramos que la ejemplificación hubiera hecho olvidar lo que para nosotros es lo fundamental en él: mostrar, como dijimos al comienzo, la estrecha correspondencia, el constante paralelismo entre un determinado fenómeno de la lengua y un determinado estado de alma, o, en un sentido más amplio, entre gramática y afectividad.

AMBROSIO RABANALES.

¹³⁵ “... Santiago de Nueva Extremablanda (toda la vida no ha de ser Ex-

tremadura)”. ROMANÁNGEL, *P. Ch.*, p. 39.

OBRAS LITERARIAS CONSULTADAS

- Atías, L. T.: ANUAR ATÍAS, *La tormenta*, en "Atenea", Revista mensual de ciencias, letras y artes, publicada por la Univ. de Concepción. Año XXV, sept.-oct., 1948, N.os 279-280. Dedicada al cuento chileno.
- Bahamonde, E. S.: MARIO BAHAMONDE, *El silencio sobre la tierra*, en "Atenea", op. cit.
- Barrios, S. R.: EDUARDO BARRIOS, *Santo remedio*, en "Atenea", op. cit.
- Bascuñán, S. P.: HOMERO BASCUÑÁN, *El solitario del portezuelo*, en "Atenea", op. cit.
- Castro, C. G.: OSCAR CASTRO, *Callejón de los gansos*, en "Atenea", op. cit.
- Coloane, C. H.: FRANCISCO A. COLOANE, *Cabo de Hornos*, en "Atenea", op. cit.
- Chela Reyes, L. D.: CHELA REYES, *La dicha*, en "Atenea", op. cit.
- Díaz Garcés, L. Ch.: JOAQUÍN DÍAZ GARCÉS, *Los chunchos*, en "Atenea", op. cit.
- Durand, A.: LUIS DURAND, *Afueros*, en "Atenea", op. cit.
- Drago, M. J.: GONZALO DRAGO, *Mister Jara*, en "Atenea", op. cit.
- Flora Yáñez, I.: FLORA YÁÑEZ, *Icha*, en "Atenea", op. cit.
- Gigoux, R. H.: BYRON GIGOUX, *Rotos hombres*, en "Atenea", op. cit.

- Guerrero, G. L.: LEONCIO GUERRERO, *El gallo loco*, en "Atenea", op. cit.
- Guzmán, M. R.: NICOMEDES GUZMÁN, *Una moneda al río*, en "Atenea", op. cit.
- Guzmán, S. E.: id., *La sangre y la esperanza*, 4ª ed. Santiago, Nascimento, 1952.
- Ibáñez, V.: JORGE IBÁÑEZ, *Vengativos*, en "Atenea", op. cit.
- Koenenkampf, P.: GUILLERMO KOENENKAMPF, *El pajarito*, en "Atenea", op. cit.
- Latorre, C. C.: MARIANO LATORRE, *Cuna de cóndores*, Santiago, Nascimento, 1943.
- Latorre, H. y Z.: id., *Hombres y zorros*, 2ª ed. Santiago, Nascimento, 1945.
- Latorre, M.: id., *Mapu*, Santiago, Orbe, 1945.
- Latorre, O. P.: id., *On Panta*, 5ª ed. Santiago, Zig-Zag, 1953.
- Latorre, S. M. C.: id., *Sus mejores cuentos*, 2ª ed. Santiago, Nascimento, 1945.
- Latorre, T. C.: id., *El tobiano de Catrileo*, en "Atenea", op. cit.
- Latorre, V. M.: id., *Viento de mallines*, Santiago, Zig-Zag, 1944.
- Lazo, E. A.: OLEGARIO LAZO, *El amigo*, en "Atenea", op. cit.
- Lillo, E. P.: BALDOMERO LILLO, *El pozo*, en "Atenea", op. cit.
- Luz de Viana, F.: LUZ DE VIANA, *Frenesi*, en "Atenea", op. cit.
- Maité Allamand, E. M.: MAITÉ ALLAMAND, *El minueto de las sombras*, en Ricardo Latcham, "Antología del cuento hispanoamericano", Santiago, Zig-Zag, 1958.
- Maluenda, M. C.: RAFAEL MALUENDA, *La mujer del cabaret*, en "Atenea", op. cit.
- María L. Bombal, E. A.: MARÍA L. BOMBAL, *El árbol*, en "Atenea", op. cit.
- Marín, M. P.: JUAN MARÍN, *Mar Pacífico*, en "Atenea", op. cit.

- Marta Brunet, S. S.: MARTA BRUNET, *Soledad de la sangre*, en "Atenea", op. cit.
- Merino, Ch. B.: LUIS MERINO, *El chiquillo blanco*, en "Atenea", op. cit.
- Montenegro, T. V.: ERNESTO MONTENEGRO, *Mi tío Ventura*, 2ª ed. Santiago, Nascimento, 1938.
- Muñoz, B. F.: DIEGO MUÑOZ, *Barco frutero*, en "Atenea", op. cit.
- Pezoa Véliz, P.: CARLOS PEZOA VÉLIZ, *Poesías, cuentos y artículos*, Santiago, Nascimento, 1927.
- Prieto, E. S.: JENARO PRIETO, *El socio*, 4ª ed. Santiago, Nascimento, 1939.
- Romanángel, P. Ch.: ROMANÁNGEL (Joaquín Moscoso G.), *Las pistas de Chalupa*, Santiago, Cultura, 1932.
- Sánchez, M.: LUIS SÁNCHEZ, *Miedo*, en "Atenea", op. cit.
- Santiván, T. B.: FERNANDO SANTIVÁN, *El tacho de on Banderas*, en "Atenea", op. cit.
- Serrano, L. B.: MIGUEL SERRANO, *La búsqueda*, en "Atenea", op. cit.
- Valenzuela, J. R.: RAMÓN VALENZUELA, *Juan Ralo*, en "Atenea", op. cit.